LA CUESTION NACIONAL:

El Partido Nacionalista y el movimiento obrero puertorriqueño.

(aspectos de las luchas económicas y políticas de la década de 1930-40)

taller de formación política

ediciones huracán

LA CUESTION NACIONAL: EL PARTIDO NACIONALISTA Y EL MOVIMIENTO OBRERO PUERTORRIQUEÑO (ASPECTOS DE LAS LUCHAS ECONOMICAS Y POLITICAS DE LA DECADA DE 1930-1940)

Colección Semilla

LA CUESTION NACIONAL:

El Partido Nacionalista y el movimiento obrero puertorriqueño.

(aspectos de las luchas económicas y políticas de la década de 1930-40)

taller de formación política

1982

colección semilla

ediciones huracán

Primera edición: 1982

Portada y diseño gráfico: José A. Peláez
Al cuidado de la edición: Carmen Rivera Izcoa

©Ediciones Huracán, Inc.
Ave. González 1002
Río Piedras, Puerto Rico

Impreso y hecho en Estados Unidos de América/
Printed and made in United States of America

Número de catálogo Biblioteca del Congreso/
Library of Congress Catalog Card Number: 82-71882
ISBN: 0-940238-67-5

INDICE

Introducción 9

PRIMERA PARTE

I. Estado nacional y revolución democrática 13

II. Dos caminos de desarrollo burgués y la formación del Estado nacional 29

III. El imperialismo 35

IV. El programa proletario en los países dependientes 47

V. Internacionalismo proletario y política obrera frente al problema nacional 55

SEGUNDA PARTE

VI. Puerto Rico en la época imperialista clásica 65

VII. La política liberal del liderato obrero 77

VIII. El programa del Partido Nacionalista 99

IX. El nacionalismo y la condición proletaria 115

X. La clase trabajadora en la República Nacionalista 123

XI. La ideología nacionalista y el movimiento obrero 129

XII. El nacionalismo y la auto-organización obrera 141

XIII. ¿Por qué no se vincularon sólidamente el nacionalismo y el movimiento obrero ..147

XIV. Dos posiciones encontradas: nacionalismo y federacionismo 163

XV. El Partido Nacionalista y la Segunda Guerra Mundial 181

Conclusión 203

Sobre el Taller de Formación Política 207

INTRODUCCION

El **Taller de Formación Política** *es una organización que tiene como prioridad,* **en el momento actual,** *realizar un trabajo de investigación sobre la historia del movimiento obrero puertorriqueño. Pero dicho objetivo perdería su verdadera significación si no lo presentamos enmarcado en la perspectiva que nos anima. Es decir, como un aspecto de la urgente necesidad de que la clase obrera construya una organización política independiente de la burguesía y de la pequeña-burguesía, que exprese sus intereses históricos objetivos.*

¿Por qué entonces comenzar con una publicación cuyo eje resulta ser la cuestión nacional? ¿Por qué discutir el significado histórico de un movimiento político pequeño-burgués en una década alejada del momento actual? El momento actual amerita que se discuta a fondo toda la historia de Puerto Rico. Pero en particular la década del treinta tiene una importancia destacada porque en ella se agudizó la crisis vivida por la sociedad puertorriqueña desde la invasión de 1898. Los dirigentes obreros de la Federación Libre de Trabajadores y del Partido Socialista se convirtieron en los mejores defensores del imperialismo en crisis. La traición del liderato obrero llegó a su punto culminante durante la huelga cañera de 1933-34, cuando las masas explotadas de los campos y de las centrales, abandonadas por su liderato, recurrieron al único movimiento intachablemente anti-imperialista: el Partido Nacionalista. Este notable acontecimiento es ya razón suficiente para estudiar a fondo la relación entre el movimiento revolucionario de carácter nacionalista y el movimiento

obrero. No son pocas las lecciones que para el movimiento obrero de hoy se derivan del estudio de este momento histórico. Se trata de una tarea que puede brindar fuerzas inestimables para combatir el liberalismo pro-imperialista que desde fines de siglo XIX ha permeado al movimiento obrero puertorriqueño.

Todavía hoy no está resuelto, ni tan siquiera formalmente, el problema nacional. Y la crisis actual del imperialismo con su versión en la política de Ronald Reagan, el nuevo federalismo, ha agudizado dramáticamente la crisis social que vive Puerto Rico. Con mayor vigencia que nunca está sobre el tapete el viejísimo problema del status. *Nos parece que si en algún aspecto es crucial examinar la política nacionalista durante la década del treinta y la política pro-imperialista del Partido Socialista, es porque, visto este análisis en función del presente, cobra mayor relieve la necesidad de desarrollar un punto de vista proletario y la organización que corresponda a este punto de vista. El estudio de la posición nacionalista nos revela los límites históricos de la política pequeño-burguesa revolucionaria en la época del imperialismo. Y no son hoy pocas las ilusiones, no sólo pequeño-burguesas sino también burguesas, en torno a la posibilidad de un desarrollo capitalista independiente para Puerto Rico, sin cuestionar los límites históricos del capital.*

La forma particular que ha caracterizado a la penetración imperialista en nuestro país, nos permite hacer la siguiente afirmación: Puerto Rico constituye un capítulo de gran importancia en la historia del imperialismo. El conocimiento a fondo del caso puertorriqueño puede revelar importantes aspectos de la dominación imperialista en América Latina. Por tanto, nuestro deber con la revolución a nivel internacional adquiere un peso todavía mayor y debemos situarnos a la altura que

el momento histórico nos exige.

Estimamos también necesario señalar los límites de nuestro trabajo. Si bien creemos que la tarea que nos hemos impuesto es de suma importancia, no cobrará toda su plenitud si no logra trasladarse al interior del partido revolucionario de la clase obrera. Contra cualquier escepticismo que esté a la orden del día es imprescindible afirmar otra vez una frase muy conocida en Puerto Rico que para muchos parece haber perdido todo su significado: es urgente construir dicha organización. No está demás recordar a Lenin cuando decía que el desaliento, la desesperación y la falta de fe, empujan al foso del oportunismo.

Por último, recordamos con particular énfasis una observación de Marx y Engels: aquellas personas que no provienen directamente de la clase trabajadora, para ser útiles al movimiento proletario, deben proveerlo de **verdaderos elementos culturales.** *En nuestro caso estos elementos culturales, incorporados al movimiento real de la clase, deben contribuir a la formación del partido revolucionario. Si este trabajo, como otros en el futuro, cumple esta función, por modesta que sea la forma en que lo hace, estaremos caminando en la dirección correcta.*

PRIMERA PARTE

I. ESTADO NACIONAL Y REVOLUCION DEMOCRATICA

El Partido Nacionalista quería convertir a Puerto Rico en una nación independiente. Para comprender cabalmente los límites históricos que tenía este objetivo y ponernos en condición de evaluar con mayor rigor la aportación nacionalista en su lucha contra el imperialismo en la década del 30, no podemos "perder de vista los poderosos factores **económicos** que originan la tendencia a crear Estados nacionales".[1]

Si el Estado nacional es **regla** y **norma** del capitalismo, y el imperialismo norteamericano impuso en Puerto Rico un desarrollo capitalista acelerado, transformando no sólo la base económica de la isla, sino toda la estructura del Estado bajo su dominio, entonces, ¿qué tipo de desarrollo económico defendía el Partido Nacionalista? ¿Por qué postulaban como principio máximo la separación estatal y cómo se relacionaba este principio con la revolución democrático-burguesa? Son preguntas complejas que exigen una perspectiva histórica amplia, para **no perder de vista los poderosos factores económicos** que originan la **tendencia a crear Estados nacionales.** El propósito de este trabajo es abrir nuevas perspectivas que nos permitan contestar las pre-

1 V.I. Lenin, *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación, Obras Escogidas,* Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1970, pág. 621.

guntas anteriores.

1. *Es necesario distinguir rigurosamente dos épocas del capitalismo*

Nos parece necesario comenzar con la siguiente distinción que hace Lenin:

> Ante todo significa que es necesario distinguir rigurosamente dos épocas del capitalismo, radicalmente distintas desde el punto de vista de los movimientos nacionales. Por una parte, es la época de la bancarrota del feudalismo y del absolutismo, la época en que se constituyen la sociedad y el Estado democrático-burgueses, en que los movimientos nacionales adquieren por vez primera el carácter de movimientos de masas, incorporando de uno y otro modo a **todas** las clases de la población a la política por medio de la prensa, de su participación en instituciones representativas, etc. Por otra parte, presenciamos una época en que los Estados capitalistas están completamente estructurados, con un régimen constitucional hace mucho tiempo establecido, con un antagonismo muy desarrollado entre el proletariado y la burguesía, en una época que puede llamarse víspera del hundimiento del capitalismo.
>
> Lo típico de la primera época es el despertar de los movimientos nacionales, el hecho de que se incorporen a ellos los campesinos, como el sector de la población más numeroso y más "difícil de mover", en relación con la lucha por la libertad política en general y por los derechos de la nacionalidad en particular. Para la segunda época, lo típico es la ausencia de movimientos democrático-burgueses de masas, cuando el capitalismo desarrollado, aproximando y amalgamando cada vez

más las naciones, ya plenamente incorporadas al intercambio comercial, pone en primer plano el antagonismo entre el capital internacionalmente fundido y el movimiento obrero internacional.[2]

En este primer capítulo nos interesa discutir varios aspectos de la primera época histórica del capitalismo. Dentro de esta primera época es necesario distinguir dos momentos aún cuando ambos puedan coexistir posteriormente en la historia del capitalismo. No obstante, se trata de una diferenciación que tiene un sentido histórico importante: a) la acumulación originaria del capital y, b) la acumulación del capital una vez desarrolladas las condiciones de su existencia.

Si consideramos las condiciones inherentes al propio surgimiento de la burguesía como clase social, podremos comprender la tendencia que con esta clase surge y se desarrolla hacia la formación de estados nacionales. Es imprescindible, pues, destacar los factores económicos que gobiernan esta tendencia.

No está de más comenzar por señalar un supuesto histórico necesario para la formación del modo capitalista de producción: **el mercado mundial.** "La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el **comercio,*** forman las **premisas históricas** en que surge el capital. La biografía moderna del capital comienza en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales."[3] No se trata de una casualidad histórica que así fuera, sino de una **premisa histórica** que responde a la

2 *Ibid.*, págs. 622-623.

* Los énfasis que aparecen en las citas a lo largo de este trabajo son de los autores citados, a menos que expresamente se indique lo contrario.

3 *El Capital*, Vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, pág. 103.

propia lógica interna del capital, ya que éste para constituirse necesita desarrollar "un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales."[4] Sin embargo, si bien el mercado mundial es premisa necesaria para el surgimiento del modo capitalista de producción, éste tiene su origen histórico en determinadas áreas geográficas. El mercado mundial permite una diversificación mayor de las mercancías en circulación y se convierte en soporte necesario para el rápido desarrollo de la división del trabajo. De forma que las burguesías en formación durante el período de acumulación originaria del capital tienen una necesidad urgente de apoyarse en un Estado centralizado para colocarse en una posición ventajosa frente a la nueva división mundial del trabajo.

> El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos **factores fundamentales** en el movimiento de la **acumulación originaria.** Tras ellos, pisando sus huellas, viene la **guerra comercial** de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero. Rompe el fuego con el alzamiento de los Países Bajos, sacudiendo el yugo de la dominación española, cobra proporciones gigantescas en Inglaterra con la guerra antijacobina,

4 Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de le economía política (borrador) 1857-1858*, Vol. 1, Siglo Veintiuno, México, 1971, pág. 85.

sigue ventilándose en China, en las guerras del opio, etcétera.[5]

Aunque el capital se desarrolló inicialmente en determinados países de Europa occidental, el mundo entero fue desde sus orígenes el escenario de sus luchas. Las nacientes burguesías **necesitaban** un Estado centralizado y fuerte para defender sus intereses, tanto a nivel del mercado mundial en proceso de rápida expansión, como a nivel de sus mercados internos. El sistema colonial jugó un papel principal en el proceso de acumulación originaria del capital, impulsando el comercio y la navegación. A su vez el desenvolvimiento del comercio y las guerras comerciales hicieron necesario el desarrollo de la deuda pública, considerada por Marx como una de las más formidables palancas de la acumulación originaria. Y la deuda pública hizo necesario un sistema internacional de crédito. Además, como la deuda pública requería de un respaldo para su propio desarrollo, motivó el moderno sistema tributario. Por otro lado en el mismo proceso de formación de la clase trabajadora fue necesaria la coerción estatal para obligar a las masas expropiadas a entrar por el camino de las nuevas relaciones capitalistas que emergían.

De modo que se comprende la importancia del mercado mundial como **supuesto histórico** del capital. El mercado mundial con todos los sistemas que propició, impulsó cambios nunca antes conocidos por la humanidad. Los estados europeos utilizaron su posición de dominio en la rica división del trabajo que arropaba a todo el planeta para desarrollar internamente en sus respectivos países la división social del trabajo. Por ello Marx destacó el **sistema proteccionista** como

5 *El Capital,* Vol. I, pág 638.

"un medio artificial para fabricar fabricantes, expropiar a obreros independientes, capitalizar los medios de producción y de vida de la nación y abreviar el tránsito del antiguo al moderno régimen de producción"[6]

Este medio artificial ayudó enormemente al capital para ponerse en condiciones de llevar a cabo su conquista principal: **el mercado interior.** Basta mencionar que el surgimiento y desarrollo del mercado interior implica profundas transformaciones en la fase agrícola. Marx destacó que la base de cualquier régimen de división del trabajo que estuviera condicionado por la circulación mercantil era **la separación entre la ciudad y el campo.** La producción capitalista, que implica la generalización de la producción de mercancías, por el tipo de relaciones de producción que le es inmanente, llevó este antagonismo entre la ciudad y el campo a sus límites históricos máximos. Si bien Marx señaló que las nuevas relaciones de producción se perfilaron primero en el campo, no obstante fue allí donde último se impusieron de una forma acabada. Correctamente Lenin apuntó que el desarrollo de la economía mercantil hacía posible que la agricultura se separara progresivamente de las actividades industriales.

Ahora bien, para hacer avanzar este antagonismo entre la ciudad y el campo, el capital tiene que abrirse camino en la agricultura y destruir las antiguas relaciones de producción, sustituyéndolas por otras nuevas cuyos vínculos se establecen en el mercado.

> Y sabemos que precisamente es el desarrollo de las contradicciones el que pone de manifiesto, con vigor creciente, la solidez de ese vínculo, **obliga** a los diferentes elementos y clases de la sociedad a

6 *Ibid.*, Vol. I, pág. 643.

> buscar la unión no ya en los límites estrechos de una comunidad o de un distrito, sino la unión de todos los representantes de una misma clase en el **orden nacional**, y hasta de diferentes estados.[7]

En este proceso de conquista del mercado interior vemos la necesidad de barrer los obstáculos de la vieja sociedad en todos los órdenes: económico, jurídico-ideológico y político. Se trata, pues, de un proceso que conllevó una lucha contra la vieja clase dominante cuya base de poder era precisamente la propiedad de la tierra. La derrota definitiva de esta clase o su radical transformación, es lo que abre el camino necesario al desarrollo de la gran industria capitalista y al traslado de las relaciones capitalistas, de una forma acabada, desde la ciudad al campo. La generalización de las categorías mercantiles alcanza su máxima dimensión con la conquista de la agricultura por el capital, de manera que el mercado interior se ensancha con una amplitud antes desconocida. Con ello se establece la explotación despiadada del campo por la ciudad. Pero todo este proceso no puede comprenderse sin tener en cuenta la compleja relación entre la ciudad y el campo, la forma en que la industria urbana capitalista se combina con la penetración capitalista de la agricultura.

Como el régimen capitalista es el único modo de producción que se basa en la producción generalizada de mercancías, la nueva clase capitalista necesitaba, tenía la urgencia, de crear movimientos nacionales en su mismo proceso de formación.

En todo el mundo, la época del triunfo definitivo

7 Lenin, *Sobre el problema de los mercados*, 3, Siglo Veintiuno, Madrid, 1974, pág. 148.

del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada a movimientos nacionales. La base económica de estos movimientos estriba en que, para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que la burguesía conquiste el mercado interior, es necesario que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal, quedando eliminados cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su consolidación en la literatura. El idioma es el medio esencial de comunicación entre los hombres; la unidad de idioma y su libre desarrollo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, que responda al capitalismo moderno, de una agrupación libre y amplia de la población en todas las diversas clases; es, por último, la condición de una estrecha ligazón del mercado con todo propietario, grande o pequeño, con todo vendedor y comprador.[8]

2. *¿Qué relación existe entre la tendencia a formar Estados nacionales y la revolución democrática?*

No podemos olvidar que el régimen capitalista de producción brotó de la sociedad feudal. Con la disolución del feudalismo surgieron los elementos que hicieron posible la formación de la sociedad burguesa. Ya vimos que desde sus orígenes el campo de batalla de la nueva clase social era universal. Las tareas de la burguesía requerían del Estado como fuerza social concentrada. Si bien en su proceso de acumulación originaria pudieron utilizar un Estado que todavía mantenía vivas las viejas instituciones feudales, pronto el desarrollo material de la nueva clase capitalista chocó con las viejas

8 Lenin, *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, Obras Escogidas, pág. 618.

estructuras del Estado absolutista. El mismo desarrollo material de la burguesía exigía transformaciones radicales del aparato estatal que garantizaran unas condiciones generales que hicieran avanzar el desarrollo del capital. En su lucha contra las viejas instituciones feudales y contra la resistencia desesperada de la vieja aristocracia, la clase capitalista tuvo que hacer su revolución democrático-burguesa. Era una necesidad histórica indisoluble con el desarrollo y consolidación de los Estados nacionales y ya vimos que esta consolidación implica, no sólo un desarrollo industrial urbano, sino la desintegración acelerada de las viejas relaciones en la agricultura. Sobre esta combinación del desarrollo capitalista urbano y la destrucción de las antiguas relaciones feudales es que se consolida el mercado interior que crea relaciones generales para todos los ciudadanos.

De forma que las revoluciones democráticas golpean definitivamente la vieja sociedad dominada por los terratenientes feudales. Estos fueron sus grandes enemigos. Para derrotarlos el movimiento revolucionario tuvo que separarlos de la propia base material de su poder: la propiedad de la tierra. El bloque revolucionario estaba constituido por la burguesía, la pequeña burguesía, el naciente proletariado y el campesinado empobrecido. Ese bloque se apoyaba en una ideología coherente con su tarea de crear las condiciones más adecuadas para el desarrollo capitalista: proclama los derechos del hombre y se presenta como la nación en lucha contra sus opresores. A la cabeza de la nación estaba la burguesía revolucionaria dispuesta a tomar medidas imprescindibles para su desarrollo como clase. Engels explicó la contradicción inevitable entre el desarrollo burgués y el Estado todavía feudal que le sirvió incialmente para su desenvolvimiento, en los siguientes términos:

> Sin embargo, esta gigantesca revolución en las condiciones económicas de la vida de la sociedad no fue seguida de cerca, ni mucho menos, por un cambio adecuado de su estructuración política. El régimen del Estado seguía siendo feudal, mientras la sociedad se tornaba cada vez más burguesa. El comercio en gran escala, y por lo tanto, principalmente el comercio internacional, y mucho más todavía el mundial, requiere propietarios de mercancías, libres y sin obstáculo alguno en sus movimientos, que puedan celebrar todos ellos transacciones acogiéndose a un derecho igual para todos, por lo menos dentro de cada localidad. El tránsito del artesanado a la manufactura presupone la existencia de un cierto número de obreros libres —libres, de una parte, de las trabas gremiales y, de otra parte, de los medios necesarios para explotar por sí mismos su fuerza de trabajo—, que puedan cerrar contrato con el fabricante alquilándole su fuerza de trabajo y que, por consiguiente, puedan contratar de igual a igual. Por último, la igualdad y la validez igual de todos los trabajos humanos, en cuanto todos son, en general, trabajo del **hombre**, encontraron su expresión más fuerte, aunque inconciente, en la ley del valor de la economía burguesa moderna, según la cual el valor de una mercancía se mide por el trabajo socialmente necesario contenido en ella.[9]

Por tanto, las revoluciones democrático-burguesas fueron necesarias para crear las condiciones más adecuadas al desarrollo capitalista. Su función principal consistió en quebrantar las trabas que se oponían a la conquista del mercado interior por parte de la burguesía.

9 Engels, *Antidühring*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1973, pág. 88.

Y la conquista del mercado interior es imprescindible para el desarrollo capitalista autocentrado. Por ello una de las tareas decisivas de la revolución democrática es la consolidación de un estado nacional. No debe entonces olvidarse que la revolución democrática va mucho más allá del establecimiento de un régimen liberal (sufragio universal, libertad de reunión, de organizar partidos, libertad de prensa, etc.). La revolución democrática crea las condiciones políticas y sociales más favorables y adecuadas para el desarrollo rápido, orgánico, coherente, del capitalismo. Por ello puede afirmarse que **la lucha por la creación y consolidación de estados nacionales es, históricamente, una lucha de carácter democrático-burgués.**

3. *La revolución democrática y la cuestión obrera*

A través de su revolución democrática y con la consolidación del estado nacional, la burguesía se desarrolla y se fortalece como clase que domina y dirige la sociedad. Pero su propia existencia es inseparable de la creación y desarrollo de la clase trabajadora industrial. Con la revolución industrial y con la máquina como exponente de su desarrollo, la burguesía encuentra el medio adecuado para conquistar de forma definitiva e íntegramente **el mercado interior.** El proceso reproductivo del capital en las sociedades burguesas resulta un conjunto complicadísimo de procesos de trabajos diferentes, supeditados al capital, que se articulan a través del mercado interior. Se trata de una totalidad de procesos que se combinan y se regulan mediante la existencia de un mercado nacional. Sin embargo, la burguesía en su proceso de expansión se interesa también crecientemente en el mercado mundial, que con la revolución industrial no sólo será un supuesto necesario

de la producción burguesa, sino su propio resultado. Por ello Marx decía que el sistema colonial, la deuda pública, los impuestos, el proteccionismo y las guerras comerciales, "todos estos vástagos del verdadero período manufacturero se desarrollaron en proporciones gigantescas durante los años de infancia de la **gran industria.**"[10]

Ahora bien, mientras mayor amplitud cobra el desarrollo burgués, mayor amplitud también adquiere la base material que le sirve de apoyo a la clase trabajadora. Históricamente, pues, el proletariado se apoya en el concepto burgués de igualdad para desarrollar su propio concepto de igualdad coherente con su situación de clase. El mismo proceso de producción capitalista está presidido por una ley —la ley del valor— que inconcientemente impone la igualdad entre los trabajos humanos, en cuanto son expresión de un promedio de desgaste de energía humana: tiempo de trabajo abstracto, socialmente necesario. Por ello la burguesía exige la libertad, la igualdad de todos los poseedores de mercancías que se enfrentan en el proceso de intercambio. Pero esta libertad y esta igualdad, aún cuando encuentran expresión jurídica, son puramente formales, ya que las propias relaciones entre capitalistas y obreros, como algo inmanente a ellas, se fundan en la desigualdad: los capitalistas son propietarios de los medios de producción y la clase trabajadora está divorciada de los mismos y sólo puede tener acceso a ellos vendiendo por jornadas su propio pellejo. De manera que la **libertad** y la **igualdad** burguesas consisten en abrir el espacio más ancho posible a la explotación de los obreros.

El capitalista le compra al obrero su capacidad de

10 *El Capital,* Vol. I, pág. 644.

trabajo por un salario, pero al trabajar el obrero crea más valor que aquél contenido en su salario. El capital se apropia de un plusvalor, es decir, de una cantidad de valor por la cual no da nada al obrero. La propia existencia del **salario** como expresión de las relaciones capitalistas de producción implica un proceso de explotación: el capitalista se apropia, sin retribución para el obrero, de una fracción del valor creado por éste. Por tanto, como clase explotadora y clase explotada los intereses de los capitalistas y los intereses proletarios son opuestos y antagónicos.

Sin embargo, como viven inmersos en prácticas mercantiles generalizadas y bajo la influencia de las categorías ideológicas, judiciales y políticas generadas por el régimen capitalista, tanto obreros como capitalistas **se presentan** como iguales, con iguales derechos, gozando de las mismas libertades: todos pueden votar, reunirse, publicar un periódico, demandar al otro en corte, etc. Pero esa igualdad es **abstracta** y **formal**. El capital permite al obrero votar cada tantos años, no obstante, **gobierna a diario en forma despótica dentro de la fábrica.** En la fábrica no hay democracia: el capitalista o su representante es monarca absoluto. En sus manos la máquina sirve para separar al obrero del trabajo intelectual, de la actividad creativa, de la actividad científica, de la mayor educación. Se condena al obrero a la repetición rutinaria de ciertos movimientos como mero apéndice de la máquina. Como resultado de este régimen despótico, el obrero sólo obtiene lo necesario para reproducirse en esa misma condición. El obrero bajo esas condiciones no puede participar en las decisiones políticas del país, tomar parte en la organización de la sociedad donde vive. Su actividad política se reduce a elegir cada tantos años a funcionarios que le sirven, no a él, sino a la burguesía. Su libertad de pren-

sa se reduce a poder comprar cualquier periódico... burgués. Las revoluciones democrático-burguesas instauran precisamente la dictadura de la burguesía, escondida bajo el manto de la democracia formal. Mientras más efectiva es esta dictadura, menos visible se torna.

Sin embargo, hay un aspecto de la democracia burguesa que tiene especial importancia para los obreros: el área de los derechos sindicales. Es importante destacar la relación que tienen estos derechos —logrados por los obreros a través de una cruenta lucha— con la propia estructura interna de la producción mercantil generalizada. Cualquier vendedor que se asoma al mercado espera obtener por la mercancía de su propiedad un equivalente. Pero el obrero como vendedor se encuentra en una situación particular, cualitativamente distinta al capitalista que se le acerca como comprador, ya que está separado de los medios de producción y de sus medios de vida. Como vendedor individual no tiene poder de regateo frente al capital. Con el avance de la revolución industrial y la creación de una sobrepoblación relativa de trabajadores, que funciona como un ejército de reserva, el capitalista puede sustituir fácilmente a cualquier obrero. El capital procura que siempre la oferta de fuerza de trabajo supere su propia demanda, facilitando la depresión de los salarios.

¿Cómo pueden entonces defender los obreros sus derechos de vendedores y garantizar así su propia reproducción en condiciones normales, dadas las premisas de este modo de producción? Si para el capital ningún obrero individual es indispensable se trata de algo que sólo pueden lograr los obreros si cooperan unos con otros, si actúan colectivamente. ¿No tiene el régimen capitalista a la cooperación como fundamento? Y si los obreros cooperan en el proceso de consumo de su fuerza de trabajo, ¿por qué no cooperar en el proceso de venta

de esa misma fuerza de trabajo? Se ven, pues, compelidos a enfrentarse al capital como un vendedor colectivo y para ello se organizan en sindicatos. **Por tanto, el capitalismo crea un tipo de vendedor, el obrero, que sólo puede defender su derecho individual en el mercado actuando colectivamente.**

El capital reconoce los sindicatos después de una dura lucha por evitar su existencia. Insistimos en estos derechos obtenidos por los obreros mediante sus propias luchas y esfuerzos porque, a diferencia de otros derechos concedidos por la democracia burguesa, **los derechos sindicales no tienen meramente un carácter formal.** En los sindicatos los obreros pueden empezar a organizarse independientemente de los capitalistas y pueden quebrantar, aunque limitadamente, su separación con respecto al trabajo intelectual. Los sindicatos, como organizaciones independientes de la burguesía, hacen posible la auto-organización de los obreros y la participación democrática en las discusiones y toma de decisiones. El esfuerzo colectivo de las masas obreras hace posible la creación de una prensa que represente los intereses proletarios. Por tanto, desde los sindicatos democráticamente organizados los obreros se ponen en condiciones materiales de ir más allá de los derechos formales que les concede el estado burgués. La legalización de los sindicatos y la lucha por desarrollar las condiciones materiales que permitan el fortalecimiento de los mismos es uno de los aspectos decisivos que para los obreros tiene la lucha democrática y por tanto, la lucha por la creación de un estado nacional.

Ahora bien, la revolución democrático-burguesa no puede reducirse a una serie de reformas liberales. Su carácter es mucho más profundo. Tanto esta revolución como la creación de un estado nacional tienen como objetivo **abrir el mayor espacio posible al desarrollo capi-**

talista, barrer todos los obstáculos en el camino del moderno modo de producción y fomentar el desarrollo de la división social del trabajo mediante la conquista del mercado interior por parte de la burguesía. Mientras mayor sea la variedad de ramas existentes en la base económica, mientras más extensa sea la división del trabajo, a todos los niveles, y mientras más rica sea la combinación de procesos productivos, mayor espacio logra la clase trabajadora para su existencia y en mejor posición se coloca para luchar por sus objetivos históricos.

II. DOS CAMINOS DE DESARROLLO BURGUES Y LA FORMACION DEL ESTADO NACIONAL

Hemos visto la importancia que tiene el desarrollo nacional y la revolución democrática para el capitalismo. Pero no toda nación en su desarrollo capitalista exhibe una revolución democrática. Si bien ésta es imprescindible para el despliegue histórico del capitalismo, una vez el capital domina el mercado mundial después de su desarrollo en el sentido clásico, se crean las condiciones que propician otros tipos de transición y desarrollo capitalista. Se explica así que existan muchos casos en los que las naciones avancen al capitalismo sin revolución, creándose las condiciones para su desarrollo mediante la adaptación o utilización de las viejas estructuras semifeudales. Alemania es un ejemplo: sin revolución democrático-burguesa los terratenientes feudales (**junkers**) se fueron transformando en empresarios capitalistas. La burguesía estableció una alianza con ellos y combinó sus nuevas formas de dominación con las del viejo régimen feudal. ¿Por qué razón toma un país este camino?

Habíamos dicho que el bloque democrático antifeudal lo constituía la burguesía, la pequeña burguesía, el campesinado y la naciente clase obrera. Estos forman la nación, el pueblo, los ciudadanos, que se levantan contra la opresión. Pero, con el desarrollo capitalista esa masa se va diferenciando: van quedando claros los intereses antagónicos de la burguesía y la clase obrera. Mientras más grande, concentrada, organizada y decidida sea la acción de los obreros, más teme la burguesía que el proceso revolucionario desemboque, no sólo en

el derrocamiento del régimen feudal o las clases feudales, sino en el derrocamiento de la burguesía misma. **La iniciativa y capacidad revolucionaria de la burguesía está en razón inversa al tamaño y grado de organización de la clase obrera.** Llegado un momento, el temor de la burguesía al movimiento obrero predomina sobre su deseo de eliminar los restos del viejo régimen y colocarse ella sola en el poder. En los siguientes términos exponía Lenin este problema:

> Una medida de progreso burgués, como medida burguesa, es inconcebible cuando se ha agudizado mucho la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Una medida tal es verosímil más bien en una sociedad burguesa "joven", que todavía no ha desplegado sus fuerzas, que todavía no ha desarrollado sus contradicciones hasta el fin, que todavía no ha creado un proletariado tan pujante que tienda directamente hacia la revolución socialista.[1]

Para 1848, la burguesía abandona las fuerzas democráticas de Alemania y se une a los grandes terratenientes para contener la revolución. Esto explica que en Alemania las tareas indispensables de la revolución burguesa, entre ellas la unificación nacional, se realizan a través del poderío político y militar de los **junkers** apoyados por la burguesía, en lugar de llevarse a cabo una revolución democrática contra los **junkers.**

Para los obreros es de suma importancia el camino que toma el desarrollo capitalista. No da lo mismo que el país tome el camino **junker**-alemán o el camino re-

1 "El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa del 1905-1907", *Obras Completas*, Tomo XII, Ediciones AKAL, Madrid, 1977, págs. 323-324.

volucionario. Lenin confrontó este problema a principios del siglo. Planteaba: el capitalismo se está desarrollando en Rusia, pero el desarrollo capitalista puede darse con o sin revolución burguesa, con o sin la destrucción de los latifundios, con o sin la legalización de los sindicatos y partidos. Ambos caminos son burgueses: "Pero el carácter burgués de los **dos** desenlaces de la revolución agraria no significa, en ningún caso, que los socialdemócratas puedan mostrarse indiferentes ante la lucha por uno u otro desenlace."[2]

En defensa de sus intereses objetivos, la clase obrera tiene que luchar decididamente por que el capitalismo se desarrolle de la forma más favorable a su propio movimiento. Aunque la burguesía haya desertado el campo revolucionario, el proletariado sigue luchando por la revolución. Esta será una revolución burguesa, afirmaba Lenin, después de ella continuará la explotación capitalista, pero no es lo mismo la explotación bajo la monarquía que bajo una república democrática. No es lo mismo que los grandes terratenientes se conviertan en capitalistas poco a poco, a que sean expropiados y la tierra repartida entre el campesinado. Por tanto, Lenin proponía una alianza de obreros y campesinos para realizar la revolución democrática, para crear las condiciones del libre desarrollo **capitalista.** Según Lenin, la revolución burguesa no tenía como tarea eliminar el capitalismo, sino abrirle un mayor espacio de desarrollo, creando así condiciones más adecuadas para su abolición. De manera que el proletariado no puede ser indiferente ante las diferentes vías posibles al desarrollo capitalista.

Una vez la burguesía ya no es capaz de hacer su propia revolución democrática, ésta se realizaría contra la

2 *Ibid.*, pág. 352.

burguesía por los obreros y los campesinos sedientos de tierra. "Y como la producción mercantil no une ni centraliza al campesinado, sino que lo diferencia y lo desune, la revolución **campesina** es realizable en un país burgués solamente bajo la dirección del proletariado..."[3]

El campesinado en su lucha contra los terratenientes por tomar sus tierras, por eliminar las viejas leyes feudales, los sistemas de prestaciones, el poder económico y político de la iglesia, etc., son la fuerza democrática decisiva. Tanto en la revolución francesa, como en la revolución rusa y más tarde en otras revoluciones, estaba llamado a jugar un papel fundamental. Sin embargo, no podía jugar un papel dirigente, tenía que seguir a otras fuerzas sociales.

> La historia del capitalismo es la historia de la subyugación del campo a la ciudad. El desarrollo industrial de las ciudades europeas hizo imposible, en su tiempo, la perduración de las condiciones feudales en el dominio de la producción agraria. Pero el campo no produjo él mismo ninguna clase que hubiese podido llevar a cabo la tarea revolucionaria de la abolición del feudalismo. La misma ciudad, que había subyugado la agricultura al capital, produjo al mismo tiempo fuerzas revolucionarias que tomaron cuerpo político con influencias sobre toda la nación y que propagaron al campo el proceso de revolución de las condiciones estatales y de propiedad. En el transcurso de la evolución progresiva, el campo cayó definitivamente bajo la subyugación económica del capital, y el campesinado bajo la subyugación política de los partidos capitalistas.[4]

3 *Ibid.*, pág. 350.

4 León Trotsky, *Resultados y perspectivas: las fuerzas motrices de la revolución*, Ediciones CEPE, Buenos Aires, 1972, pág. 51.

Cuando la burguesía abandona la lucha revolucionaria otra fuerza recoge la bandera de la revolución. Esta nueva fuerza es el proletariado, que se encuentra atrincherado en la industria concentrada en los centros urbanos.

En conclusión, Lenin como dirigente del partido de los obreros, estaba luchando por la revolución democrática, no sólo por reformas liberales. Luchaba por la re-estructuración del desarrollo capitalista en Rusia, no sólo por el sufragio universal. Quería obtener el sufragio universal y las otras libertades burguesas a través de la revolución, no a través de la liberalización del régimen existente. Por ello, llamaba a una alianza obrero-campesina para la revolución y no a una alianza con los partidos liberales burgueses. La alianza con los partidos liberales burgueses era parte de la estrategia de los mencheviques, la facción del Partido Socialdemócrata ruso que se oponía a los bolcheviques dirigidos por Lenin.

De forma que la lucha democrática incluye mucho más que la lucha por un régimen de libertades políticas. Se trata de una lucha cuyo fundamento es una re-estructuración económica y política que permita al país gozar de un rápido y orgánico desarrollo capitalista, como el que ha tenido, por ejemplo, los Estados Unidos. Por ese tipo de desarrollo luchó Lenin por más de doce años (1905-1917). ¿Por que culminó esa lucha con la revolución socialista en 1917 y no con un capitalismo renovado? Esta pregunta nos conduce al estudio de los límites históricos del desarrollo capitalista en la época del capital monopolista.

III. EL IMPERIALISMO

Lo que hemos discutido hasta ahora atañe al desarrollo del capitalismo desde el siglo XVI hasta finales del siglo XIX. Hemos hablado del comercio mundial acompañado por la creciente diferenciación entre la industria y la agricultura, del nacimiento de los estados nacionales y de las revoluciones burguesas. Esta época incluye las revoluciones inglesas del siglo XVII, la revolución americana de 1776-1783, la revolución francesa de 1789, las revoluciones de independencia en Latinoamérica a principios del siglo XIX, las revoluciones de 1848 en Europa Occidental y Central, la guerra civil en Estados Unidos que va desde el 1860 hasta el 1864, y la unificación de Alemania al igual que la de Italia. No hay duda de que el capitalismo creó un mundo nuevo. Pero además, el desenvolvimiento de la libre competencia de capitales desarrolló también las contradicciones del capitalismo. La contradicción principal envuelve dos aspectos: uno es la producción social y el otro es la apropiación privada de los productos creados.

Por producción social se entiende la existencia de muchos trabajadores que cooperan en el proceso de trabajo. Con la aplicación de la ciencia y la máquina a la industria se acentúa este aspecto social, colectivo, cooperativo, de la producción; pero a la vez, el capital se apropia en forma privada del producto de los obreros y lo vende como mercancía.

La continua renovación tecnológica provocada por la concurrencia, desemboca en la concentración y centralización de capitales. Cada vez se necesitan inversio-

nes más cuantiosas para sobrevivir en la lucha competitiva. Con ello se acentúa, a su vez, la importancia de la ciencia al servicio de la producción, como también se acentúa la importancia de la clase obrera. Pero mientras la producción adquiere un contenido crecientemente social, se mantiene la apropiación privada de los productos por parte de un grupo cada vez menor de gigantescos capitalistas.

Esta contradicción, señala Marx con agudeza en *El Capital,* lleva a que el capital cree las condiciones para su propia abolición ya que la contradicción no tiene solución dentro de las relaciones de producción capitalistas y sólo puede resolverse con la expropiación de los capitalistas por los obreros; es decir, con la socialización de los medios de producción: "La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista."[1]

Al socializar los medios de producción con sus nuevas bases técnicas, los obreros podrían colectivamente planificar la producción, organizar concientemente la reproducción social, reducir progresivamente la jornada de trabajo, eliminar la división entre el trabajo manual y el intelectual; podrían crear una sociedad donde el desarrollo de la productividad del trabajo y de la riqueza social requiera la participación conciente de todos los miembros de la comunidad. En conclusión: el desarrollo del capitalismo crea las condiciones materiales que permiten su desaparición.

Ahora bien, el movimiento de estas tendencias lleva a la centralización y concentración de capitales en forma de monopolios que obliga al capitalismo a en-

1 *El Capital,* Vol. I, págs. 648-649.

trar, en un determinado momento histórico, en su etapa superior: el imperialismo.

La aparición del imperialismo está determinada por un salto cualitativo en la concentración y centralización de capitales; este salto ocurrió a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

> El imperialismo surgió como desarrollo y continuación directa de las propiedades fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo se trocó en imperialismo capitalista únicamente al llegar a un grado determinado, muy alto, de su desarrollo, cuando algunas de las características fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su antítesis, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en toda la línea de los rasgos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada.[2]

Los cambios que surgen en el capitalismo se derivan de la necesidad del capital de seguir operando sobre bases materiales que ya permiten y, aún más, exigen su abolición. Continúa Lenin:

> Lo que hay de fundamental en este proceso, desde el punto de vista económico, es la sustitución de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas. La libre competencia es la característica fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es todo lo contrario de la libre competencia, pero esta última, se va convirtiendo ante nuestros ojos en monopolio, creando la gran producción, despla-

2 Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Obras Escogidas, Tomo I, pág. 764.

zando a la pequeña, reemplazando la gran producción por otra todavía mayor y concentrando la producción y el capital hasta el punto, que de su seno ha surgido y surge el monopolio (...) El monopolio es el tránsito del capitalismo a un régimen superior.

Si fuera necesario dar una definición lo más breve posible del imperialismo, debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo.[3]

Ahora bien, cabe preguntar: ¿Cuál debe ser la posición de los obreros ante los monopolios? ¿Cómo luchan contra ellos? Hemos visto que el desarrollo de la productividad, de la ciencia y de la técnica engendrada por la libre competencia, obliga, llegado un momento, a la formación de monopolios:

Admitamos que **sí**, que la libre competencia, sin monopolios de ninguna especie, **podría** desarrollar el capitalismo y el comercio más rápidamente. Pero cuanto más rápido es el desarrollo del comercio y del capitalismo, más intensa es la concentración de la producción y del capital que **engendra** el monopolio. ¡Y los monopolios han nacido **ya** precisamente **de** la libre competencia! Aún en el caso de que los monopolios frenasen actualmente su desarrollo, esto no sería, a pesar de todo, un argumento en favor de la libre competencia, la cual es imposible después de haber engendrado los monopolios.[4]

Por lo tanto, no se puede responder al desarrollo de los monopolios exigiendo el regreso a la libre compe-

3 *Ibid.*, pág. 764.
4 *Ibid.*, pág. 786.

tencia, pues fue precisamente la libre competencia la que los creó. Exigir la libre competencia y su libre desarollo es exigir el monopolio. En términos de Lenin,

> el viejo capitalismo, el capitalismo de la libre competencia, con su regulador absolutamente indispensable, la Bolsa, pasa a la historia. En su lugar ha aparecido el nuevo capitalismo, que tiene los rasgos evidentes de un fenómeno transitorio, que representa una mescolanza de la competencia y del monopolio. Se desprende la pregunta: ¿en qué desemboca la "transición" del capitalismo moderno? Pero los sabios burgueses tienen miedo a hacérsela.[5]

Ante el capital monopolista los obreros concientes de sus intereses de clase no buscan el regreso a la libre competencia sino el paso al socialismo. Exigen que se culminen las tendencias monopolistas, que se cree una sola empresa que organice toda la gran producción; esa empresa será el estado de los obreros con la gran industria del país a su disposición. Ante la imposibilidad para la planificación racional y conciente de la producción capitalista, los obreros concientes exigen el paso a la planificación democrática y centralizada de la producción; y el paso de la dictadura de la burguesía y del parlamentarismo burgués, a la dictadura del proletariado ejercida por medio de delegados obreros elegidos y controlados por la masa obrera. Como dice Lenin:

> El capitalismo, en su fase imperialista, conduce de lleno a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a los capitalistas, en contra de su voluntad y con-

5 *Ibid.*, pág. 722.

> ciencia, a un cierto nuevo régimen social, de transición entre la absoluta libertad de competencia y la socialización completa.[6]

Por esta razón los obreros deben responder al desarrollo de los monopolios con la lucha redoblada por el socialismo.

1. *El imperialismo y los países dependientes*

Podemos ahora fijarnos en un problema decisivo para los países sub-desarrollados. Aunque la época imperialista comenzó a finales del siglo XIX, el capitalismo sólo había llegado a ese estadio de su desarrollo en una parte del mundo: en Europa y los Estados Unidos. En estos países fue donde la revolución industrial comenzó a finales del siglo XVIII y donde a partir de 1850 se desarrolló la primera revolución tecnológica basada en la producción de máquinas por medio de máquinas. Ahí se concentraba la gran industria maquinizada del planeta. Marx apunta cómo estos países le impusieron al planeta una particular división del trabajo:

> Se implanta una nueva división internacional del trabajo ajustada a los centros principales de la industria maquinista, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada primordialmente como campo de producción industrial.[7]

Con el desarrollo de la gran industria a raíz de la

6 *Ibid.*, pág. 709.
7 *El Capital,* Vol. I, pág. 376.

primera revolución tecnológica se produjo un aumento dramático en la productividad en los países adelantados. El proceso de trabajo en esos países comenzó a producir una cantidad de mercancías que saturaron el mercado local y forzó a sus poseedores, los capitalistas, a buscarles salida por medio del comercio exterior. Estas mercancías entraron en países atrasados que poseían una economía natural, es decir, una economía basada en la producción de valores de uso destinados al consumo individual. La introducción de mercancías importadas de los países con una productividad más elevada, y por lo tanto, a precios relativamente bajos, hizo más conveniente comprar esos productos que producirlos. Como para comprar hay que vender, los productores de los países atrasados se dedicaron a la producción de materias primas y de otros productos destinados a la exportación a la vez que aumentaban el consumo de productos que se compraban en el mercado internacional. A fin de cuentas, la entrada de mercancías producidas por la gran industria a los países atrasados aceleró el avance de la producción mercantil, destruyó la economía tradicional natural y la industria doméstica, y como consecuencia abrió paso al desarrollo capitalista de esos países. Sin embargo, aunque la gran industria pudo establecer una división internacional del trabajo a través de la exportación de mercancías, no estaba en condiciones de apoderarse directamente del proceso de acumulación originaria y de acumulación propiamente capitalista en los países que se dedicaban a la producción de materias primas. Bajo estas condiciones era todavía posible, aunque difícil, hay que admitirlo, el desarrollo capitalista independiente. En esta posibilidad pensaba todavía Marx cuando escribió su artículo "Futuros resultados del dominio británico en India". Pero esta situación se ve radicalmente alterada con el

advenimiento del imperialismo.

El rápido aumento en la productividad industrial, acelerado por la primera revolución tecnológica (1850-1873) aumentó la demanda por las materias primas que se producían en su mayoría en países y regiones atrasadas bajo relaciones sociales pre- o semi-capitalistas con un bajo nivel de productividad y con salarios considerablemente más bajos que los que prevalecían en los países desarrollados. La demanda por estas materias primas llevó a que sus precios, sobre todo a partir de 1873, aumentaran radicalmente. Esto, junto a otros factores que ahora no consideraremos, provocó una crisis en los países desarrollados al afectarse negativamente la cuota de ganancia del capital industrial. Los capitalistas solucionaron la crisis exportando grandes masas de capital a los países dependientes con el propósito de aumentar la productividad en la producción de materias primas al nivel de la manufactura. Aunque no se generalizó la producción maquinizada, sí se organizó la producción en gran escala al aplicar una rigurosa y sistemática división del trabajo. De esta manera se logró reducir el precio de las materias primas a la vez que se aprovecharon los salarios bajos que prevalecían en aquellos países.

En fin, el capital industrial pasó de la exportación de mercancías a la exportación masiva de capitales; pasó del envío de mercancías que forman mercados y abren espacio para el desarrollo capitalista independiente, al envío de capitales que determinan y controlan la acumulación al convertirla en acumulación dependiente. Subordinó sistemáticamente el desarrollo económico de los países atrasados a las necesidades del capital de los países avanzados.

Las puertas que dan hacia el desarrollo capitalista independiente se cierran para los países dependientes

ya que las masas de capital que los inundan no reproducen el adelanto de los países avanzados, sino que los condenan a un determinado nivel de productividad: la manufactura; y a la producción de unos productos específicos: las materias primas.

En los países atrasados, ahora dependientes, el desarrollo del capitalismo en el campo no lleva a la formación del proletariado industrial, sino al surgimiento de un vasto ejército de desempleados. Así se perpetúa la existencia de los bajos salarios. Esta situación va acompañada de profundos cambios políticos provocados por el auge de las conquistas coloniales a partir de 1870. Un eslabón en este auge de conquistas coloniales lo provee la Guerra Hispanoamericana por medio de la cual Puerto Rico pasó a manos del imperialismo estadounidense.

En resumen, **a los países intervenidos por el capital imperialista se les ha cerrado el camino que lleva al desarrollo capitalista independiente: su acumulación está determinada por las necesidades y movimientos del capital extranjero.**

2. *La revolución democrático-burguesa en la época imperialista*

La intervención del capital imperialista en los países atrasados (acompañada por el colonialismo en muchos casos) obstaculiza que se forme el estado nacional soberano con presencia internacional, que se lleve a cabo una reforma agraria contra los terratenientes, que se forme un mercado interno para la industria nativa y que suba al poder la burguesía local en forma revolucionaria. Por tanto, el imperialismo impide el desarrollo capitalista independiente.

Una revolución democrático-burguesa que hiciera

posible el desarrollo independiente del capitalismo, tendría que llevarse a cabo en contra del imperialismo. Pero hacer esta revolución resulta un proyecto muy difícil **ya que se requiere que la burguesía del país dependiente movilice a la nación para luchar en contra de otros burgueses.** Los lazos económicos que unen a la burguesía del país imperialista con la del país dependiente no fomentan estas posturas revolucionarias. Esta burguesía debe su posición de clase en gran medida al desarrollo de este capital imperialista. Si se considera el desarrollo de este capital como una totalidad orgánica y compleja, las "burguesías nacionales" se presentan como socios del imperialismo y sus privilegios de clase se fundamentan en la expansión de ese capital imperialista. Más aún, la intervención del capital imperialista **crea en el país dependiente un proletariado que tiene un peso social mayor que la propia burguesía de ese país.** Esta se encuentra no sólo frente a los obreros que ella emplea, sino frente a una clase obrera mayor, empleada por el capital imperialista. Por tanto, al enfrentarse al hecho de que depende del capital imperialista, precisamente cuando éste es su formidable enemigo, y al encontrarse también a sus espaldas con una enorme masa obrera, la burguesía de los países dependientes es incapaz de dirigir una revolución democrático-burguesa. En vez de movilizar al pueblo para derrotar al capital imperialista, prefiere cooperar con éste en la explotación de las masas. Como afirma la Segunda Declaración de La Habana:

> En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha anti-feudal y anti-imperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contra-

> dictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas.[8]

Su temor a la movilización de las masas predomina sobre su interés por expulsar al capital imperialista para convertirse en el único explotador del país. La burguesía teme que la lucha anti-imperialista bajo el impulso de una masa popular que ella puede movilizar, pero que no puede controlar, acabe por abolir el capitalismo y llevar a las masas, y no a ella, al poder. Antes dijimos que el bloque revolucionario estaba formado por la burguesía —que como vemos ya abandonó la revolución—, la pequeña burguesía, el campesinado y la naciente clase obrera.

¿Cuál de estas clases hereda el liderato de la revolución? Como ya fue señalado, **sólo** el proletariado es capaz de sustituir a la burguesía en el liderato de la revolución. Pero si el proletariado toma las riendas revolucionarias, ¿qué programa debe proponer para el país? ¿Debe limitarse a las tareas de la revolución democrático-burguesa o debe ir más allá?

8 *Documents de Cuba,* Edicio de Materials, Barcelona, 1968, pág. 132.

IV. EL PROGRAMA PROLETARIO EN LOS PAISES DEPENDIENTES

Lenin nos ofrece cinco características principales del imperialismo: 1) aparición de los monopolios, 2) aparición del capital financiero a través de la fusión del capital industrial y del bancario, 3) exportación de capitales, 4) la "formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas", 5) la "terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes."[1] Aunque las cinco forman parte de un movimiento indisoluble, podemos afirmar que las primeras dos describen la economía nacional, mientras que las tres restantes atañen al desarrollo de la economía mundial capitalista como una economía dominada por los países desarrollados.

Como dijimos, los obreros concientes consideran la aparición de los monopolios como un hecho irreversible. Exigen el paso al socialismo, no el regreso a la libre competencia. Sabemos también que es la exportación de capitales y la formación de monopolios internacionales, que controlan la economía mundial, lo que impide el desarrollo capitalista independiente en los países atrasados. Si las últimas tres características que presenta Lenin son tan irreversibles como las primeras, entonces el desarrollo capitalista independiente, al igual que el regreso al capitalismo de libre competencia es ya prácticamente imposible.

Al transformarse el capitalismo en imperialismo, la socialización del trabajo y el desarrollo tecnológico han

1 *Obras escogidas,* Tomo I, pág. 765.

llegado a un punto en que sólo a través de los monopolios y la coordinación del capital financiero puede organizarse la economía capitalista. Se ha dejado atrás la libre competencia y se están creando las bases históricas que hacen no sólo posible, sino necesario, el nacimiento de una sociedad donde un gran monopolio controlado por los obreros organice la producción. El imperialismo es la época de "transición entre la absoluta libertad de competencia y la socialización completa."

Ahora bien, la exportación de capitales es una de las características principales de esta época. Esto impide que los países dependientes tengan un desarrollo capitalista independiente y que se reproduzca la historia de los países avanzados. La economía mundial se encuentra, pues en la "época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada". Contradictoriamente, el atraso de los países dependientes demuestra el grado avanzadísimo de desarrollo de la economía mundial de la cual son parte. En otras palabras, el camino burgués para los países subdesarrollados es inevitablemente un camino que lleva por diferentes etapas de subdesarrollo, pero no hacia una formación social capitalista independiente. La única forma de sentar las bases para el desarrollo es mediante una ruptura con el imperialismo y con el mercado mundial capitalista. **Esto demuestra que las condiciones en estos países están maduras para la revolución social, para la lucha por el socialismo.**

Los países dependientes no pueden tener un desarrollo capitalista independiente porque son parte de la economía mundial imperialista. Si la economía mundial sólo puede existir como economía imperialista, es decir, dominada por los monopolios, es imposible el regreso al capitalismo de libre competencia y los países atrasados sólo pueden existir dentro de la econo-

mía capitalista mundial como países subdesarrollados. **Tan posible es que estos países se desprendan de la cadena imperialista sin que rompan con el capitalismo, como que el capitalismo se desprenda de los monopolios.** Si la eliminación del monopolio capitalista da paso a la planificación socialista, no a la libre competencia, entonces la superación del subdesarrollo no pasa por el desarrollo capitalista independiente, sino por la revolución socialista mundial.

Ahora debemos considerar el contenido del programa proletario en los países dependientes. Como ya se dijo, la burguesía de los países atrasados es incapaz de llevar a cabo una revolución democrático-burguesa porque tendría que realizar la revolución no contra el feudalismo, sino contra el imperialismo. La dirección política de la burguesía entiende que hacer una revolución democrática en esta época es muy peligroso. Se le hace cada vez más difícil dirigir movimientos nacionales revolucionarios que movilicen masivamente a los obreros y que permitan su organización independiente. Es pues, la organización obrera, construída en forma independiente de la burguesía, la que ahora tiene que dirigir las movilizaciones populares que llevarán a cabo las transformaciones democráticas (expulsar al capital imperialista, lograr la independencia nacional, etc.) a la vez que llevarán al proletariado, con esa organización obrera a la cabeza, al poder. Por tanto, de la misma forma que ante el monopolio los obreros con conciencia de clase del país avanzado no deben luchar por el regreso a la libre competencia, sino que deben exigir que se ponga el monopolio en manos de los obreros, los obreros concientes del país atrasado, ante el subdesarrollo causado por el capital imperialista, **deben exigir, no el desarrollo capitalista independiente, sino el paso al socialismo.** Deben comprender que el subdesarrollo de su

país existe porque éste se encuentra irreversiblemente integrado a un todo que ya ha entrado en la época de la revolución socialista. Es necesario que consideren la revolución en su país como parte de la revolución socialista mundial. Por esta razón la cooperación con los obreros de los otros sectores de la economía mundial es decisiva. El programa de la clase obrera en los países dependientes enlaza las tareas democráticas (reforma agraria, nacionalización de empresas extranjeras, legalización de los sindicatos, etc.) con la toma del poder por la clase trabajadora (creación de consejos obreros y de milicias obreras, etc., que se convierten en el nuevo estado y ejército) y las tareas de la construcción socialista (nacionalización de los establecimientos industriales, planificación de la industria por los obreros, el establecimiento de la cooperación económica internacional planificada, etc.).

No se pasa al poder obrero y a la construcción del socialismo porque se haya alcanzado un alto desarrollo de las fuerzas productivas o porque la diferenciación de la economía nacional exija ya una planificación racional, ni porque se hayan realizado las tareas de la revolución burguesa; **se pasa al socialismo porque el capitalismo monopolista impide que los países subdesarrollados reproduzcan la historia de los países avanzados.** El proletariado debe dirigir a todas las masas explotadas del campo y la ciudad contra el capital imperialista, movilizándolas inicialmente con demandas democráticas, pero con la comprensión de que ese proceso revolucionario lleva al socialismo, no al desarrollo capitalista independiente.

Todos los países del mundo han sido convertidos en los eslabones de una cadena económica. Son eslabones de diferente tamaño y forma, con un peso diferente en la cadena, pero todos forman la cadena; y esa cadena está

ya en la época de transición al socialismo. La cooperación entre los diferentes eslabones es imprescindible. Bujarin describe de esta manera la interdependencia:

> El trabajo social del conjunto mundial está dividido entre países. El trabajo de cada país, separado, se convierte en parte del conjunto del trabajo social por medio del cambio que se efectúa sobre el plano mundial. Esta interdependencia de los países en el terreno del cambio no es, en modo alguno, accidental; es más bien la condición necesaria de la evolución social posterior, mediante la cual el cambio internacional se transforma en un fenómeno regular de la vida social económica. Esta se encontraría de repente fuera de su centro si América y Australia cesasen bruscamente de exportar su trigo y su ganado, Inglaterra y Bélgica su carbón, Rusia su trigo y sus materias primas, Alemania sus máquinas y sus productos químicos industriales, la India, Egipto y Estados Unidos, su algodón, etc. En cambio los países exportadores de productos agrícolas se verían de pronto atacados de parálisis, si sus mercados se cerraran bruscamente. Esto es particularmente exacto tratándose de los países "monocultores", es decir, de aquellos que no cultivan casi más que un solo producto (por ejemplo, el café en el Brasil, el algodón en Egipto, etc.). Se verá (...) cómo es hoy día necesario el cambio internacional para asegurar la marcha normal de la vida económica.[2]

En condiciones concretas diferentes la revolución obrera está a la orden del día en Inglaterra, Bélgica, Australia, Egipto, India, Brasil y Estados Unidos, para

[2] *La economía mundial y el imperialismo*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1973, pág. 39.

tomar los que nombra Bujarin. Los obreros de estos países pueden dirigir procesos revolucionarios que de manera ininterrumpida lleven al socialismo porque cada uno es un eslabón de la cadena, y la cadena como totalidad está lista para el socialismo. Todos, como partes de la cadena están en la época de la revolución socialista; ninguno está independientemente listo para el socialismo. Con razón decía Marx que "el proletariado sólo puede existir en un plano **histórico-mundial,** lo mismo que el comunismo, su acción, sólo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórico-universal."[3]

Como dijimos, se trata de eslabones heterogéneos. En algunos, las fuerzas productivas están muy desarrolladas, en otros atrasadísimas; algunos han gozado de un desarrollo orgánico, otros han sufrido un desarrollo deformado; en algunos el proletariado es la mayoría de la población, en otros no; en algunos el proletariado es mayoritariamente urbano, en otros rural. Dadas estas diferencias, podemos señalar que la organización del estado socialista adoptará varias formas. En palabras de Trotsky, "la dictadura del proletariado tendrá asimismo en los distintos países capitalistas un carácter extremadamente variado, en el sentido de la base social, de las formas políticas, de los objetivos inmediatos y del impulso de actuación."[4]

Pero a pesar de las diferencias, en todos ellos domina la burguesía, todos ocupan un lugar dentro de la economía mundial imperialista y en todos está en agenda la sustitución del capitalismo por un régimen social superior. Las diferencias dentro de la misma unidad tienen implicaciones decisivas:

3 *La ideología alemana,* Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, pág. 38.

4 *La revolución permanente,* Juan Pablos, Editor, México, 1972, pág. 195.

> Si tomamos a Inglaterra y a la India como los polos opuestos o los dos tipos extremos del capitalismo, no tendremos más remedio que reconocer que el internacionalismo del proletariado británico e indio no se basa, ni mucho menos, en una analogía de condiciones, objetivos y métodos, sino en vínculos inquebrantables de **recíproca interdependencia**. Para que el movimiento de emancipación de la India pueda triunfar, es menester que estalle un movimiento revolucionario en Inglaterra, y vice-versa. Ni en la India ni en Inglaterra es posible levantar una sociedad socialista cerrada. Ambas tienen que articularse como partes de un todo superior a ellas. En esto y sólo en esto reside el fundamento inconmovible del internacionalismo marxista.[5]

En resumen, la revolución socialista y la construcción de una sociedad comunista es imposible sin la unidad internacional del proletariado. La lucha por esta unidad internacional es parte integral de la lucha por la revolución obrera en cada país. El partido de los obreros de cada nación se debe construir como destacamento del ejército mundial de proletarios concientes.

Este ejército encuentra una variadísima gama de condiciones sociales que van desde la existencia de los países imperialistas, donde las superganancias permiten la aparición de una aristocracia obrera que apoya al imperialismo, hasta los obreros de los países semicoloniales, donde la presión del desempleo hace dificilísima la creación de sindicatos. Los obreros del mundo tienen que elaborar una estrategia que permita la unión de todos los obreros. La posibilidad de esa unión está dada por la realidad de la economía mundial (condición

5 *Ibid.*, pág. 17.

y consecuencia del capitalismo); y la necesidad de esa unión está dada por ser requisito para la transformación de la economía en una economía socialista.

V. INTERNACIONALISMO PROLETARIO Y POLITICA OBRERA FRENTE AL PROBLEMA NACIONAL

El problema nacional cobra especial importancia para los obreros que viven la época imperialista. El imperialismo divide al mundo en naciones opresoras y oprimidas, originando "abundantes formas **transitorias** de dependencia estatal (...) formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal, político, gozan de independencia, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática."[1]

Todos los países dependientes son parte de la economía imperialista, y de esta manera han entrado en la época de las revoluciones proletarias. Es imposible desprender un país de la cadena imperialista sin desprenderlo a su vez del capitalismo. Esta lucha por el socialismo a nivel mundial sobre la base creada por el imperialismo exige la unidad internacional de los obreros, y por ello los obreros del país atrasado, al elaborar un programa que enlace la revolución democrática y la revolución proletaria, confrontan a la vez el problema de establecer vínculos con los obreros de otros países. Ya que el imperialismo y el colonialismo dividen el mundo en naciones opresoras y oprimidas, desarrolladas y dependientes, la unidad internacional obrera se hace aún más compleja, más difícil, pero más necesaria.

De lo que se ha señalado se desprende el hecho de que no podemos descubrir cuál debe ser la actitud de los

1 Lenin, *Obras Escogidas*, Tomo I, pág. 762.

obreros puertorriqueños frente al debate con respecto a la independencia, la autonomía o la anexión, sin aclarar otra noción: el internacionalismo proletario. La unidad de los obreros de diferentes naciones depende de que los trabajadores comprendan que son ante todo proletarios. Antes que estadounidenses, franceses o puertorriqueños, son todos obreros que comparten los mismos intereses históricos. **El primer compromiso del obrero es con su clase, no con su nación.** Ahora bien, como la creación de los estados nacionales es una tarea histórica de la burguesía, el nacionalismo es por tanto una forma de ideología burguesa. Como el nacionalismo enseña que la primera lealtad del ciudadano es con su nación, el internacionalismo proletario y el nacionalismo burgués son posiciones políticas antagónicas. La primera lleva a la unidad del proletariado, la segunda a su fragmentación. ¿Qué posición frente al problema nacional permite adoptar una actividad política independiente del nacionalismo? ¿Qué política garantiza la unidad internacional de los trabajadores?

Para contestar estas preguntas se debe hacer claro lo que quiere decir "unidad". **La unidad desde el punto de vista obrero es sinónimo de la adopción de posiciones independientes de la burguesía en el campo político.** El proletariado no puede lograr la unidad mientras siga políticamente a la burguesía, ya que bajo su control los obreros siempre acabarán por luchar en contra de otros obreros que siguen a otra fracción o partido político de la burguesía, o tal vez a la burguesía de otro país, y aunque todas las burguesías o fracciones de ésta tienen intereses en común, estos intereses tampoco pueden ser la base para la unidad proletaria ya que el principal interés de la burguesía como clase es combatir a su enemigo común: el proletariado. Al seguir a la burguesía, los trabajadores preparan la guerra de obre-

ros contra obreros o el aplastamiento del movimiento obrero por parte del estado burgués, o ambas calamidades a la vez. Por ello, cuando se habla de la unidad internacional del proletariado, nos referimos a su constitución en fuerza política independiente de todas las burguesías.

El proceso de forjar la independencia política es el proceso de crear un partido obrero independiente. La lucha por la unidad proletaria es impensable sin la lucha por crear partidos obreros. Esta lucha se adelanta cuando el problema nacional se soluciona de forma que ayude a la constitución del proletariado en una fuerza política independiente en todos los países envueltos.

¿Qué política ante el problema nacional contribuye a la adopción de una posición obrera que sea independiente del nacionalismo, a la formación de partidos obreros y a la unidad internacional de la clase obrera?

El principio que debe prevalecer en la política obrera es **el reconocimiento del derecho de todas las naciones a la autodeterminación, es decir, a la independencia, a la separación estatal.** Este principio es la base para la unidad de la clase obrera. Examinemos con más cuidado lo que se acaba de decir, ya que a primera vista puede parecer contradictorio. El proletariado debe reconocer la igualdad de todas las naciones y debe luchar contra toda imposición, violencia, o discriminación de que sea víctima una nación. El proletariado de una nación opresora debe reconocer el derecho a la separación del pueblo oprimido y debe apoyarlo, aunque esto signifique oponerse al gobierno de su propia nación. De esta manera adopta una posición independiente de la política de la burguesía de su país y rehusa luchar junto a ella para oprimir a otras naciones. Los obreros estadounidenses, por ejemplo, tienen el deber de apoyar a los obreros salvadoreños en su actividad en contra

del gobierno y el ejército de los Estados Unidos; tienen que reconocer el derecho que tiene El Salvador a la autodeterminación. Otro ejemplo: el obrero inglés no debe apoyar el intento de su gobierno de mantener bajo el yugo colonial a Irlanda. El obrero inglés debe reconocer el derecho de Irlanda a la autodeterminación; sólo así puede descubrir el obrero irlandés que el proletariado de Inglaterra es un aliado y no un enemigo. El enemigo es la clase capitalista inglesa. En esta forma el proletariado del país opresor demuestra que sólo la burguesía es culpable del colonialismo, la opresión y la discriminación nacional, y que es, por tanto, el capitalismo el enemigo que hay que derrotar para eliminar la opresión nacional. Solamente cuando se reconoce el derecho de todas las naciones a la autodeterminación pueden los obreros descubir **una de las verdades fundamentales de la política mundial: el imperialismo y el capitalismo no permiten relaciones de igualdad y democracia entre las naciones; la opresión nacional no desaparecerá mientras exista el capitalismo.**

Reconocer este principio básico corresponde a la adopción de una política independiente, proletaria, ante el problema nacional. No obstante, se podrían hacer las siguientes objeciones: ¿de dónde viene este derecho si al proletariado no le interesa separar naciones? ¿Por qué reconocer el derecho a la autodeterminación si el capitalismo tiende a integrar naciones? ¿Por qué reconocer este derecho si el imperialismo hace a todas las naciones eslabones de una misma cadena? El derecho tiene su base en la necesidad del proletariado de unirse a nivel internacional, en la necesidad de construir partidos políticos independientes de todas las burguesías. Reconocer el derecho a la separación y a la igualdad de todos los pueblos se opone a cualquier particularismo y exclusivismo nacional. El proletariado no tiene como

objetivo defender la cultura nacional, la autonomía cultural, las antiguas tradiciones, la guerra cultural; debe defender el derecho de todas las naciones a su autodeterminación. Debe exigir el fin a cualquier intento de cambiar por la fuerza la cultura de una nación y debe atacar cualquier tipo de violencia que se dirija contra cualquier cultura. No debe intentar preservar ciertas formas culturales, sino abrir el camino a las relaciones de igualdad entre las diferentes culturas, para la libre y democrática evolución y transformación de la cultura. El proletariado reconoce el derecho a la separación de las naciones porque quiere unir a los obreros, y reconoce el derecho de todos los pueblos a su cultura, porque sólo así puede demostrar que no le interesa oprimir a ningún pueblo. Abre de esta forma la posibilidad de desarrollo de una cultura comunista, libre de determinaciones clasistas y nacionales.

Para el proletariado, la solución al problema nacional es inseparable de la construcción de su unidad, de su partido, ya que históricamente las relaciones de igualdad y democracia entre los pueblos dependen de la revolución proletaria, y la solución al problema nacional depende de la creación de partidos obreros.

Ahora bien, es posible que sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía de un país oprimido adopten posiciones anti-imperialistas. Sin embargo, a pesar de ser anti-imperialistas, por lo general estos movimientos desarrollan una ideología nacionalista, ya que conciben la lucha en contra del imperio como una lucha entre naciones, como una lucha en contra de la nación opresora y no como una lucha en contra de ciertas clases sociales de esa nación. Por tanto, cuando los obreros del país oprimido distinguen entre la burguesía y el proletariado del país opresor, llevan a cabo una diferenciación que la ideología nacionalista no reconoce. Por consi-

guiente, los obreros deben adoptar posiciones independientes del nacionalismo del país opresor y del de su propio país. Esto no implica que los obreros consideren equivalentes ambos nacionalismos. El proletariado debe defender el movimiento nacionalista del país oprimido ante el país dominante. Pero esa postura no implica que los obreros deben compartir las ilusiones del nacionalismo.

Los comunistas, los obreros concientes, distinguen claramente entre naciones opresoras y naciones oprimidas, y dentro de cada nación distinguen entre las clases que la componen. Deben defender siempre la lucha del pueblo oprimido, y en cada nación deben defender la independencia política de los obreros frente a la burguesía. Así, al luchar por la independencia nacional, luchan por la unidad internacional de los trabajadores.

Para concluir, y a manera de resumen, comentaremos a la luz de lo dicho la siguiente afirmación de Marx·

> Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. (...) Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone nunca más que los problemas

> que puede resolver, pues, mirando de más cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir.[2]

La afirmación de Marx de que ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, es uno de los pivotes de la teoría que plantea que los países atrasados en la época imperialista tienen que pasar a través de un proceso de revolución permanente al socialismo: los países atrasados, subdesarrollados, tienen que pasar al socialismo precisamente porque dentro del capitalismo las fuerzas productivas están condenadas al estancamiento y a la deformación.

A pesar de que sus fuerzas productivas están a un nivel más bajo que las de otros países, ya el capitalismo se ha convertido en un obstáculo para su desarrollo. El capitalismo permitió el fabuloso desarrollo de las fuerzas productivas que se puede observar, por ejemplo, en los Estados Unidos; permitió la industrialización, la mecanización de la agricultura, sucesivas revoluciones tecnológicas, el desarrollo de la ciencia aplicada a la producción. Sin embargo, por ejemplo, en Cuba el capitalismo puso un límite al desarrollo de las fuerzas productivas, requirió el paso al socialismo antes de industrializar al país, sin desarrollarlo tecnológica y científicamente de manera comparable a un país avanzado. En ambos países, el imperialista y el subdesarrollado, el espacio para el desarrollo de las fuerzas productivas ha sido agotado y, por tanto, se ha entrado en ambos en una "época de revolución social"; todo ello a pesar de que las fuerzas productivas de estos países están

2 *Contribución a la crítica de la economía política*, Comunicación, Madrid, 1970, págs. 37-38.

a muy diferentes niveles de desarrollo. El capitalismo y el imperialismo han provisto diferentes espacios para diferentes naciones, en términos del desarrollo de sus fuerzas productivas.

Parecería entonces que la segunda afirmación de Marx de que jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua, es falsa en nuestra época. Podría decirse que países atrasados como Cuba, China o Vietnam se ven obligados a avanzar a nuevas relaciones sin que en esos países se den las bases materiales para su desarrollo. El socialismo está basado en el desarrollo de la industria y la ciencia, pero los obreros del país atrasado llegan al poder sin contar plenamente con esas fuerzas materiales. El capitalismo les deja como herencia un mísero desarrollo de la producción y esa no es una base material adecuada para el socialismo. Sin embargo, debemos recordar que se da el paso al socialismo porque el capitalismo no permite un mayor desarrollo. Y ¿por qué proveyó el capitalismo diferentes espacios para diferentes países? ¿Por qué permite un desarrollo muchísimo más grande en el país avanzado que en el atrasado? Sabemos que se debe al hecho de que el capitalismo de ambos países, las economías de ambos países no están desconectadas, están combinadas de una forma específica donde la acumulación de capital del país avanzado determina y limita la de los países atrasados. La exportación de capitales no permite el desarrollo independiente de las diferentes economías y transforma a ciertos países en países imperialistas y a los otros en países atrasados y subdesarrollados, coloniales y semi-coloniales. Las fuerzas productivas de Cuba estaban limitadas y deformadas porque Cuba era parte de algo mayor: la economía mundial imperialis-

ta. No se puede hablar de la "maduración" de Cuba para el socialismo, sino de la "maduración" de la economía mundial, de la cual Cuba es parte, para el socialismo.

Por tanto, cuando Marx dice que no aparecen más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado, afirma algo que es cierto aún en la época imperialista. Esa sociedad antigua donde maduran esas condiciones sólo puede entenderse como toda la economía mundial imperialista. La humanidad sólo se plantea problemas que puede resolver, se propone únicamente objetivos que puede alcanzar: lo que sucede es que en la época imperialista se plantea problemas que sólo puede resolver a nivel mundial, objetivos que sólo pueden alcanzarse como proyecto mundial. Esas tareas mundiales necesarias para construir la sociedad sin clases hacen necesario el internacionalismo proletario. Este se convierte así en una de las palancas decisivas de la historia de la humanidad.

SEGUNDA PARTE

VI. PUERTO RICO EN LA EPOCA IMPERIALISTA CLASICA

Para acercarnos al nacionalismo, comencemos por ver a grandes rasgos el desarrollo de la sociedad puertorriqueña en las primeras tres décadas de este siglo.

Después de la guerra hispano-americana el capital estadounidense invadió masivamente a Puerto Rico y desde entonces su movimiento ha determinado el desarrollo de la economía de la isla. En la época imperialista clásica, es decir, hasta la década del cuarenta, el capital especializó a Puerto Rico en la producción de varios productos. El más importante era la caña de azúcar. El capital imperialista cerraba de esta forma el camino a un desarrollo capitalista independiente y orgánico de la economía puertorriqueña.

En Puerto Rico en la primera mitad de este siglo el capital imperialista no permitió la aparición de grandes ciudades industriales. Todo lo contrario, convirtió a Puerto Rico en campo subyugado por el capital. En 1920, solamente el 8.7 por ciento de la población del país vivía en ciudades de más de 25,000 habitantes, mientras el 78.2 por ciento de la población no vivía ni siquiera en pequeños pueblos.[1] Cierto es que para subyugar al campo puertorriqueño el capital estadounidense tuvo que establecer centrales y otros establecimientos como puestos industriales en el interior de ese

1 *15th Census of the U.S.: 1930.*

campo. Pero las centrales no eran ciudades industriales desde las cuales el capital impondría al campo una división del trabajo. Eran estaciones industriales dentro del campo subyugado por un capital que tenía su base de operaciones en ciudades norteamericanas. Esas centrales eran los nudos industriales de un campo dominado por el capital extranjero. Es decir, los establecimientos industriales más importantes del país, las centrales azucareras, eran parte orgánica de la agricultura capitalista dominada por el capital imperialista, y no centros industriales independientes contrapuestos a esa agricultura. Esto se reflejaba en la distribución geográfica de las centrales —desperdigadas por los campos de cultivo— y en su operación estacional, correspondiente a los ciclos de la producción agrícola. Así se formó un proletariado mayoritariamente agrícola cuyo limitado sector industrial era en gran parte todavía rural. La clase obrera que producía la maquinaria utilizada por el proletariado rural e industrial puertorriqueño estaba fuera de Puerto Rico en los centros industriales de la metrópoli. Las siguientes observaciones de Marx nos ayudan a comprender la debilidad de nuestro movimiento obrero inherente a las condiciones materiales de su existencia. "La dispersión de los obreros del campo en grandes superficies vence su fuerza de resistencia, al paso que la concentración robustece la fuerza de resistencia de los obreros de la ciudad."[2]

Dentro del desarrollo económico determinado por el imperialismo, aún cuando se formó un enorme proletariado rural, sobre una precaria base, que fue incluso capaz de movilizarse más efectivamente que otras clases explotadas del campo, y que tendió a concentrarse en las zonas costeras de la isla, se hizo palpable el debilísimo

2 *El Capital,* Vol. I, pág. 423.

desarrollo industrial urbano que caracterizó dicho proceso. El desenvolvimiento muy insuficiente de los centros urbanos industriales, que son el asiento de las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista, **hizo que la clase obrera puertorriqueña se moviera sobre un hueco significativo, que dejó huellas profundas en su trayectoria política.**

Estas condiciones económicas creadas por el imperialismo en Puerto Rico fueron acompañadas por transformaciones políticas. El régimen colonial establecido por el imperialismo en Puerto Rico extendió a la isla muchas de las disposiciones legales y jurídicas de la democracia burguesa estadounidense. Este régimen, fundamentado en una sólida democracia burguesa, representaba un avance sobre el régimen anterior. Específicamente, en el área de los derechos sindicales se extendió a la isla la legislación estadounidense. Esta afectó de forma positiva al movimiento obrero de Puerto Rico al permitir, por ejemplo, la existencia legal de los sindicatos. Como veremos, los dirigentes obreros de la isla no se cansaron de apuntar esto en los primeros treinta años de este siglo.

Debe comprenderse la unidad contradictoria que formaban las transformaciones políticas y económicas que realizó el imperialismo. El capital imperialista cerró la posibilidad de un desarrollo capitalista independiente en Puerto Rico. Una revolución democrático-burguesa que pretendiese asegurar ese tipo de desarrollo tendría su enemigo fundamental en el imperialismo estadounidense. Pero a la vez que bloqueaba un desarrollo capitalista independiente, el imperialismo realizó en la isla reformas liberales.

Como se ha explicado ya, **no se deben confundir las reformas liberales con una revolución democrático-burguesa.** Lo que diferencia una reforma liberal de

una revolución democrático-burguesa es que la última tiene que re-estructurar el desarrollo capitalista del país envuelto. No sólo debe legalizar sindicatos y partidos, conceder el derecho al voto, establecer una nueva constitución, sino que además debe asegurar, en lucha contra el imperialismo, un desarrollo independiente que permita superar el subdesarrollo. Realizar transformaciones liberales no implica realizar **la tarea fundamental** de la revolución democrático-burguesa en la época imperialista: **el asegurar un desarrollo capitalista independiente.** Las reformas liberales, a diferencia de las revoluciones democráticas, pueden ser compatibles con el continuado dominio de la economía nacional por el capital imperialista. El imperialismo puede aceptar, conceder, y hasta realizar por su propia iniciativa reformas liberales, pero combate decididamente cualquier proyecto burgués verdaderamente revolucionario. Las débiles burguesías de los países atrasados son incapaces, como ya vimos, de movilizar al pueblo para enfrentarse al proyecto del imperialismo. Sin embargo, esas burguesías, al igual que su amo imperialista, son capaces de realizar reformas liberales.

Los Estados Unidos **no realizaron en Puerto Rico una revolución democrático-burguesa,** a pesar de que extendieron a la isla un régimen político democrático-burgués y las relaciones de producción capitalista. La transformación de la economía puertorriqueña en una economía capitalista subdesarrollada dominada por el capital imperialista y la simultánea implantación de reformas liberales **son dos aspectos de un mismo proceso social contradictorio.**

En Puerto Rico, a diferencia de otros países latinoamericanos, el régimen liberal burgués tiene una solidez considerable, un campo de reforma y maniobra mayor, porque no se apoya en el poder económico y polí-

tico de la burguesía local, sino que cuenta con los recursos del estado de la burguesía imperialista estadounidense. Pero, si bien la falta de una revolución democrática y de un desarrollo capitalista independiente no se tradujo, en el caso de Puerto Rico, en la inestabilidad crónica del régimen de democracia burguesa, sí afectó de forma adversa el desarrollo del movimiento obrero.

La penetración imperialista en Puerto Rico formó al proletariado de la isla como uno fundamentalmente agrícola y rural. El proletariado rural tiene una limitada fuerza de resistencia frente al capital, que sólo puede contrarrestarse a través de la vinculación organizada con el proletariado industrial. El imperialismo de un lado legalizaba los sindicatos, pero por otro lado impedía la formación de un amplio proletariado industrial que pudiera servir de eje organizador para la clase obrera. **El movimiento obrero nació mutilado, privado de su soporte fundamental.** Esto implicaba que la vinculación con el proletariado industrial de otros países sería particularmente importante en la lucha por construir partidos y sindicatos en la isla. El liderato sindical puertorriqueño, que tenía originalmente una débil base artesanal, tuvo una importancia histórica decisiva al servir de correa de transmisión entre el proletariado rural y agrícola isleño y las organizaciones del proletariado estadounidense. El imperialismo impuso en la isla un limitado sistema de representación parlamentaria, pero impedía el surgimiento de grandes centros industriales donde concentraciones proletarias pudieran movilizarse con relativa facilidad para influenciar las decisiones del parlamento burgués. Las posibilidades formales que para el movimiento obrero abría el estado imperialista al extender a la isla la democracia burguesa eran contrarrestadas por los

efectos del subdesarrollo impuesto por el imperialismo en ese mismo proletariado. Si a esto se añaden las condiciones miserables de vida generadas en Puerto Rico por el capitalismo dependiente se percibe la debilidad estructural del proletariado puertorriqueño. El movimiento obrero —sindical y político— cuya existencia legal el nuevo régimen hacía posible, tendría una existencia precaria dadas las condiciones materiales creadas por ese mismo régimen.

Recordemos en este contexto la siguiente afirmación de la **Internacional Comunista:** "Sólo el proletariado urbano e industrial, dirigido por el Partido Comunista, puede librar a las masas trabajadoras rurales del yugo del capital y de la gran propiedad agraria de los terratenientes..."[3]

En otros términos, el grado de organización del proletariado industrial estadounidense sería de importancia decisiva para el desarrollo del movimiento del proletariado rural puertorriqueño. Aquí no podemos discutir extensamente la historia del proletariado estadounidense. Podemos apuntar que la *American Federation of Labor* —que fue la organización más importante de la clase obrera de los Estados Unidos hasta el surgimiento del *Congress of Industrial Organizations* a mediados de los años treinta— era una federación de sindicatos de oficio que agrupaban obreros diestros exclusivamente. Algunos sindicatos industriales, como la *United Mine Workers,* eran miembros de la AFL, pero constituían la excepción. Esto implicaba que la mayoría de los trabajadores semi-diestros y no diestros de las industrias decisivas, como el acero, el caucho, el automóvil y la industria eléctrica no podían

3 *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.* Pasado y Presente, México, 1973, pág. 161.

organizarse dentro de la AFL. De manera que la estructura de la AFL no correspondía a la estructura y necesidades del proletariado estadounidense. En 1919, por ejemplo, un intento de organizar la industria del acero, por medio de los sindicatos de oficio, resultó en una derrota desastrosa. Además, el liderato de la AFL se opuso consistentemente a la organización política independiente de la clase obrera. Los líderes obreros proponían que los trabajadores votaran por los candidatos de los partidos burgueses en vez de presentar sus propios candidatos. En la política exterior, la dirección de la AFL apoyó, sobre todo después de 1900, al imperialismo estadounidense. **Adoptó posiciones nacionalistas.** Identificó el bienestar y el progreso de los obreros estadounidenses con el desarrollo del poder e influencia económica de los Estados Unidos. Puso la lealtad de los obreros al gobierno estadounidense sobre su lealtad a los obreros de otros pueblos. La AFL se caracterizó también por prácticas francamente racistas colaborando con la burguesía estadounidense en la opresión de los obreros negros en ese país y constituyéndose en un obstáculo formidable para la unión de la clase trabajadora.

Tenemos pues tres condiciones fundamentales bajo las cuales se forjó el liderato obrero de Puerto Rico a principios de este siglo: la transformación de Puerto Rico en un país capitalista subdesarrollado, especializado en la agricultura; la implantación de reformas burguesas liberales por el imperialismo; y, la influencia del movimiento obrero estadounidense en las organizaciones del proletariado puertorriqueño. ¿Qué posición adoptó el liderato obrero que nació en este contexto social y económico? Podríamos hablar de tres posiciones fundamentales frente al proceso de transformación social que tomaba lugar: una posición libe-

ral, una posición demócrata-revolucionaria y una posición marxista.

La posición liberal, correspondiente al punto de vista y a los intereses del imperialismo en la isla, sacrificó la lucha por un desarrollo capitalista independiente para defender el régimen "democrático" establecido por el imperialismo. Para el liberalismo la lucha democrática se reduce a la lucha por reformas liberales y deja de ser la lucha por re-estructurar determinado desarrollo capitalista. Esta posición convierte la defensa de las reformas liberales realizadas por el imperialismo, además del esfuerzo por extender dichas reformas, en el centro de su programa, dejando de lado cualquier intento de luchar contra la conversión de, en este caso, la economía puertorriqueña en una economía subdesarrollada y dependiente. Es importante notar las consecuencias de la política liberal: **la lucha democrática se desvincula de la lucha anti-imperialista.** Esta visión política presenta al imperialismo como defensor de la democracia y no como su mayor enemigo. La defensa de la democracia queda convertida por el liberalismo en un instrumento de legitimización del régimen imperialista.

La posición demócrata-revolucionaria corresponde al punto de vista de una burguesía o pequeña burguesía nacional revolucionaria. Esta posición no degrada la lucha democrática a una lucha por reformas liberales que puede realizarse en cooperación con el imperialismo. Incluye la lucha por un desarrollo capitalista independiente como parte de la lucha democrática.

El punto de vista marxista correspondería a los intereses del proletariado revolucionario. Esta posición aspira a desencadenar una lucha anti-imperialista que culmine con una revolución socialista. Con este fin, estaría dispuesto a concertar alianzas con todas las fuer-

zas democráticas anti-imperialistas. Es decir, con todas las fuerzas que aunque no fueran socialistas no estuvieran tampoco dispuestas a pactar con el imperialismo para defender ciertas reformas liberales.

Los intereses históricos objetivos del proletariado coinciden con la realización del programa de la democracia revolucionaria ya que ese programa implica la creación de condiciones más favorables para el movimiento obrero, como son, por ejemplo, el desarrollo orgánico de la industria y la formación de un proletariado industrial. Pero si bien en la época imperialista el programa demócrata-revolucionario no puede realizarse sin derrocar el capitalismo, más razón tiene el proletariado para convertirse en un formidable defensor de la lucha democrática-revolucionaria contra el imperialismo. El demócrata-revolucionario tiene un programa beneficioso para la clase trabajadora y cuya realización, en la época imperialista, requiere la revolución proletaria y el derrocamiento del modo capitalista de producción. Tarde o temprano se le planteará al demócrata-revolucionario el dilema de continuar con los obreros hasta la revolución socialista o de desertar la revolución. **Pero si opta por lo segundo no sólo repudia el programa de la revolución socialista, sino que abandona también su propio programa de revolución democrática, e inevitablemente termina aliándose con el imperio, como los liberales.**

En fin, la profunda aspiración democrática dejada en la población puertorriqueña por lo que Manuel Rojas, dirigente del Partido Socialista, llamó "cuatrocientos años de ignorancia y servidumbre", iba a ser desarrollada de forma diferente por las tres posturas políticas que hemos presentado. La primera pretendería convertirla en conciencia liberal, es decir, en un apoyo al imperialismo calificado como fuerza democrá-

dores fue un ejemplo de ello. Veremos esto brevemente antes de entrar de lleno a discutir la política demócrata-revolucionaria del nacionalismo.

VII. LA POLITICA LIBERAL DEL LIDERATO OBRERO

Para darnos cuenta de la política liberal que adoptó el liderato obrero de Puerto Rico en las primeras décadas del siglo veinte, no tenemos más que citar las posiciones de Santiago Iglesias, su dirigente e ideólogo principal, y ver cómo éstas se plasmaron en el programa del Partido Socialista.

La primera "misión" de Iglesias en Puerto Rico desde la invasión estadounidense en 1898, fue promover la afiliación de los obreros puertorriqueños a la *American Federation of Labor* que, como hemos visto, defendía la política liberal de la burguesía imperialista estadounidense. Escribió una carta en 1900 a la convención de la AFL exhortándola a que defendiera el derecho de los puertorriqueños a gozar de libertades democráticas y pidiendo a sus sindicatos afiliados que tradujeran sus constituciones al español "con el propósito de organizar y unir a los trabajadores de Puerto Rico, a fin de que se familiaricen con los métodos americanos..." Además, añadía que los obreros de Puerto Rico "desean estar garantizados por instituciones de democracia americana."[1]

Vemos cómo el hecho de que Iglesias considere beneficiosas para el movimiento obrero, por su carácter progresista, las reformas liberales realizadas en Puerto Rico por el imperialismo, se traduce, en su caso, en una incapacidad de adoptar posiciones políticas independien-

1 Santiago Iglesias, *Luchas emancipadoras*, Tomo I, Segunda edición, San Juan, 1958, pág. 201.

tes y críticas frente al imperialismo, al gobierno de los Estados Unidos y a la política de la AFL. **Se va elaborando así una posición que considera la dominación imperialista como condición indispensable para gozar de libertades democráticas: que defiende al imperialismo para defender la democracia y que no puede concebir una lucha democrática anti-imperialista.** Se puede notar la incapacidad de distinguir conceptualmente entre métodos democráticos y "métodos americanos".

Ya en 1898, en una vista pública doce días después de entrar con las tropas americanas en San Juan y siete días después de la fundación de la Federación Regional de Trabajadores de Puerto Rico, Iglesias se expresaba de esta manera:

> ¿Somos anexionistas? Sí; en cuanto no nos convenzamos que el serlo perjudica al país. Somos anexionistas, porque la República americana en su seno y en la práctica ejerce procedimientos administrativos y de gobierno tan equitativos, tan justos y científicos, que no hay ideal en el país que aventaje en teoría siquiera a los beneficios que reportan aquéllos.[2]

2 Igualdad Iglesias, *El obrerismo en Puerto Rico*, Ediciones Juan Ponce de León, Palencia de Castilla, 1973, pág. 50. La idea que tenía Iglesias de Estados Unidos como el país más avanzado en materia de legislación social etaba reñida con la realidad. "Las primeras leyes de compensación a los trabajadores se aprobaron en Alemania en 1884 y en Inglaterra en 1847. Pero, en 1896, doce años después que en Alemania surgió bajo Bismark la idea de una compensación por accidentes del trabajo, un libro de texto sobre derecho laboral que se publicó en Nueva York no hacía ninguna referencia a la responsabilidad de patrono, ni tampoco a la compensación a los trabajadores.

La primera ley norteamericana de compensación a los trabajadores se aprobó en Maryland en 1902, pero fue declarada anti-constitucional. Las leyes de compensación de Montana (1909) y Nueva York (1910) también fueron declaradas anticonstitucionales, partiendo de la base que despojaban a los patronos de su propiedad sin el debido pro-

La compenetración con la ideología de la burguesía imperialista y la defensa incondicional de sus instituciones gubernamentales que ya podía observarse en los primeros meses de la ocupación estadounidense nunca fue reevaluada por la gran mayoría del liderato obrero. Todo lo contrario, esas posiciones liberales se solidificaron con el tiempo. La evaluación positiva de las reformas liberales se convirtió en una alianza política con el imperialismo y la condena del pasado, en una legitimización del presente régimen. El pasado y sus efectos perdurables se transformaron en el enemigo fundamental del movimiento obrero. Todo aquello que de alguna manera obstruya el movimiento obrero queda clasificado dentro de esta ideología como parte del pasado, como fuerza antiamericana, y todo progreso es concebido como producto de una cooperación con el estado burgués. Según Iglesias: "Si el pueblo trabajador no tiene mayor grandeza y mejor vida al presente, no es culpa directa de las actuales condiciones, sino de su triste incapacidad que le legó la pasada época de dominio monárquico, sacerdotal y militar."[3] Refiriéndose a un artículo donde describía la condición de los obreros antes de 1898, hizo también la siguiente afirmación:

> Esto decíamos al reflejar la verdad de aquellos tiempos, en que gobernaba el Capitán General Marín, de la monarquía española. Ya se puede

ceso de ley." P.S. Foner, *History of the Labor Movement of the United States*, Vol. 3, International Publishers, New York, 1977, pág. 23. (Traducción del Editor). Después de todo es posible que algunos países aventajaran a la república americana. Iglesias era víctima de un espejismo cuyas bases materiales trataremos de explicar. Más adelante veremos que Albizu tenía una visión muy diferente.

3 *Procedimientos del Sexto Congreso Obrero de la Federación Libre de Trabajadores de Puerto Rico*, San Juan, 1910, pág. 6.

> [pues] exclamar: ¡cuántos cambios progresivos se han realizado en menos de trece años, hasta la presente etapa en que gobierna el representante de la República americana Mr. Colton![4]

Dentro del pensamiento y acción política de Iglesias el reconocimiento de los avances del movimiento obrero va acompañado de un apoyo al dominio imperialista. En 1915, año de la fundación del Partido Socialista, plantea ante una comisión de comercio interestatal en San Juan:

> Nosotros sostenemos que la esperanza única de las masas trabajadoras de Puerto Rico descansa en el mismo tratamiento de las instituciones que para la protección de las masas del pueblo trabajador existen en los Estados Unidos. La condición de los trabajadores aquí, jamás se mejorará por medio de nuestra Legislatura, al menos por muchos años venideros, debido a la tremenda oposición de los *politicians* y de las corporaciones que no lo permiten, y la ignorancia de las clases trabajadoras que no conocen exactamente por qué se hallan en esta condición. Unicamente el Congreso de los Estados Unidos puede traer hacia ellos un grado de mejoramiento.[5]

El pensamiento de Iglesias, claramente burgués, quedaría plasmado en los programas del Partido Socialista. El programa de 1923 señalaba que

> la continua influencia del pueblo de América en los destinos del pueblo de Puerto Rico, ha sido y es progresista y civilizadora, y que la extensión de

4 *Ibid.*, pág. 6.
5 *Luchas emancipadoras*, Tomo II, pág. 175.

la Constitución Federal de los Estados Unidos de América a Puerto Rico, representa una positiva garantía de libertades públicas y políticas, convenientes y favorables al goce de los derechos individuales de las muchedumbres del trabajo y por lo tanto favorecemos la unión y solidaridad permanente indivisible del pueblo puertorriqueño con el pueblo americano.[6]

El programa de 1919 decía:

Haremos comprender (...) al Congreso de los Estados Unidos, que la petición de algunas franquicias de carácter político, bajo el pretexto o título de autonomía, estado o independencia, no representa en teoría otra finalidad que el poder efímero en manos de una clase privilegiada de *politicians* y monopolistas del país, protegidos por la plutocracia.[7]

Y continúa el programa:

Denunciaremos al Congreso de los Estados Unidos, que la mayor de las tiranías y el más horrendo de los crímenes, será cometido en contra del Pueblo de Puerto Rico, si no se liberta a las masas del pueblo de la opresión económica, industrial y comercial en que se halla.[8]

¿Quién liberaría a los obreros puertorriqueños de la opresión? ¿El Congreso?

Como vemos, el programa del Partido Socialista le

6 Reece Bothwell, *Puerto Rico: cien años de lucha política*, Vol. I, Tomo I, Editorial Universitaria, U.P.R., 1979, pág. 419.

7 *Ibid.*, pág. 364.

8 Ángel Quintero Rivera, *Lucha obrera en Puerto Rico*, CEREP, pág. 91.

enseña a los obreros a concebir al congreso de los Estados Unidos como una entidad política imparcial frente a la cual se deben desenmascarar las maniobras de la plutocracia y los *politicians*, enemigos del Partido Socialista. El Partido Socialista no concebía al estado estadounidense como el órgano de una clase social específica: la burguesía imperialista de los Estados Unidos. En ese espíritu liberal educaba al proletariado puertorriqueño.

En 1915, Iglesias criticaba la posición de José de Diego de que no se extendiera la ciudadanía colectiva americana a Puerto Rico: "La política secreta que no expresa francamente el Sr. De Diego, es una que nos llevará finalmente a una situación de independencia para el pueblo, tal y como la de Cuba, Santo Domingo o Venezuela, y nosotros por razones obvias no vamos a soportar tal cosa."[9]

Iglesias no adopta una posición obrera independiente frente al programa de De Diego. Mucho menos propone una independencia diferente a la que propone De Diego, sino que se apoya en una política liberal de cooperación con el imperialismo para derrotarlo. No comprende que buena parte de las características de la independencia cubana y dominicana se deben al imperialismo estadounidense, a la falta de un verdadero desarrollo económico y político independiente. Se alía de esta forma con el imperialismo que es precisamente quien crea la independencia que él dice detestar.

Al igual que Iglesias, Manuel Rojas, uno de los dirigentes del Partido Socialista que intentó combatir la política liberal de esa organización y de la FLT, pensaba que "debemos ser escrupulosos en observar la

9 *Luchas emancipadoras*, Tomo II, pág. 132.

conducta seguida por los hombres que pretenden asumir el gobierno independiente de la Isla."[10] Pero eso no llevó a Rojas a apoyar el dominio imperialista en Puerto Rico. En la convención de 1919 presentó una resolución que haría al Partido Socialista "Abogar y defender la Declaración de Independencia para la Isla de Puerto Rico con carácter y principios de una república industrial democrática intervenida por todas las fuerzas vivas e inteligentes del trabajo...".[11] Otro delegado, Alfonso Torres, presentó una resolución proponiendo que "al mismo tiempo que se propague la idea de independencia se agite la idea de utilizarla en favor de las clases trabajadoras."[12]

Iglesias se opuso decididamente a estas resoluciones y su posición prevaleció en el partido. Es importante notar que no defendió ninguna resolución que definiera el problema del *status*. Sostenía que los obreros no tenían que adoptar una posición independiente frente a este problema. "¿Y qué es Status Político? La respuesta es la siguiente: Según los partidos capitalistas la organización de los gobiernos, pero nosotros no necesitamos definir ningún Status Político para implantar nuestro sistema ideal."[13]

El Partido Socialista aspiraba a una "Democracia social del trabajo". No se explica en el programa qué tipo de estado establecería esta democracia social del trabajo, aunque se dice que será establecida por legislación. El programa de 1919 así lo apunta: "El Partido Socialista afirma que el *status* político de Puerto Rico, estará perfectamente definido cuando por una legisla-

10 Manuel Rojas, *Cuatro siglos de ignorancia y servidumbre en Puerto Rico*, San Juan, Imprenta La Primavera, pág. 7.
11 *Lucha obrera en Puerto Rico*, pág. 84.
12 *Ibid.*, pág. 85.
13 *Ibid.*, pág. 88.

ción aprobada en el país se establezca la Democracia Social del trabajo."[14]

El partido planteaba en su programa que era "una mentira política convencional" la afirmación de los partidos capitalistas que la solución a los problemas del país está en un cambio de *status* hacia la independencia, estadidad o autonomía. De forma reveladora, en este punto la lógica del programa socialista salta de una posición que afirma que el *status* no es la esencia del problema, de que para los obreros el problema es más complejo que un cambio de *status*, a otra posición en la que afirma que no hace falta que los obreros adopten una posición específica y propia frente a ese problema. El problema del *status* es declarado una cuestión creada por "mentiras" y dejado de lado, ya que los obreros deben discutir lo "fundamental" que es el problema social. La democracia social del trabajo es el fin programático del partido, la organización política de los obreros a la que aspira el partido, pero es un fin libre de toda determinación política: **no requiere ningún régimen político específico.** Es decir, que ese programa podía, y de hecho debía, realizarse bajo el dominio del congreso de los Estados Unidos y del estado imperialista. La lucha socialista no requiere, según Iglesias y el programa del partido, adoptar una posición política independiente del congreso de los Estados Unidos. Tampoco requiere adoptar una posición política independiente frente al *status*, pues la democracia social del trabajo no requiere de ninguno; la lucha socialista se realiza a través de la elección de candidatos socialistas a la legislatura. Estos podrían hacer desde allí las reformas liberales necesarias. A estas reformas se reduce el contenido material de la llamada democracia social

14 *Puerto Rico: cien años de lucha política,* Vol. I-1, pág. 363.

del trabajo. Un delegado preguntó a Iglesias en el debate de la convención de 1919: "¿Podríamos resolver nuestro problema económico en la actual condición establecida por el régimen que tenemos?". Iglesias contestó: "Sí, cuando tengamos la mayoría y podamos hacer una legislación apropiada contando con la soberanía del pueblo que apoye lo que hagamos".[15]

El socialismo del Partido Socialista no iba más allá de una serie de reformas que serían hechas con la ayuda del congreso de los Estados Unidos. La democracia social del trabajo no exigía un *status* político específico, ni una posición independiente frente al imperialismo, ni un desmantelamiento del estado burgués, ni una revolución socialista. **De hecho, el programa de Iglesias no requería la formación de un partido que sirviera para forjar posiciones independientes de la clase obrera.** Contra las posiciones de Rojas, la tendencia encabezada por Iglesias argumentaba que si la convención adoptaba una posición frente al problema del *status* ello llevaría a una división del partido. Finalmente, la cuarta convención del Partido Socialista, en 1919, decidió no incorporar al programa ninguna definición de *status* político. Se consideró que "una de las cuestiones más serias que aconsejan tal medida es la de preveernos contra cualquiera conclusión que pudiera originar una solución del asunto y fuera motivo de conflicto entre las Secciones que mantienen un criterio distinto."[16]

Cuando Iglesias y el Partido Socialista se niegan a adoptar una posición independiente frente al *status*, cuando afirman que el partido obrero no debe proclamar una posición independiente ya que ésta dividiría el

15 *Lucha obrera en Puerto Rico*, pág. 87.
16 *Ibid.*, págs. 85-86.

partido, **confundían de forma lamentable el concepto de unidad sindical y el de unidad partidaria.** Pretendían llevar el concepto de unidad sindical al campo político. La intervención política era concebida como parte integral de la lucha sindical, no como una actividad relacionada íntimamente con la lucha sindical, pero cualitativamente diferente de ésta.

Para comprender esta afirmación, recordemos la función que tienen los sindicatos dentro de la lucha obrera. Habíamos dicho que el obrero como individuo aislado no tiene poder de negociación frente al capitalista, y que para poder defenderse como vendedor de la mercancía fuerza de trabajo tiene que actuar colectivamente en los sindicatos. A través de los sindicatos los obreros exigen el respeto a los derechos que el mismo intercambio mercantil concede. El obrero tiene derecho a obtener un salario que no sea menor que el valor de la mercancía que vende: su fuerza de trabajo. Por ello exige un salario determinado y determinadas condiciones de trabajo.[17] Ante la presión obrera, el estado bur-

17 Así debiera razonar el obrero frente al capitalista: "La mercancía que te he vendido (...) se distingue de la chusma de las otras mercancías en que su uso **crea valor**, más valor del que costó. Por eso, y no por otra cosa, fue por lo que tú la compraste. Lo que para tí es explotación de un capital, es para mí estrujamiento de energías. Para tí y para mí no rige en el mercado más ley que la del cambio de mercancías. Y el consumo de la mercancía no pertenece al vendedor que se desprende de ella, sino al comprador que la adquiere. El uso de mi fuerza diaria de trabajo te pertenece, por tanto, a tí. Pero, hay algo más, y es que el precio diario de venta abonado por ella tiene que permitirme a mí reproducirla diariamente, para poder venderla de nuevo. Prescindiendo del desgaste natural que lleva consigo la vejez, etc., yo, obrero, tengo que levantarme mañana en condiciones de poder trabajar en el mismo estado normal de fuerza, salud y diligencia que hoy (...) Alargando desmedidamente la jornada de trabajo, puedes arrancarme en **un solo día** una cantidad de energía superior a la que yo alcanzo a reponer en tres (...) Una cosa es **usar** mi fuerza de trabajo y otra muy distinta **desfalcarla.**" *El Capital,* Vol. I, págs. 179-180.

gués puede verse obligado a imponer a los diferentes capitales, por ejemplo, una limitación de la jornada de trabajo. Al pedir tal cosa los obreros sólo exigen sus derechos como vendedores, derechos que el estado burgués se ve obligado a reconocer.

Para defender los derechos de vendedor del obrero, el sindicato tiene que entrar en la lucha política, tiene que luchar por que el estado fuerce a los capitalistas a respetar ese derecho. Esta intervención política, al igual que el resto de la actividad sindical, no cuestiona por sus objetivos al régimen burgués. De hecho, se ampara en los derechos que la misma producción mercantil concede al obrero. De lo dicho se desprende el concepto de unidad sindical: **el sindicato une, o debe unir, a todos los trabajadores que pretende defender, independientemente de sus posiciones políticas, ideológicas o religiosas.** El único requisito para pertenecer a un sindicato es el ser proletario. Todo proletario puede ser miembro de un sindicato.

Lo que representa un peligro para el estado burgués no es tanto que los obreros obtengan un aumento de salario o una limitación de la jornada de trabajo, sino que lo obtengan auto-organizándose, creando sus propias organizaciones, dirigiéndolas y eligiendo sus propios representantes. Estas organizaciones, como dijera Marx, pueden ser **escuelas de comunismo.** Las experiencias dentro de esta actividad pueden llevar a la conciencia de que hace falta una organización que por sus objetivos sea anti-capitalista y revolucionaria, una organización que pretenda que los obreros no sólo se auto-organicen para defenderse como vendedores, sino que además sustituyan a la clase capitalista como la clase que organiza toda la sociedad.

El sindicato es potencialmente revolucionario porque permite a los obreros auto-organizarse indepen-

dientemente del capital, pero sus objetivos pueden ser compatibles con el régimen burgués. Dentro de la lucha por defender los derechos de los obreros como vendedores, los obreros más alertas cobran conciencia de que su interés está en derrocar el capitalismo mismo y pueden comprender la necesidad de elaborar un programa de objetivos revolucionarios. También comprenden que para elaborar ese programa necesitan organizarse independientemente de la burguesía en un partido proletario, diferenciado del sindicato. Tal partido sólo permitiría como miembros a aquellos que estén concientes y estén listos a luchar por los intereses políticos de la clase obrera, a los que estén dispuestos a ir más allá de la defensa de los derechos de vendedor del obrero y luchar por la abolición del sistema de salario. Del sindicato puede ser miembro cualquier obrero; del partido sólo los obreros que ya son revolucionarios socialistas.

El sindicato recoge exclusivamente de la clase obrera a los trabajadores de los más diversos niveles de conciencia e ideología. El partido recoge de los más diversos sectores sociales a revolucionarios socialistas exclusivamente. Este partido no cumpliría su función si la mayoría de sus reclutas no vinieran de la clase obrera, pero la unidad de estos en el partido no se basa en que sean obreros, sino en que han adoptado **posiciones políticas independientes** de las otras clases sociales.

Los dirigentes del Partido Socialista no exigían este tipo de partido porque su programa era perfectamente compatible con la continuada existencia del régimen capitalista. Para incorporar a los obreros que defendían la autonomía, la independencia, o la estadidad, dentro del mismo partido, éste tenía que negarse a adoptar posición frente al problema del *status*. El partido entonces no podía servir para que los obreros elaboraran una posición independiente. Los partidos burgueses

presentarían sus proyectos con respecto al *status*, pero el partido de los obreros no presentaría su propio proyecto, como proyecto que concuerda con los intereses de la clase obrera, sino que dejaría este problema para ser solucionado por cada sección y, en último análisis, por cada obrero. Estos escogerían entre los proyectos presentados que, dado el silencio del Partido Socialista, son todos proyectos burgueses. En aras de mantener la unidad del partido se perpetúa el monopolio de la burguesía sobre las cuestiones políticas fundamentales. **La unidad de este partido era la antítesis de la unidad política, es decir, de la independencia política de la clase obrera.** El programa político obrero se reducía a elegir candidatos socialistas para que estos realizaran una serie de reformas dentro del régimen político existente. La democracia social del trabajo sólo requería elegir candidatos a la legislatura y, sobre esta base, constituir la unidad partidaria.

Como vemos, para los líderes socialistas su actividad partidaria era otra faceta de su actividad de líderes sindicales. Dice Iglesias en la convención de 1919: "Hace diez y nueve años desde que tuvo efecto un día en este mismo teatro, la primera Convención de Trabajadores organizados en las Uniones de Oficios, sin que las distanciase entonces, ninguna discrepancia fundada en su creencia política o religiosa. No existía en aquel tiempo entre los trabajadores, nada que los distanciase ni los dividiese; el Delegado que ocupaba un asiento en aquella Convención, era un miembro del Partido Socialista y de su Unión de Oficio."[18]

La lógica de Iglesias tenía que llevarlo a defender la doble militancia: sólo militantes sindicales podrían ser miembros del partido, es decir, que todo miembro del

18 *Lucha obrera en Puerto Rico*, pág. 73.

Partido Socialista tenía que ser miembro, a su vez, de la Federación Libre.[19] Tal partido no podía adoptar posiciones políticas independientes frente a problemas candentes como el del *status* porque ello dividiría a los militantes sindicales que lo componen. Pero si bien Iglesias tuvo un marcado interés por reducir el partido al sindicato y defendió la doble militancia, su postura electorera lo llevó en la práctica a abrir las puertas del partido indiscriminadamente. Su socialismo se limitó a luchar por reformas liberales dentro del régimen imperialista. A esto se redujo la democracia social del trabajo. Los que como Manuel Rojas intentaron convertir al Partido Socialista en algo más que un instrumento de la política liberal del liderato obrero de la Federación Libre, fueron silenciados.

Debemos aclarar que se pueden encontrar decenas de citas del liderato del Partido Socialista donde la fraseología nos hace creer que estamos ante revolucionarios socialistas. **Es necesario aprender a distinguir las formulaciones economicistas y liberales de su ropaje verbal.** Tomaremos un ejemplo: "Si tuviéramos el poder de los soviets rusos, nos encontraríamos en condiciones de solucionar la felicidad de nuestro pueblo, como aquellos valientes luchadores están haciendo la suya."[20] A primera vista podríamos decir que nos encontramos ante un revolucionario comunista. Anteriormente, ha-

19 En el año 1923 se desarrolló una polémica sobre este problema dentro del Partido Socialista. Sandalio Alonso, líder del Partido Socialista y de la FLT, comenzó el debate y sostenía la posición de que todo miembro del partido tenía que ser miembro de la FLT. Tadeo Rodríguez García, fundador 11 años después de Afirmación Socialista, y Manuel Rojas, defendían la otra posición que expresaba que el partido y el sindicato eran distintos instrumentos de lucha de los trabajadores y que la condición de militante sindical no se podía imponer a los militantes del partido.

20 *Lucha obrera en Puerto Rico*, pág. 75.

bía dicho: "Los soviets han abolido todo el viejo sistema burgués, y han echado a un lado el plan de los socialistas moderados. Ellos siguen las verdaderas prácticas comunistas, y son éstas las que prevalecen ahora en Rusia."[21] Pero seguimos leyendo a Iglesias y nos damos cuenta a qué **soviets** se refiere.

> Me gusta la declaración de los soviets. Ellos por medio de sus representantes en Estados Unidos, han dicho: "Nosotros no hemos venido a este país a solicitar que se nos reconozca representación política, sólo que se nos reconozca el derecho que tenemos para estar interviniendo y ejecutando directamente nuestra acción para solucionar las cuestiones que afectan a nuestro pueblo."[22]

Dice, además, Iglesias que

> de ningún modo debemos nosotros estar haciendo definiciones políticas, nosotros debemos seguir el ejemplo del representante ruso cuando éste estuvo frente a los poderes de las naciones. El dijo: No vengo a solicitar derechos políticos, nuestra nación no está organizada bajo ningún Status Político, sino que la hemos organizado económicamente y contamos con la fuerza del trabajo para mantener el nuevo régimen que allí hemos implaplantado.
>
> Y entendedme bien: No mireis tanto a vuestra tierra, mirad al mundo, hacia todos los pueblos, y pensad con el alma de la humanidad. Cambiad todo sentimiento creado por las patrias, destruid las viejas tendencias políticas y propended siem-

21 *Ibid.*, pág. 74.
22 *Ibid.*, págs. 73-74.

pre el engrandecimiento del trabajo."[23]

Iglesias apoya a los *soviets*, pero son unos *soviets* que sólo existen dentro de su ideología. Para él los *soviets*, que son un aparato de estado construido a través de una revolución que derrocó al antiguo aparato estatal, son organizaciones meramente económicas, al igual que los sindicatos. Por tanto, señala, en Rusia no hay un estado político y los obreros puertorriqueños tampoco deben ocuparse de eso. Al igual que los obreros rusos, los puertorriqueños deben organizarse para su fortalecimiento económico. En fin, Iglesias dice a los obreros: organícense en sindicatos, voten por los legisladores socialistas, no adopten una posición frente al *status*, no discutan el problema nacional, olvídense de las patrias, hagan una serie de reformas desde el parlamento burgués, y estarán imitando a los obreros rusos. Pero Iglesias olvidaba que los obreros rusos realmente desbarataron el parlamento burgués, proclamaron el derecho de las naciones a la autodeterminación, proclamaron la solidaridad con los pueblos coloniales en lucha contra el imperialismo, y tuvieron un partido que afirmaba que los obreros debían discutir todos los problemas y formular su posición frente a ellos. Sin duda que la posición de Iglesias sobre el imperialismo estadounidense lo hacía incapaz de comprender el proceso que se desarrollaba en Rusia.

Hemos visto la concepción de socialismo que se reflejaba en los programas del Partido Socialista, es decir, el contenido material de la "Democracia Social del Trabajo". Veamos, para finalizar, la visión del capitalismo que tenían dichos programas. Mediante una lectura cuidadosa se puede notar una interesante con-

23 *Ibid.*, pág. 88.

tradicción: de un lado está el capitalismo que es una fuerza destructora, demoledora, no civilizadora, un error y un absurdo social; del otro lado está el pueblo de los Estados Unidos y su influencia, la constitución americana, etc., que operan en dirección opuesta. Dice, por ejemplo, el programa de 1919 que la sociedad "dirigida y controlada por las fuerzas ciegas y fatales del capitalismo, dista mucho de llenar su objeto civilizador y de justicia humana a partir del presente para el porvenir."[24]

En ninguno de los programas del 1919, 1923, 1928, o del 1932, se concibe al capitalismo como un régimen social que crea las bases materiales para el socialismo. El capitalismo no es entendido como un presupuesto del socialismo, sino que se le ve unilateralmente como fuerza destructora. Pero si bien el capitalismo destruía, el congreso de los Estados Unidos creaba la posibilidad de reconstruir. Dice, por ejemplo, el programa de 1923, que "la Carta Orgánica de nuestro país concede poderes amplios a nuestra legislatura que ella no ha usado."[25] Y no los ha usado porque

> está influenciada por un sistema invisible de intereses creados y políticos que denunciamos y que nos llevan a la conclusión de que tal influencia continuará ejerciéndose de la misma manera dentro de las formas políticas de la Autonomía, el Estado Libre o Clásico y la Independencia, hasta que el pueblo destruya tales poderes invisibles con sus votos y quiera elegir su Legislatura, el Gobernador (...) por el sufragio de todos los ciudadanos americanos...[26]

24 *Puerto Rico: cien años de lucha política*, Vol. I-1, pág. 363.
25 *Ibid.*, pág. 419.
26 *Ibid.*, pág. 419.

La ciudadanía americana se convierte aquí en un arma anticapitalista. Con **capitalismo** el programa del Partido Socialista no quería decir el régimen de producción capitalista, sino una serie de aspectos del capitalismo en Puerto Rico que el liderato sindical quería reformar. Conviene recordar la siguiente afirmación de Marx y Engels cuando hablaban de lo que ellos llamaban el socialismo burgués, cuyo objetivo es

> apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas —lo que no es posible más que por vía revolucionaria— sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado.[27]

Nada mejor que esta caracterización de Marx y Engels para definir el "socialismo" del Partido Socialista, que siempre tuvo como objetivo demostrarle a la clase trabajadora que "no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida". Evidencia de esta política del socialismo burgués en Puerto Rico

27 *Obras Escogidas*, Tomo I, pág. 136.

fue el rechazo a discutir la cuestión nacional a fondo y a adoptar una posición proletaria independiente. **El anti-independentismo no fue, en absoluto, expresión de una posición proletaria independiente de la burguesía, sino una adopción del punto de vista de la burguesía imperialista de los Estados Unidos, quien era la verdadera responsable, a pesar de lo que dijeran los dirigentes del Partido Socialista, de los males que sufría la clase obrera puertorriqueña.**

La concepción de lucha de clases que tenía Iglesias no pasaba de ser una lucha sindical. La organización política de la clase obrera debía servir exclusivamente al movimiento sindical y no al movimiento de la clase en todos sus aspectos. Conviene recordar la siguiente cita de Lenin:

> Lo fundamental en la doctrina de Marx es la lucha de clases. Así se dice y se escribe muy frecuentemente. Pero no es exacto. De esta inexactitud se deriva con gran frecuencia la tergiversación oportunista del marxismo, su falseamiento en un sentido aceptable para la burguesía. Porque la teoría de la lucha de clases **no fue** creada por Marx, **sino** por la burguesía, **antes** de Marx, y es, en términos generales, **aceptable** para la burguesía. Quien reconoce solamente la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Circunscribir el marxismo a la teoría de la lucha de clases es limitar el marxismo, tergiversarlo, reducirlo a algo que la burguesía puede aceptar. Marxista sólo es el que **hace extensivo** el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la **dictadura del proletariado.** En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués

adocenado.[28]

La política liberal del Partido Socialista reconocía la existencia de la lucha de clases, pero esto podía ser, "en términos generales", aceptable para el imperialismo. La democracia social del trabajo a establecerse en la lucha contra los explotadores no necesitaba de un estado específico. Toda esa lucha de clases sólo reformaría el aparato estatal burgués, en el mejor de los casos.

El desarrollo capitalista que sufría Puerto Rico en aquellos años, que no permitía un rápido, progresivo, orgánico y diversificado desarrollo de las fuerzas productivas, que no creaba centros industriales con un proletariado urbano, **propiciaba la visión unilateral del capitalismo reflejada en el programa socialista.** Las reformas liberales realizadas por el imperialismo abrían espacio para una política liberal de apoyo al régimen imperialista. La influencia del liderato de la AFL fortalecía aún más esta política liberal. Partiendo del deformado capitalismo que se desarrollaba en Puerto Rico, sólo a través de la vinculación internacional se podía percibir cómo el capitalismo estaba sentando las bases para el socialismo. Esto sólo cobraba sentido desde un punto de vista internacional. Pero dado el bajísimo grado de organización independiente de la clase obrera estadounidense, esa vinculación internacional reforzó la política liberal de apoyo al régimen imperialista en aras de defender las reformas liberales. El deformado desarrollo capitalista, las reformas liberales, la política de la AFL, son, todas, fuerzas que fomentaban el desarrollo de una política liberal en el movimiento obrero. Se combinaron de esta forma la debilidad y precariedad del movimiento obrero en los países atra-

28 *Obras Escogidas,* Tomo II, pág. 320.

sados (con economías deformadas, condiciones miserables de vida, alta tasa de desempleo, etc.) y los efectos del imperialismo en sectores del proletariado del país avanzado (fomentando el oportunismo y la política burguesa); es decir, se combinaron las debilidades generadas en el movimiento obrero por el desarrollo y por el subdesarrollo para afectar negativamente al movimiento obrero puertorriqueño. Santiago Iglesias Pantín, el Gompers del subdesarrollo, el máximo dirigente sindical, organizador de la AFL, quien llegó a ser Comisionado Residente en Washington del gobierno colonial, fue el producto más nítido de esta nefasta combinación. Debemos comprender la base material de la política seguida por Iglesias y sus colegas; debemos comprender por qué era difícil construir en aquel momento un punto de vista independiente. En otras palabras, debemos comprender lo difícil que era la prueba a que iba a ser sometido el liderato obrero del país. Pero la dificultad no debe esconder el hecho de que ese liderato falló la prueba.

Los obreros tienen que criticar toda la tradición que ha utilizado la lucha por la "democracia" para evitar que los trabajadores adopten una posición independiente frente al imperialismo. Esta crítica requiere explicar qué condiciones materiales favorecían el hecho de que el liderato obrero de Puerto Rico siguiera una política liberal de subordinación al imperialismo en vez de una política proletaria independiente. Un aspecto importante de ese proceso de crítica es el estudio de la política demócrata revolucionaria del nacionalismo.

VIII. EL PROGRAMA DEL PARTIDO NACIONALISTA

En este capítulo demostraremos que el Partido Nacionalista aspiraba a un desarrollo capitalista independiente para Puerto Rico. Comenzaremos la exposición con un repaso de las posiciones adoptadas por Pedro Albizu Campos en una serie de artículos que publicó en el periódico *El Mundo* en 1930. El título de la serie era ya significativo: "Independencia económica".

Albizu tenía un gran interés por descubrir y demostrar qué instrumentos permitirían someter al capital extranjero a los intereses del desarrollo económico nacional. Le interesaba saber cómo podría crearse en Puerto Rico una economía que operase como fuerza independiente del capital imperialista. Pretendía forjar una economía que el imperialismo no pudiera deformar y que además pudiera adaptar el capital extranjero a sus necesidades. Por ello, no debe sorprendernos que discutiera, en aquellos artículos de 1930, varias políticas arancelarias y sus consecuencias para la economía desde la perspectiva de diferentes niveles de desarrollo.

Albizu planteaba que los países más productivos, los países industriales, imponían al mundo una división internacional del trabajo: unos países se dedicaban a la producción de materias primas, las cuales exportaban a los países avanzados, que a su vez se especializaban en la producción industrial. Los países industrializados interesan que sus productos entren libremente en los países atrasados, pues así mantienen su control sobre el mercado de éstos. Igualmente, los mismos países industriales favorecen la entrada libre de materias primas

provenientes de los países atrasados pues

> cuando los productos alimenticios ingresan libremente, el costo de vida para el obrero es más bajo y se le puede reducir su salario considerablemente sin provocar su rebeldía, en forma de huelgas, o en cualquier otro modo más enérgico de acción contra el capital que lo explota.[1]

Albizu pensaba que los países que renunciaran a defender su industria a través de aranceles proteccionistas no podían escapar a esa división del trabajo impuesta por los países industrialmente avanzados. En cambio, cuando se protegía la industria nacional limitando la importación de productos, se obligaba a los capitales extranjeros que quisieran seguir vendiendo en ese mercado protegido por aranceles a colocar sus fábricas dentro del país en cuestión, en vez de exportar a él sus productos.

> Cuando se goza de la plena soberanía y se sabe ejercer los poderes que esa privilegiada situación concede, el capital extranjero, si quiere continuar dentro de las fronteras nacionales, tiene que marchar al unísono con los intereses nacionales, aunque estos estén en conflicto con la nacionalidad de su propio origen. (Tomo I, pág. 143).

Dentro de esta misma línea de pensamiento hacía una afirmación contundente que colocaba su nacionalismo dentro de un proyecto de desarrollo capitalista independiente: "En una palabra, el poder arancelario

1 *Obras Escogidas,* recopilación, introducción y notas por J. Benjamín Torres, Tomo I, Editorial Jelofe, San Juan, 1975, pág. 139. En citas subsiguientes de las *Obras Escogidas* de Albizu, la referencia aparecerá al final de la cita, indicando tomo y página.

regula los intereses más vitales de la nacionalidad". (Tomo I, pág. 121). Pero es la independencia política la que concede esos poderes arancelarios, y es, por tanto, ésta la que hace falta obtener para defender los intereses más vitales de la nacionalidad y asegurar un desarrollo económico independiente, dos metas que en el pensamiento de Albizu estaban estrechamente ligadas. Así diría Albizu en 1934: "Resolverá los problemas de Puerto Rico su propia independencia política en virtud de la cual nuestro país tendrá el dominio de sus aduanas, y así podrá fomentar su propia industria y adquirir mercados en el exterior para sus productos en justa reciprocidad". (Tomo II, pág. 48).

Estas posiciones de Albizu corresponden a los argumentos del Programa Político Social y Económico del Partido Nacionalista publicado en *El Mundo* el 10 de mayo de 1930. El Partido Nacionalista mantenía que

> no existe un pueblo debidamente organizado económicamente, allí donde no hay industrias manufactureras, aun cuando sólo sea para consumo doméstico, mantiene la imprescindible necesidad el fomento de las manufacturas, como el sostén más seguro de la economía nacional y el remedio más adecuado para evitar el desempleo.[2]

Para el nacionalismo, el desarrollo de la manufactura para el consumo doméstico y para eliminar el desempleo son aspectos necesarios de "un pueblo debidamente organizado". De manera que en la medida que el imperialismo no permitía el desarrollo manufacturero mencionado arriba, no permitía a Puerto Rico constituirse en "un pueblo debidamente organizado".

2 Reece B. Bothwell, *Puerto Rico: cien años de lucha política*, Vol. I-1, pág. 464.

Otro líder nacionalista, Ramón Medina Ramírez, planteaba el problema en los siguientes términos:

> No puede haber redención económica en un país sojuzgado por el imperio capitalista más poderoso del mundo. En un país donde no puede subsistir una industria, porque la competencia del capital organizado del imperio la ahoga al nacer. En un país productor de tabaco, donde se importan tres millones de pesos de esos productos anualmente. En un país donde pudieran existir magníficas hilanderías, ya que producimos el mejor algodón del mundo; y consumimos del pueblo invasor diez millones de pesos en manufacturas textiles. En un país en donde se podrían producir vegetales en abundancia, y se introducen doce millones de pesos en esos productos. Y todo por la farsa del "libre cambio" que beneficia exclusivamente al invasor.[3]

A su vez, Albizu resumía de esta forma el pensamiento del nacionalismo:

> Si para adquirir independencia económica, dentro del coloniaje, hay que imponer la independencia política, por las armas, si fuere necesario, cuando la nación goza de su plena soberanía, para garantizar su existencia como estado independiente, tiene que nacionalizar su riqueza y no permitir que elementos extranjeros se adueñen de ella.
>
> (Tomo I, pág. 144)

En la concepción del nacionalismo, Puerto Rico tenía

3 " 'Sepa Castrillo que el Partido Nacionalista ha sido esa fraternidad', dice Medina Ramírez", *La Correspondencia*, 23 de agosto de 1933, pág. 5.

que alcanzar primero su independencia política, luego "nacionalizar su riqueza" y comenzar la "redención económica" de que hablaba Medina Ramírez; es decir, comenzar su desarrollo capitalista independiente. Debemos preguntarnos, por tanto: ¿qué se quería decir con "nacionalizar la riqueza"? Oigamos a Albizu:

> Nadie tiene derecho a poseer nada en Puerto Rico, si no es puertorriqueño; ni comercio, ni industria, ni banca, ni tierras, ni buques, ni franquicia, ni corporaciones, y nosotros tenemos que ir a viva fuerza, si es necesario, contra los que pretenden que nuestra patria se convierta en una casa de esclavos. (Tomo I, pág. 257)

Enamorado Cuesta, otro líder nacionalista, planteaba el problema así: "El pueblo de Puerto Rico es el sólo dueño de sus recursos y la explotación de estos para beneficio del capital extranjero debe cesar inmediatamente".[4] Como Puerto Rico era un país principalmente agrícola, la posición nacionalista con respecto a la tierra nos revela, con particular claridad, la naturaleza de clase de su política.

¿Qué haría el nacionalismo con la tierra que pretendía colocar en manos puertorriqueñas? ¿Se entregaría a latifundistas nativos que mantendrían a la población en una miseria incapaz de abrir camino a la diversificación económica? ¿O se impulsaría la formación de un mercado interno a través de la creación de un campesinado libre y propietario? Veamos qué dice sobre este punto el programa del Partido Nacionalista que ya citamos anteriormente:

4 "El espíritu de la huelga", *La Correspondencia*, 11 de enero de 1934, pág. 3.

> Mantenemos que una riqueza bien distribuida es la mejor garantía de la felicidad, prosperidad, libertad e independencia del pueblo: y por tal motivo condenamos la política administrativa de hacienda pública llevada a cabo en Puerto Rico por los responsables de la dirección del gobierno durante los últimos 28 años, que ha dado lugar a la desaparición de más de 50,000 pequeños terratenientes, y a la concentración de la riqueza en manos de unos pocos, la mayor parte de ellos extranjeros.[5]

Debido al tamaño de la Isla el partido consideraba que debía limitarse la tenencia de tierras a 300 acres. De las citas anteriores, a las que pudiéramos añadir muchas otras, se extraen importantes relaciones. El Partido Nacionalista aún cuando con particular énfasis destacaba el problema agrícola, claramente establecía una vinculación entre la agricultura y la industria. El nacionalismo pensaba que un pueblo no está "debidamente organizado" hasta que alcanza un mínimo desarrollo industrial. Además, la "garantía de la felicidad, prosperidad, libertad e independencia del pueblo" es la riqueza y, sobre todo, la tierra "bien distribuida". Cabe preguntarnos ahora: ¿qué quería decir el nacionalismo con "bien distribuida"? Dice la resolución adoptada por la asamblea que eligió a Albizu presidente, que el Partido Nacionalista procurará "por todos los medios que el peso fiscal recaiga sobre los no residentes, para destruir el latifundismo y el absentismo, y dividir la propiedad inmueble entre el mayor número posible de terratenientes". (Tomo I, pág. 86).

En sus comentarios al informe del Instituto Brookings, Albizu afirmaba que si había miseria no era por

5 *Puerto Rico: cien años de lucha política,* Vol. I-1, pág. 462.

falta de recursos. "Hay que suprimir el acaparamiento de esos recursos. Tenemos que distribuirlos entre nuestro pueblo. Debe surgir de nuevo la legión de propietarios que teníamos en 1898". (Tomo I, pág. 103). Albizu se refiere a decenas de miles de pequeños propietarios que sucumbieron ante el avance arrollador del capital invasor, o ante los tasadores del gobierno al ser rematadas sus fincas hasta por "una cantidad que no pasa de dos dólares". La insistente defensa del pequeño propietario nos va indicando el origen de clase del programa de desarrollo capitalista independiente que era defendido por el nacionalismo. En relación con este punto, veamos la definición que Albizu daba de esclavitud:

> La esclavitud como régimen social queda implantada automáticamente cuando se priva al pueblo de la oportunidad para poseer en pleno dominio tierras donde fincar su hogar con independencia económica, inmune, como el castillo del patricio, a toda intervención del poder. (Tomo II, pág. 15)

El programa del Partido Nacionalista veía la necesidad de obtener la soberanía nacional, por las armas si era necesario, para repartir la tierra al mayor número posible de terratenientes, crear hogares económicamente independientes, proteger los aranceles, la industria nativa y favorecer "exclusivamente el consumo de los frutos de la tierra y de industria portorriqueña procurando por todos los medios a que se llegue a satisfacer las necesidades patrias". (Tomo I, pág. 86). La defensa del pequeño productor hacía necesaria la creación de un banco del pueblo. Dicho banco debía servir al interés público y no a "unos cuantos afortunados".

Otro blanco de las críticas nacionalistas eran las compañías de energía eléctrica, gasolina y ferrocarriles, que realizaban una "explotación sistemática" del pueblo consumidor. Enamorado Cuesta señalaba que mientras las compañías ferroviarias no pagaban contribuciones, los carros públicos, usados por la mayoría del pueblo, pagaban tributación excesiva. Daba también el ejemplo de la gasolina. Explicaba en 1934 que cuando una pequeña empresa de capital nativo bajaba el precio de la gasolina, las compañías extranjeras se combinaban para bajarlo más y arruinarla. No es de extrañarse que Enamorado apoyara el *boycot* de la luz eléctrica que se desarrolló en 1934, y que escribiera entonces: "Es necesario que tanto el trabajador como el consumidor de fuerza, luz, gasolina y otras utilidades se endurezcan para la lucha en defensa de sus derechos, violados por estos intereses con la protección del régimen."[6]

Ya desde 1930 el Partido Nacionalista había puesto en su programa la estatización de las empresas de "servicio público", específicamente, los ferrocarriles, carros eléctricos, sistema de alumbrados públicos, líneas de teléfono y los muelles.

El propio Enamorado Cuesta había explicado en su libro *Puerto Rico, Past and Present*, de 1929 que los tres problemas fundamentales de Puerto Rico eran: primero, la naturaleza estacional del empleo en la agricultura combinada con un excedente de mano de obra; segundo, la falta de industrias para ocupar esos desempleados y, tercero, la distribución desigual y centralización de la propiedad de la tierra. La solución para esto era, según Enamorado, la diversificación de la agricultura y la industrialización del país. Los pequeños agricultores sí

6 Véase "El espíritu de la huelga"

favorecían la diversificación agrícola y las industrias nativas. Repartición de la tierra, diversificación de la agricultura e industrialización: ése era el programa de Enamorado. Ese era también el programa del nacionalismo.

Albizu también vinculaba al latifundio azucarero con la desaparición del pequeño terrateniente y el creciente desempleo.

> Este monopolio comercial que ejerce Estados Unidos en Puerto Rico ha convertido a la patria en un enorme latifundio azucarero yanqui en virtud de la desaparición de más de sesenta mil terratenientes nativos creando el desempleo crónico de un setenta y cinco por ciento de la población. (Tomo II, pág. 33)

La vibrante oratoria de Albizu reflejaba su odio por la industria cañera y por la especialización impuesta por el imperialismo:

> todo azucarero en Puerto Rico es enemigo de Puerto Rico, es enemigo de la independencia de Puerto Rico. Todo azucarero de Puerto Rico es enemigo de la libertad de su hijo, es enemigo de la libertad de su hija. Todo azucarero en Puerto Rico profana la memoria de sus antepasados. ¿Por qué? Por dos pesos en cada saco de azúcar. Yo le diría a los azucareros que si eso es lo que valen y lo que buscan, la República les dará cuatro pesos en cada saco de azúcar y los fusilará después por haber estado unidos por el dinero ignominiosamente, por la ambición del becerro de oro, trayendo miserias y esclavitud al hogar puertorriqueño.[7]

7 Pedro Albizu Campos, *La conciencia nacional puertorriqueña*, Introducción y recopilación de Manuel Maldonado Denis, Siglo Vein-

Ya en 1924 Albizu había propuesto el siguiente programa para la Alianza, que entonces se estaba forjando entre el Partido Unión y el Partido Republicano, como su alternativa a la esclavitud azucarera:

A. Parte Económica

1. Retrotraer nuestras tierras a manos Puertorriqueñas.
2. Industrialización del país.
3. Desarrollar la vida marítima y comercial para hacer de Puerto Rico un país esencialmente marítimo según indica su condición de Isla.
4. Levantar el standard de vida de nuestros trabajadores.

(Tomo I, pág. 25)

Para el nacionalismo, como hemos ido descubriendo, no bastaba con la independencia formal, hacía falta la nacionalización de la riqueza y el desarrollo capitalista independiente. Albizu apuntaba que Cuba, a pesar de que era una república, había perdido su independencia económica. En sus artículos de 1930, discutió cómo los capitalistas azucareros estadounidenses que producían en los Estados Unidos lograron aumentar los aranceles pagados por el azúcar producido en Cuba al entrar al mercado estadounidense. Indicaba Albizu que con "esta protección que les brinda el nuevo arancel los capitalistas yanquis dentro del marco arancelario norteamericano, han asestado rudo golpe, a los capitalistas de su misma nacionalidad dedicados a la misma industria en Cuba". (Tomo I, págs. 132-133). Según Albizu, Cuba debía aprovechar el momento para nacionalizar su riqueza: "Se ha necesitado el rudo choque en-

tiuno, México, 1972, págs. 214-215.

tre bandos de egoísmo yanqui, para que Cuba pueda reconquistar la libertad para regular su propia economía en cuanto a la industria azucarera." (Tomo I, pág. 133).

Cuba, que ya es formalmente independiente, debe usar las contradicciones internas del imperialismo ("el rudo choque entre bandos de egoísmo yanqui") para asegurar su independencia económica. Puerto Rico, que existe en condiciones políticas diferentes debe luchar, como Cuba, contra el imperio por un desarrollo capitalista independiente. Una revolución burguesa anti-imperialista, una reforma agraria contra el absentismo y el latifundismo, una defensa arancelaria de la industria, una estatización de los servicios públicos, es decir, la creación de condiciones que permiten un desarrollo capitalista independiente en las Antillas sería base económica de la **Confederación Antillana** que Albizu defendía.

En resumen, los nacionalistas continuamente destacaron los siguientes puntos: 1) la necesidad de una riqueza bien distribuida; 2) la calamidad de la desaparición de pequeños terratenientes; 3) la necesidad de limitar la tenencia de tierras a 300 acres; 4) la necesidad de luchar contra el latifundio y no sólo contra el absentismo; 5) la propuesta de crear el mayor número posible de terratenientes y un banco que ayude al pequeño agricultor; 6) la necesidad de poner los servicios públicos (ferrocarriles, *trolleys,* muelles, alumbrado, teléfono), en manos del gobierno; 7) la preocupación con la situación de los que operan carros de motor públicos, pequeñas empresas gasolineras nativas y su lucha con las compañías extranjeras; 8) su definición de esclavo como aquél que no puede establecer su hogar económicamente independiente. Podemos, con todo rigor, caracterizar el origen de clase del programa nacionalista: **se trata de un programa pequeño-burgués.** Albizu

Campos y los nacionalistas eran revolucionarios pequeño-burgueses.

Tenemos, por tanto, dos programas de desarrollo capitalista: el del subdesarrollo dominado por el capital imperialista norteamericano y el del desarrollo capitalista independiente. El primero era defendido por el estado colonial en Puerto Rico, el segundo por el Partido Nacionalista. Ninguno de los dos programas cuestionaba la continuada existencia del capitalismo en Puerto Rico, pero proponían capitalismos diferentes, formas diferentes para su desarrollo. Como ha dicho José Luis González, Albizu ofrecía, por tanto, "el cambio de unos explotadores extranjeros por unos explotadores nativos".[8] Sin embargo, para el proletariado las condiciones bajo las cuales es formado y explotado, el tipo de capitalismo que lo reproduce, el camino de desarrollo que toma el capitalismo, **es una cuestión histórica decisiva.**

Como mencionamos en la primera sección de este trabajo, Lenin discutió esta cuestión fundamental a principios de este siglo. Lenin planteaba en 1907 que "ante Rusia **sólo** se abre **un** camino: el del desarrollo burgués."[9] Entonces apuntaba Lenin:

> Pero las formas de este desarrollo pueden ser dos. Los restos del feudalismo pueden desaparecer tanto mediante la transformación de las haciendas de los terratenientes como mediante la destrucción de los latifundios de los terratenientes, es decir, por medio de la reforma y por medio de la revolu-

8 Arcadio Díaz Quiñones, *Conversación con José Luis González*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1976, pág. 108.

9 Lenin, "El programa agrario de la socialdemocracia...", *Obras Completas*, Tomo XIII, pág. 241.

ción.[10]

Lenin pensaba que la lucha entre el campesinado y los terratenientes encarnaba la lucha entre esos dos caminos. El campesinado representaba el camino de la revolución, los terratenientes el de la reforma. El proletariado debía estar con el campesinado por la repartición de la tierra, por la revolución democrática más radical.

Es interesante notar, pues nos ayudará a comprender aspectos del nacionalismo, que los campesinos, y sobre todo sus representantes intelectuales, en su lucha contra el feudalismo, los terratenientes y el zarismo, elaboraron una teoría política: el populismo. Por populismo se designan variadas tendencias que lograron organizarse de forma más o menos inestable en los años previos a la revolución. El concepto unificador de esa tendencia política era la teoría de que Rusia no tendría un desarrollo capitalista, que podría saltar a través de una revolución campesina a un socialismo agrario. Lenin explicaba que con la repartición de la tierra, la formación de un mercado interno y el derrocamiento del zarismo, el populismo, lejos de establecer el socialismo, abriría camino al libre desarrollo del capitalismo. El populista se representaba su lucha demócrata-revolucionaria, por un determinado camino de desarrollo capitalista como lucha socialista:

> Para el populista, la revolución agraria que estamos viviendo es el tránsito del feudalismo, de la desigualdad y de la opresión en general a la igualdad y a la libertad, y nada más. Es la típica limitación del revolucionario burgués, que no advierte las peculiaridades capitalistas de la nueva so-

10 *Ibid.*, pág. 241.

ciedad que él está creando.[11]

En el populismo había que distinguir, y en todo movimiento demócrata-revolucionario es necesario distinguir, entre lo que son **de hecho** y lo que son **de palabra.** Uno de los partidos populistas fue el trudovique, sobre el cual Lenin opinaba que era "**de hecho**, el revolucionario burgués más decidido y, de palabra, un utopista pequeño burgués".[12] El proletariado debía apoyar al populismo y defenderlo por lo que era de hecho, sin por un momento dejar de criticar sus palabras pues "sería mal marxista quien, al criticar la falsedad de la envoltura socialista de las consignas burguesas, no supiese valorar su significación histórica progresista, como las consignas **burguesas** más decididas en la lucha **contra el feudalismo.**"[13]

A la vez que criticaba teóricamente al populismo, el proletariado estaba dispuesto a marchar con éste, **porque a pesar de su ropaje ideológico, el populismo representaba la lucha por el desarrollo capitalista que más convenía a los obreros rusos.** Volvamos de Rusia a Puerto Rico y del populismo al nacionalismo. El Partido Nacionalista proponía un programa de desarrollo capitalista independiente para Puerto Rico. Era un programa cuya realización resultaría en una transformación de las condiciones de existencia del proletariado puertorriqueño. Albizu defendía la creación de una base industrial independiente del imperialismo, la formación de un mercado interno a través "del mayor número posible de terratenientes" y el "consumo de los productos de la tierra y de la industria puertorriqueña". El nacionalismo defendía el avance autónomo, autocen-

11 *Ibid.*, pág. 299.
12 *Ibid.*, pág. 284.
13 *Ibid.*, pág. 240.

trado u orgánico de las fuerzas productivas del país, el establecimiento de una red industrial coherente y una producción diversificada en el campo. Más adelante veremos el complicado ropaje ideológico de ese programa, pero debe comprenderse, por lo dicho, la innegable "significación histórica progresista" de este programa demócrata-revolucionario, opuesto al subdesarrollo capitalista deformado y dependiente, impuesto en la isla por el capital estadounidense.

La realización del programa nacionalista, aunque sus defensores creyeran que con ello garantizaban la "felicidad, prosperidad, libertad e independencia del pueblo", de hecho impulsaba la creación de condiciones materiales más favorables para el movimiento obrero. Como bien apuntara Lenin: "A nosotros no nos interesa en la revolución burguesa el reformismo pequeñoburgués, el 'futuro' nido de los pequeños propietarios satisfechos, sino las condiciones de la lucha proletaria". Dos párrafos más abajo afirma: "nos interesa la libertad para la lucha, y no la libertad para la felicidad pequeñoburguesa."[14]

Debemos retomar un elemento decisivo del análisis. En la época imperialista se cierra la posibilidad de que los países atrasados gocen de un desarrollo capitalista independiente. Como vimos, en esta época las tareas decisivas de la revolución democrática sólo son realizables en el proceso de derrocar el capitalismo mismo. Si los nacionalistas querían re-organizar la economía nacional, si querían desprender a Puerto Rico de la cadena imperialista, si querían forjar una economía independiente de los monopolios imperialistas, tendrían que haber estado dispuestos a marchar con los obreros hasta que éstos "desprendieran" al país del capitalismo.

14 *Ibid.*, pág. 366.

El programa demócrata-revolucionario del Partido Nacionalista correspondía —no contradecía— los intereses del proletariado puertorriqueño. La realización de ese programa hubiera creado condiciones mucho más amplias para el desarrollo del movimiento obrero que las que estaba creando el imperialismo. Más aún, en la época imperialista, la movilización del país alrededor de un programa demócrata-revolucionario, era una movilización que, de permitir la organización independiente de los obreros, se convertiría en una movilización tendencialmente anti-capitalista. Esto nos lleva a plantearnos un tema que nos interesa profundamente: la actitud del nacionalismo hacia la clase trabajadora y su relación con el movimiento obrero. Si anteriormente el estudio de la política liberal del liderato obrero puertorriqueño nos llevó a plantear la necesidad de estudiar la política demócrata-revolucionaria del nacionalismo, ahora las condiciones que el imperialismo crea para la democracia revolucionaria, forzándola a avanzar —si desea triunfar— a posiciones socialistas, nos plantea la necesidad de un estudio de la actitud del nacionalismo hacia el movimiento obrero.

IX. EL NACIONALISMO Y LA CONDICION PROLETARIA

El proletario no posee medios de producción y para poder subsistir se ve obligado a vender su fuerza de trabajo. ¿Cómo veía el nacionalismo esa condición? Como dijimos, para el nacionalismo, "la garantía de la felicidad" era una "riqueza bien distribuida", la existencia del "mayor número posible de terratenientes", y tener "pleno dominio de tierras donde fincar su hogar con independencia económica". No debe sorprendernos, pues, que la mayoría de los portavoces del movimiento nacionalista vieran con horror la condición de proletario y que protestaran, como pequeños-burgueses, frente a ésta. El licenciado Arturo O'Neill expresó con notable claridad este punto de vista:

> Nosotros vemos con horror cómo el número, de los proletarios, se multiplica de día en día con la absorción del pequeño terrateniente por los grandes intereses agrícolas, que como el señor Iglesias sabe, son principalmente extranjeros, y que explotan, arruinan y trituran a todo cuanto viene con ellos en contacto: los pequeños terratenientes y el trabajador asalariado.[1]

También en Albizu se encuentran manifestaciones similares: "Bajo el duro yugo del coloniaje norteamericano de una nación de propietarios, hemos pasa-

1 "Un socialismo como el que se predica en Puerto Rico carece de autoridad para hablar en contra de ese capitalismo al cual está asociado", *El Mundo,* 15 de junio de 1931, pág. 13.

do a ser una masa de peones, rica mina económica para la explotación del capital invasor". (Tomo I, pág. 85). En otra ocasión el dirigente nacionalista ponía el asunto en las siguientes palabras:

> Somos anti-americanos los portorriqueños porque tenemos que combatir un gobierno que para lo único que sirve en nuestra tierra es para arrancarle sus riquezas, destruir su cultura y reducirla a una masa amorfa, despreciable, de peones. (Tomo I, pág. 38).

Albizu veía la situación de Puerto Rico en términos apremiantes: "Cada minuto que pasa cae un nuevo terrateniente portorriqueño y se levanta un explotador yanqui. Y los pocos boricuas que quedan están fatalmente condenados a desaparecer". (Tomo I, pág. 177).

En el proletario, los nacionalistas, como pequeños-burgueses, se veían a sí mismos sin su propiedad. Para ellos, el proletario es uno que anteriormente fue "económicamente independiente". Desde el punto de vista nacionalista, el obrero es un propietario que ha sido expulsado de la "legión". El capital invasor los ha convertido en peones. Esta transformación era vista como el núcleo de la estrategia imperialista.

> Sabido es de todos que el presente régimen tiene por orientación definitiva la eliminación del terrateniente, del industrial, del comerciante y del financiero nativos para suplantarlos con invasores.
>
> El éxito de esta política ha llevado al país a la ruina presente. Quedan sin embargo algunos terratenientes puertorriqueños en el interior del país en posesión de la riqueza cafetalera. Había que eliminarlos. Donde quiera que haya un puertorriqueño con tierras propias habrá un baluarte

de resistencia contra la invasión. (Tomo I, pág. 194)

De esta forma, al demandar el "mayor número posible de terratenientes", el nacionalismo aspiraba a crear el mayor número posible de "baluartes de resistencia contra la invasión". Había dicho Albizu en 1930: "Lo importante es que el latifundio se legalice. La restricción de los quinientos acres que desaparezca porque ya no existe. Los legisladores coloniales nunca la pusieron en vigor". Y añadía: "Sea Puerto Rico una factoría. Se necesitan peones, capataces, y policías baratos. Una factoría no necesita legislatura ni poder político." (Tomo I, pág. 102).

Ante el avance aplastante del gran capital, el pequeño-burgués ve, con horror, su futuro ya corporeizado en el proletario. Así construye una sociología donde todo proletario fue alguna vez un hombre "económicamente independiente". Como quieren conservar su condición de propietarios y como temen su futuro de proletario, los nacionalistas concebían que, por la misma lógica, el proletario tenía que añorar y aspirar a recobrar su antigua condición de propietario. Así, el pequeño-burgués revolucionario, en lucha con el gran capital imperialista, atribuye al obrero conciencia y aspiración pequeño-burguesa. Para ellos, en cada proletario habita todavía el alma de un viejo propietario.

La pequeña-burguesía que se ha lanzado a la lucha contra el gran capital pretende movilizar al proletario apelando al alma de propietario que aún habita dentro de él, para que lo siga al reino de la pequeña propiedad. **Piensa el pequeño-burgués: en el programa contra el gran capital yo le muestro al proletario su rehabilitación luminosa.** En la medida que el proletariado responde al llamado de la pequeña-burguesía, en esa misma

medida se cerciora ésta de su visión de la sociedad. Si, por ejemplo, los trabajadores agrícolas, organizados en sindicatos, abandonan éstos ante la posibilidad de obtener un pedazo de tierra, el pequeño-burgués comprueba que efectivamente había un alma de propietario, una aspiración pequeño-burguesa dentro del obrero. Pero si el obrero no responde, entonces el pequeño-burgués comprueba que el alma de propietario ha sido deformada y debilitada por su cuerpo proletario: **declara la bancarrota moral del proletariado.**

El nacionalismo puertorriqueño es un ejemplo histórico de ese pensamiento pequeño-burgués. Para este punto de vista, obreros y pequeños propietarios tienen un destino común: o acaban todos proletarios o todos vuelven a ser propietarios en la reconstituida "legión de propietarios". Esa unidad de intereses entre propietario y proletario, esa esencia y destino que comparten, esa alma de propietario que habita en todo pecho humano, esa pertenencia de ambos a una entidad social mayor a la cual le muestran sus posibles destinos, tiene que llevar un nombre a nivel ideológico. En el caso del Partido Nacionalista, el concepto que describe ese destino único es el concepto de **patria.** El alma común al proletario y al propietario, la aspiración de uno a preservar y de otro a recobrar su propiedad, es decir, la esencia pequeño-burguesa de ambos, queda expresada en el hecho de que ambos son puertorriqueños, ambos son miembros de la patria, ambos participan de su destino. ¿Acabará la patria como casa de esclavos o como casa de propietarios? Esa es la pregunta que se hace el nacionalismo. La definición está sobre el tapete: o proletarios o propietarios; o "yanquis o puertorriqueños".

Si en la ideología pequeño-burguesa, el propietario ve en el proletario su horrible futuro, el nacionalismo, a su vez, veía en el proletario el horrible futuro de la

patria. Si en el alma de cada hombre existe un propietario y sólo la condición de propietario es digna de un puertorriqueño, entonces se trataba de la lucha de la patria, de Puerto Rico, por su dignidad. "Ningún pueblo puede cruzarse de brazos para ver subir la marea proletaria que asciende con la indiferencia, conspiración o cobardías propias." (Tomo I, pág. 218). En 1934, decía Albizu:

> El orden descendente que traza el régimen interventor yanqui, es propietario, peón y mendigo.
>
> Y este orden es deber patriótico reversar, pero, para ello hay que suprimir toda intervención extranjera.(Tomo II, pág. 51).

La gradación establecida por Albizu tenía una firme base material en el tipo de desarrollo capitalista que el imperialismo le había impuesto al país. La proletarización acelerada de los campesinos sin una profunda revolución industrial en la isla arrojaba a grandes contingentes humanos a la mendicidad y a la más abyecta degradación.

Podemos desplazarnos ya de la explicación de la actitud nacionalista ante la condición de proletario a un estudio de su actitud frente al movimiento obrero. Para aquellos pequeños-burgueses, demócratas y revolucionarios, la lucha obrera contra el gran capital invasor era parte de su lucha por no convertirse en proletarios. Esto quedaba codificado ideológicamente cuando el nacionalismo se representaba la lucha obrera como parte de la lucha de la patria. Con la misma lógica que el nacionalismo detestaba la condición de proletario, defendía decididamente al movimiento obrero contra el imperialismo. Lo defendía porque era parte de la pa-

tria. José Lameiro, un importante dirigente nacionalista, explicaba que el nacionalismo defendía a los obreros "porque ellos son la parte más débil de la patria y por ahí la destruye el invasor."[2] Arturo O'Neill se refería a este mismo problema en otros términos: "El movimiento nacionalista que entraña la defensa del pueblo portorriqueño contra la explotación extranjera, representa también la defensa de los que son mayormente explotados, o sea el proletariado portorriqueño".[3] Por otro lado, Enamorado Cuesta apunta lo siguiente: "Sólo el nacionalismo es capaz de enfrentarse con valor y entereza a los intereses capitalistas extranjeros que representa el régimen. (...) Sólo el nacionalismo es capaz de organizar la resistencia en cualquier terreno que ésta sea necesaria. No hay, pues, redención obrera en Puerto Rico fuera del nacionalismo".[4] Que no hay redención obrera fuera del nacionalismo quiere decir que no hay redención obrera fuera de un desarrollo capitalista independiente, sin repartición de la tierra, sin diversificación de la agricultura, sin la creación del "mayor número posible de terratenientes". Que no hay redención obrera fuera del nacionalismo quiere decir que no hay redención obrera fuera de la revolución democrática-burguesa.

El que los obreros y el nacionalismo marcharan contra la fuerza que arruinó a unos y amenazaba con arruinar al resto, es perfectamente natural dentro de esta ideología demócrata-revolucionaria que hemos venido describiendo. Para el pensamiento nacionalista am-

2 "El presidente del nacionalismo recorre los centros huelgarios", *El Mundo*, 5 de febrero de 1934, pág. 2.

3 "Un socialismo como el que se predica...", *El Mundo*, 15 de junio de 1931, págs. 3, 13.

4 "No hay redención obrera fuera del nacionalismo", *El Mundo*, 5 de febrero de 1934, pág. 11.

bas fuerzas son parte de la patria y el nacionalismo es la conciencia organizada de la patria, es la "Patria organizada para el rescate de su soberanía" (es decir, la pequeña burguesía revolucionaria organizada para preservar "la oportunidad para poseer en pleno dominio tierras donde fincar su hogar con independencia"). Es dentro de este contexto que se puede comprender el significado preciso de la afirmación nacionalista de que organizarán "a los obreros para que puedan recabar de los intereses extranjeros o invasores la participación en las ganancias a que tienen derecho, asumiendo su dirección inmediata, poniendo hombres de talla, responsabilidad y patriotismo para dirigirlos." (Tomo I, pág. 86).

El derecho que el nacionalismo se otorga a sí mismo de dirigir el movimiento obrero, como parte de su derecho a dirigir la patria, es producto de su programa revolucionario. Pretendían colocar la lucha obrera en función de la lucha por un desarrollo capitalista independiente. Es decir, en función de una lucha sólo superada en radicalismo por la lucha socialista del proletariado. De otro lado, como ya vimos, el liderato obrero pretendía subordinar el movimiento obrero a una política de cooperación con el imperialismo. Dedicaremos los próximos capítulos a explorar con más detenimiento la relación entre el nacionalismo y el movimiento obrero.

X. LA CLASE TRABAJADORA EN LA REPUBLICA NACIONALISTA

El lector habrá notado lo que podría parecer una contradicción en nuestro análisis. De un lado hemos dicho que el nacionalismo aspiraba a un desarrollo capitalista independiente, mientras que por otro lado aspiraba a la generalización de la pequeña propiedad. ¿Cómo explicar esta contradicción?

La pequeña burguesía revolucionaria buscaba generalizar la pequeña propiedad para eliminar las contradicciones del capitalismo. No comprendía que de la comunidad de pequeños propietarios surge un nuevo capitalismo. El revolucionario pequeño-burgués no entiende, y esto era lo que Lenin llamaba su "típica limitación", que los pequeños productores tarde o temprano se expropian unos a otros y que de su seno nace un nuevo proletariado y una nueva burguesía. En este hecho, yace el carácter revolucionario de su lucha: su programa implica en los países semi-coloniales un desarrollo opuesto al subdesarrollo determinado por el imperialismo de la misma forma que en Rusia implicaba el más rápido y libre desarrollo capitalista. No se trata de una contradicción de nuestro análisis, se trata de una contradicción de la misma pequeña burguesía revolucionaria. Para borrar las contradicciones del capitalismo ésta aspira a generalizar la pequeña propiedad, pero de esta forma no puede más que crear el semillero para un nuevo capitalismo.

El nacionalismo pretendía reconstruir la legión de propietarios del 98 y crear el "mayor número posible de terratenientes". Hubiera querido que todo puertorri-

queño, o más bien, el "mayor número posible" de puertorriqueños tuvieran la oportunidad de cumplir con el mandamiento enunciado por Albizu:

> Cada uno de vosotros tenéis que ser un propietario, cada uno de vosotros tenéis que poseer aunque sea un cuadro de tierra para que sepáis lo que vale la tierra. No defendéis vuestra libertad porque no sabéis lo que vale la tierra, porque no sabéis lo que es verse en un pedazo de tierra donde no puede llegar la ley del deshaucio que arroja a vuestras mujeres, a vuestros hijos y a vuestras madres al medio del camino con el lío de ropa.[1]

Pero con su profunda reforma agraria el nacionalismo sentaría la bases para un desarrollo capitalista muy diferente al impuesto por el imperialismo, pero desarrollo capitalista al fin, que generaría y reproduciría en escala ampliada a una clase proletaria.

El nacionalismo estaba parcialmente conciente, y en cierta medida sospechaba, esa contradicción en su propio programa. Ello era así porque ante el avance industrial de las grandes potencias, sobre todo de los Estados Unidos, y comprendiendo además que eran los países industriales los que imponían al mundo determinada división del trabajo, el nacionalismo comprendía la necesidad de una base industrial independiente. Para lograr la reconstitución de la legión de propietarios y para que el pueblo estuviera "debidamente organizado", era necesario crear una barrera entre esa legión y el agresivo gran capital extranjero. Por tanto, la legión tendría en su seno, en el proceso de reconstituirse, a un núcleo de proletarios industriales puertorri-

1 Pedro Albizu Campos, *La conciencia nacional puertorriqueña*, pág. 214.

queños. ¿Cómo hacer esto compatible con la defensa y generalización de la pequeña propiedad? ¿Cómo intentaba el nacionalismo solucionar esta contradicción? ¿Cuál sería su política frente al movimiento obrero en la proyectada república?

En otros aspectos del nacionalismo encontramos la clave de la contestación a nuestras preguntas. Pero es necesario primero considerar las categorías generadas por la pequeña burguesía en lucha con el gran capital. El pequeño burgués no objeta la producción de mercancías. Todo lo contrario, ve en ésta el régimen social y económico más justo: en él los hombres intercambian en el mercado negociando en un plano de igualdad, recibiendo un equivalente por un trabajo y satisfaciendo sus variadas necesidades. El pequeño burgués sólo aspira a que las mercancías tengan un mercado seguro y a que todos los vendedores obtengan un equivalente. En otras palabras, que las ventas y las compras se hagan a precios que él considere justos. Por ello protesta contra las grandes empresas industriales y comerciales que, además de arrebatarle su mercado, son capaces de comprar y vender a precios monopólicos.

El nacionalismo quería que al obrero se le pagase un precio justo por la mercancía que vende, por su capacidad de trabajo. Precio justo sería un salario que le permitiera al obrero vivir como un pequeño-burgués. Como atribuía conciencia pequeño-burguesa a los obreros, pensaba que estos se conformarían con ese nivel de vida, que a su vez garantizaría la armonía de intereses en la república. Dicho nivel de vida estaría garantizado por una legislación adecuada: leyes fabriles que determinaran salarios mínimos y jornadas máximas de trabajo. El Partido Nacionalista no protestaba contra el capitalismo, sino contra sus efectos más nocivos en el pequeño productor y el proletario. Además

de precios justos, quería una baja tasa de desempleo y servicios estatales baratos. Albizu formuló elementos de esta política laboral al comentar la situación de los obreros en los Estados Unidos:

> Lo único que puede salvar al obrero de la explotación capitalista es la implantación de un respetable salario mínimo y de menos horas de trabajo en virtud de una ley, pero Estados Unidos es una nación tan atrasada en materia de legislación social que una ley de esa naturaleza es anticonstitucional. Lo único que puede salvar al obrero yanqui de la explotación capitalista es la revolución o enmienda a la constitución vigente de Estados Unidos. (Tomo II, pág. 47)

En otro momento Albizu deploró la situación existente en dicho país donde, según él, veintitrés hombres

> controlan el setenta y cinco por ciento de la riqueza norteamericana y el resto tienen que someterse como esclavos a su voluntad. En cuanto al obrero, baste recordar que la constitución no permite la aprobación de una ley de salario mínimo o que fije las horas de trabajo. El obrero es una bestia, o se somete o lo asesinan con ametralladoras y bombas, como acaba de suceder en la huelga textilera. El propio gobierno yanqui confiesa que hubo que matar a más de quinientos obreros indefensos. (Tomo II, pág. 62)

Albizu pensaba que esto ocurría en los Estados Unidos porque estaban organizados dentro del "sistema plutocrático": la riqueza no estaba bien distribuida y pocos y grandes capitales determinaban salarios y precios.

> Las masas obreras, con doce millones de hombres sin trabajo y sin oportunidad para organizarse ante el poder absoluto del capital, se hallan en peores condiciones que antes de llegar él al poder, debido al alza de los productos de primera necesidad sin la correspondiente alza en los salarios. Las huelgas se resuelven en la forma tradicional yanqui, ametrallando al pueblo; y antes de dar de comer a los indigentes los alimentos se destruyen para que suban de precio, y el consumidor pagará al capitalista el costo de la reducción. Las masas ignaras yankis están anestesiadas con el verbo melifluo del presente ocupante de la Casa Blanca. (Tomo II, pág. 40)

Albizu era un revolucionario pequeño-burgués. Quería una sociedad de pequeños productores donde todos recibieran un equivalente por sus mercancías y donde los obreros pudieran gozar de un nivel de vida comparable al del productor independiente. No contemplaba la abolición del sistema de salarios y en su concepción de salarios **justos** era incapaz de ver que subyacente a esta categoría económica se encuentra una relación de explotación. No quería acabar con el mercado como instrumento de reproducción social. Sólo quería hacerlo seguro y justo. Albizu no quería acabar con la explotación capitalista, quería acabar con la explotación del subdesarrollo. Los liberales aceptan ambas. Los socialistas combaten ambas. **Albizu no era ni liberal ni socialista, era demócrata-revolucionario.**

XI. LA IDEOLOGIA NACIONALISTA Y EL MOVIMIENTO OBRERO

La experiencia histórica de 1934 nos permite estudiar con mayor concreción la actitud y la acción del nacionalismo frente al movimiento de la clase trabajadora. En enero de aquel año, el liderato de la Federación Libre firmó, a nombre de los obreros de la industria cañera, un convenio con los representantes de las centrales azucareras. Este convenio fue rechazado por los trabajadores de prácticamente todas las zonas del país. Los obreros continuaron la huelga contra las centrales y su propio liderato. Estos últimos se dedicaron sistemáticamente a entorpecer la movilización obrera, que fue, aún así, una de las más grandes que se han visto en Puerto Rico. Los trabajadores, traicionados por su liderato, acudieron a Albizu Campos para que asumiera la dirección de la huelga. El nacionalismo aceptó la invitación.

El llamado de los obreros cañeros sólo pudo haber tenido un efecto en la conciencia del nacionalismo: confirmar la justeza de su análisis pequeño-burgués revolucionario. Ellos, que desde 1930 proclamaban la necesidad de poner hombres de "talla, responsabilidad y patriotismo" a dirigir a los trabajadores, se veían entonces llamados por esos trabajadores a la dirección de su movimiento.

Para sustituir a la burocratizada Federación Libre, los nacionalistas fundaron en Guayama el 12 de enero de 1934 la Asociación de Trabajadores Puertorriqueños. El doctor Eugenio Vera fue colocado en la dirección provisional de aquella asociación. Explicaba José Lameiro

que los obreros aceptaban la dirección del doctor Vera porque "todavía no están tan embrutecidos para creer a la cultura y la inteligencia reñidas con el trabajo."[1] El reconocimiento de los trabajadores a la "cultura y la inteligencia" es para el nacionalismo el primer paso en el regreso del proletario a su condición de propietario. Este proletario, que dentro de la ideología nacionalista debiera ver en el pequeño burgués su pasado económico y moral, empieza a moverse para salvar la dignidad de la patria.

Desde esta perspectiva se comprende el sentido pleno de la frase de Albizu:

> Puerto Rico está resurrecto. El pueblo se levanta para imponer su derecho a la vida.
>
> Todos los buenos puertorriqueños harán respetar el derecho que asiste a los trabajadores de Puerto Rico. (Tomo II, pág. 14).

El nacionalismo, a la vez que confirmaba su visión del mundo, tomó partido con los trabajadores y fustigó a aquellos sectores que no hicieron lo mismo:

> En Yabucoa, donde el comercio ha cooperado con los huelguistas, éstos se mantienen firmes a pesar de los atropellos que contra ellos se están cometiendo. No así ha ocurrido en otros pueblos donde el comercio no ha querido ayudar a los huelguistas. Bueno es que éstos sepan que una de las condiciones que ponen los huelguistas para entrar al trabajo es que se les pague con moneda legal. Está en el interés de todo el comercio que estas huelgas triunfen, pero no lo han compren-

1 "Acerca de lo que se dice de la huelga", *El Mundo*, 20 de enero de 1934, pág. 2.

dido así los comerciantes de muchos pueblos y han negado su cooperación a los trabajadores.

La tragedia del trabajador agrícola afecta a todos los portorriqueños. Nosotros, como nacionalistas, estamos cumpliendo con nuestro deber.[2]

En febrero de 1934, Enamorado Cuesta explicaba por qué el obrero acudía al nacionalismo:

El nacionalismo portorriqueño ha constituido desde su incepción un frente de combate ante las incursiones del capital extranjero. El problema de la liberación de Puerto Rico es un problema esencialmente social, además de político. El capital y el trabajo están frente a frente en ese problema. De un lado, el capital explotador, representado y protegido por el régimen, Estados Unidos, en suma. De otro, el trabajo del sufrido obrero que hace producir a la tierra para el beneficio exclusivo de ese capital y que constituye casi un 90 por ciento de la población nacional: es decir, Puerto Rico.[3]

A diferencia de otros nacionalistas, Enamorado Cuestas llega hasta el punto de aceptar el antagonismo entre el capital y el trabajo. Pero, a pesar de acercarse a posiciones proletarias, Enamorado permanece dentro del pensamiento pequeño-burgués nacionalista. Si bien no propone la armonía entre el capital y el trabajo, transforma a la patria, aquello que el nacionalismo representa, en el trabajo. Para Enamorado Cuesta el despertar obrero era una manifestación de algo más

2 "Lo que se dice de la huelga", *El Mundo*, 25 de enero de 1934, pág. 2.

3 "No hay redención obrera fuera del nacionalismo", *El Mundo*, 5 de febrero de 1934, págs. 2, 11.

profundo: el despertar de la patria. Por ello acudía con su partido a defender a los obreros, de no hacerlo no se comportaría como un hombre de "talla, responsabilidad y patriotismo". "El espíritu huelgario, precursor de un movimiento emancipador de mayor trascendencia, se ha manifestado al fin dando vivas señales de su latente prepotencia. Sólo se necesita encauzarle propiamente. Y es para esto que hace falta un comité de huelga."[4]

Después de ser llamado por los obreros, Albizu realizó una intensa labor de propaganda a lo largo del territorio afectado por la huelga. El día 12 de enero se celebró un mitin de 6,000 personas en Guayama donde funda la Asociación de Trabajadores Puertorriqueños (ATP). Ese mismo día fue llamado por los obreros de Fajardo. Al día siguiente pronunció en Fajardo un discurso ante 3,000 trabajadores. Fundó allí una sección de la ATP. El día 16 volvió a Guayama y ese mismo día habló ante 4,000 trabajadores en Yabucoa que también se unieron a la ATP. El 20 de enero fundó la sección de Humacao de la ATP, después de hablar ante 4,000 obreros. Cinco días después hablaría ante 3,000 obreros de la Central Guánica. Mientras tanto, seguían los llamados de obreros de toda la Isla.

Apuntamos que los hechos de 1934 confirmaron para el nacionalismo lo correcto de su visión del mundo. Veamos un ejemplo de esa ideología nacionalista:

> Nosotros somos una nacionalidad civilizada, una nacionalidad de vanguardia en el Nuevo *Mundo. Aquí se fundó el* Primer Obispado del *(sic) América, de aquí se dirigió la obra cristiana en el* Nuevo Mundo. Hace más de un siglo que el Barón

4 José Enamorado Cuesta, "Se necesita un comité de huelga", *El Mundo*, 13 de febrero de 1934, pág. 2.

> de Humboldt encontró aquí a los discípulos más inteligentes de todo el continente. (Tomo I, pág. 180)

Posteriormente, Albizu estableció una relación entre la mencionada observación de Humboldt y las asambleas obreras.

> Las asambleas celebradas en las ciudades citadas (Guayama, Fajardo, Luquillo, Canóvanas) han sido actos de puro patriotismo y elevada cultura, revelando el hecho observado por el sabio Humboldt en su visita a nuestras tierras hace un siglo, que la nación puertorriqueña constituye la sociedad más inteligente del Nuevo Mundo. (Tomo II, pág. 11)

Albizu ha confirmado en enero de 1934 que su interpretación de la historia del país era justa y su visión del pasado, exacta. A la vez ha acrecentado su confianza en la capacidad organizativa de los obreros y ha tomado partido con sus luchas. Lo primero no está reñido con lo segundo. Interpretó la organización y movilización de los trabajadores como muestra de patriotismo. Su patria no estaba amenazada, sino fortalecida por la movilización popular. Ante la huelga proclama: "Puerto Rico está resurrecto".

Volvamos a escuchar a Albizu cuando expresaba aspectos del pensamiento nacionalista:

> Esa renovación dolorosa del esclavo en persona libre no es fácil efectuarla y hay que tener la paciencia de la espera para que cristalice en lo interno ese supremo bien del hombre aunque tengamos que hacer el máximo esfuerzo para acelerar el proceso moral.

> Para ello se necesita directores desinteresados, nobles, sabios, valerosos. En una palabra patriotas, dignos émulos de las Bracetti, de los mártires de Lares, de los Hostos, Ríus Rivera y Betances. (Tomo I, pág. 238)

José Lameiro decía por su parte durante la huelga de 1934:

> Fuerzas nuevas vivifican la conciencia ciudadana imprimiendo a los trabajadores valor en el ejercicio de sus derechos y dándoles la concepción de la nacionalidad para que dejen de ser cosas cotizables en el mercado internacional, aprendiendo a la vez que no hay honor más grande sobre la tierra que el ser ciudadano portorriqueño.[5]

Las "fuerzas nuevas" que, según Lameiro, "vivifican la conciencia ciudadana" eran los nacionalistas que, dándole al obrero "la concepción de la nacionalidad" actuaban como Bracetti, los mártires de Lares, Hostos, Ríus Rivera y Betances comenzando así su "renovación en persona libre".

Desde un punto de vista similar analizaba Ramón Medina Ramírez en 1939 los hechos ocurridos cinco años antes:

> Y quiero hacer constar, que esa disposición de tomar como propia la defensa de los oprimidos, no es una actitud aislada de don Pedro Albizu Campos. (...)Betances y Ruiz Belvis, lo primero que hicieron al dedicarse a la brega revolucionaria, fué libertar a todos los esclavos que habían heredado con la hacienda de sus padres, siendo esta

5 "Lo que se dice de la huelga", *El Mundo*, 25 de enero de 1934, pág. 2.

> acción y su brega franca por la abolición de la esclavitud lo que les dió más autoridad para organizar las sociedades secretas revolucionarias. Aquí mismo en Lares, los revolucionarios que después de su reunión en el barrio Pezuela, atacaron y tomaron posesión de la población en la madrugada del 23 de septiembre de 1868, tremolaban además de la bandera cruzada, que era la dominicana con los colores invertidos, una bandera roja que representaba el sufrimiento del pueblo trabajador de la montaña.[6]

Indudablemente muchos aspectos de la ideología de Albizu Campos y de los nacionalistas estaban asentados en nociones reaccionarias. Podríamos mencionar, por ejemplo, elementos de su visión del pasado de Puerto Rico, su catolicismo, su visión de la nacionalidad puertorriqueña como privilegiada, sus actitudes respecto a la educación y la familia. Tomemos la siguiente afirmación de Albizu donde se refiere a Puerto Rico antes de la invasión estadounidense:

> En Puerto Rico había al contrario una homogeneidad entre todos los componentes y un gran sentido social interesado en la recíproca ayuda para la perpetuidad y conservación de la nación, esto es un sentimiento raigal y unánime de patria. Por consiguiente, juxtaponer en una lucha de clases al hombre que nada posee contra el que tiene dos pesetas era imponer un extraño elemento de discordia que holgaba en nuestro medio. (Tomo I, págs. 184-185)

Así visualizaba Albizu la desaparecida legión de pro-

6 Ramón Medina Ramírez, *Verbo encadenado*, San Juan, 1955, págs. 27-28.

pietarios que su nacionalismo aspiraba a reconstituir. Dentro de ésta no había posibilidad de lucha de clases. Esa visión albizuista del pasado tenía su origen, su base material más sólida, en el presente del pequeño burgués amenazado por el gran capital imperialista. Veía en el horrible destino del proletario una figura del destino de la patria y confrontaba a esta situación con una imagen de la patria como una homogénea comunidad de propietarios. Así había sido Puerto Rico, según él, antes de la invasión imperialista y la sociedad puertorriqueña debía volver a ser lo que fue: "un imperio de riqueza". (Tomo II, pág. 34). El imperialismo había convertido "a una gran nación de ciudadanos libres y felices, en una manada de peones, en un batey azucarero a merced de los capataces yankis." (Tomo II, pág. 40). Enamorado Cuesta también tuvo su versión del asunto al afirmar que "después de 35 años de ocupación yanqui, nuestro obrero se encuentra acosado por la miseria como nunca lo había estado bajo el régimen español."[7] Como vemos, el nacionalismo comparaba favorablemente la dominación española con el imperio estadounidense e idealizaba, en cierta medida, el pasado de Puerto Rico. ¿Cómo explicar y comprender esto?

El pequeño-burgués revolucionario piensa que en el futuro, cuando esté generalizada la pequeña propiedad, cuando exista el "mayor número posible de terratenientes" estará asegurada "la felicidad, prosperidad, libertad e independencia del pueblo". El nacionalismo no apreciaba las particularidades capitalistas de la nueva sociedad que aspiraba a crear. Y como Albizu no apreciaba esas particularidades y como además concebía ese futuro como reconstitución de la vieja situa-

7 "No hay redención obrera fuera del nacionalismo", *El Mundo*, 5 de febrero de 1934, pág. 2.

ción de la patria, no comprendía tampoco las particularidades del pasado de Puerto Rico. Albizu adaptaba la información que tenía del pasado de Puerto Rico a su visión pequeño-burguesa anti-imperialista que ve en cada proletario a un ex-propietario, de la misma forma que confirma en la asamblea de los obreros de Guayama lo que había leído en Humboldt.

La democracia revolucionaria del nacionalismo formulaba también toda una serie de problemas en términos religiosos. El profundo sentimiento religioso del albizuismo cumplía una función vital dentro del pensamiento nacionalista.

El alma de propietario que habita en cada obrero, pensaba el nacionalismo en 1934, ha despertado y ha reconocido en el nacionalismo un cuerpo al que quiere retornar: "Puerto Rico está resurrecto". El nacionalismo trataba de llamar a la lucha al espíritu puertorriqueño que habitaba el horroroso cuerpo proletario. Si el proletario no responde es que la "esclavitud ha llegado al alma misma de la comunidad". Para los nacionalistas, la huelga de 1934 era muestra de que había comenzado la "cristalización en lo interno del supremo bien del hombre", la "renovación dolorosa del esclavo en persona libre", la "salvación del pueblo para los valores superiores de la vida". La lucha del nacionalismo por llamar a las conciencias puertorriqueñas a la lucha para reconstruir la vieja legión de propietarios y, de esa forma, liberarse del miserable cuerpo de peón en que el imperialismo lo había encerrado, era un llamado patriótico, pero no sólo esto, pues: "El coloniaje es la anulación y la absorción de nuestras fuerzas morales; la independencia es plenitud espiritual, es disfrute de todos los dones físicos y morales que Dios depositó en nuestra tierra." (Tomo I, pág. 174). La visión que Albizu tenía del pasado español y su religiosidad

—nociones que, como otras, aisladas constituyen una ideología reaccionaria— son, en realidad, elementos que daban coherencia interna al punto de vista de la pequeña burguesía demócrata-revolucionaria en Puerto Rico en la época del imperialismo clásico.

Albizu pensaba que en Puerto Rico había una "homogeneidad entre todos los componentes", es decir, lo que él llamaba "un sentimiento raigal y unánime de patria". Comparaba esto con los Estados Unidos donde

> un grupo pequeño o clase dirigente explota a la casi totalidad del país; no existe allí una sociedad o una nación en el recto sentido del vocablo sino un gran conglomerado que sufre la opresión de la exigua clase oligarca a quien no le preocupa ni la suerte ni mucho menos el engrandecimiento común de la masa del país. (Tomo I, pág. 184)

Indudablemente se equivocaba en su descripción de Puerto Rico. Al igual que en los Estados Unidos, en Puerto Rico existía y había existido una sociedad de clases. Pero, ¿cómo definía Albizu el concepto nación? La cita anterior nos parece decisiva: para Albizu, no hay nación donde una pequeña clase dominante explota al pueblo. La nación, el "sentimiento raigal y unánime de patria", excluye la situación que reina en los Estados Unidos donde, según él,

> como pasa en todo país organizado dentro del sistema plutocrático, ese estado de miseria general beneficia solamente a un reducido número de intereses que han acaparado las fuentes básicas de la riqueza: bienes inmuebles, comunicaciones, frentes marítimos, plantas industriales, minas, etc. (Tomo I, pág. 140)

Advertía Albizu ese mismo año que en los Estados Unidos "la explotación ejercida contra el pueblo había hecho prosperar la semilla comunista de una manera peligrosa para la estabilidad de las instituciones plutocráticas". (Tomo I, pág. 175).

Nada de esto era aceptable en la república de Puerto Rico. Lo que quería el nacionalismo era una revolución democrática; sostenía un punto de vista pequeño-burgués, anti-imperialista; pretendía evitar la proletarización de la patria; quería crear el mayor número posible de terratenientes; intentaba salvar la herencia cultural grecolatina, española y católica; aspiraba a preservar la familia. "Ya en Puerto Rico son muchas las familias donde son las mujeres las que procuran el sustento del hogar, inversión de papeles que es índice cierto de la ruina definitiva de un pueblo." (Tomo I, pág. 184).

La visión del pasado, de la familia, de la religión eran también partes del proyecto demócrata. Aisladas podrían usarse para caracterizar al nacionalismo de reaccionario, pero integradas al organismo ideológico del cual eran parte, nos permiten comprender las articulaciones y contradicciones internas de su punto de vista que era, en esencia, revolucionario. Vale la pena recordar unas observaciones de Louis Althusser:

> La comprensión de un desarrollo ideológico implica, al nivel de la ideología misma, el conocimiento *global* y *simultáneo* del **campo ideológico** en el cual surge y se desarrolla un pensamiento, y el descubrimiento de la unidad interna de este pensamiento: su problemática. El conocimiento mismo del campo ideológico supone el conocimiento de las problemáticas que se combinan o se oponen.[8]

8 Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Siglo Veintiuno,

La alternativa que define la problemática nacionalista es: o yanquis o puertorriqueños. La alternativa que subyace a ésta es: o proletarios o propietarios. La pregunta planteada por esa alternativa es: ¿cómo alcanzaremos un desarrollo independiente del imperialismo? Se trata de una problemática pequeño-burguesa, demócrata y revolucionaria. Sólo podremos comprender los pensamientos del nacionalismo si los ubicamos en el interior de esa problemática.

México, 1968, pág. 56.

XII. EL NACIONALISMO Y LA AUTO-ORGANIZACION OBRERA

Comenzamos nuestro análisis del nacionalismo discutiendo el carácter democráta-revolucionario del mismo. Luego analizamos su actitud frente a la condición de proletario. De allí pasamos a exponer la posición del nacionalismo frente al movimiento obrero. De este tema se tocaron varios aspectos: el apoyo decidido que ofreció a la movilización obrera, la ideología a través de la cual se relacionó con los obreros y el papel de guía que reclamaba para sí mismo. En este capítulo queremos discutir con más detenimiento este último aspecto del problema.

Hemos señalado que en la época imperialista las tareas de la revolución democrática sólo son realizables si esta revolución se transforma en socialista. Dicha revolución requiere, por tanto, la creciente organización independiente de los obreros. De forma que en nuestra época la lealtad de determinado movimiento demócrata revolucionario a su propio programa antiimperialista está mediada y medida por su disposición a, por lo menos, aceptar, y, en el mejor de los casos, impulsar, tal organización obrera. Desde este punto de vista resalta la importancia que tuvo la actitud nacionalista ante la necesidad de los obreros de organizarse de forma independiente.

Como vimos, el nacionalismo pretendía poner hombres de "talla, responsabilidad y patriotismo" a dirigir a los obreros. ¿Qué implicaba concretamente este papel de guía? ¿Se traducía en la dirección de los sindicatos por el Partido Nacionalista? ¿Delataba un miedo a la

organización independiente de los obreros? ¿Qué nos dice sobre esto la experiencia de 1934? Precisamente esta experiencia nos permite afirmar que el nacionalismo no pretendía dirigir a los obreros de forma paternalista. Decía Albizu al referirse a los resultados de la asamblea obrera en Guayama: "Nuestro pueblo ha demostrado que puede resolver en asamblea, en la plaza pública misma, con cordura y tranquilidad, y valor, cualquier asunto que afecte su vida." (Tomo II, p. 11). Nos parece que esta cita es decisiva ya que nos permite discutir dos aspectos del pensamiento nacionalista. De un lado, nos recuerda que Albizu organizó a los obreros **como si ya fueran lo que él quería hacer de ellos.** Los organizó en una corporación como si ya fueran propietarios. El nombre completo de la ATP era la Asociación de Trabajadores Puertorriqueños Incorporada. El punto de vista pequeño-burgués del nacionalismo queda demostrado una vez más. De otro lado, y esto tiende a olvidarse cuando se discute este hecho, planteaba que la ATP existía para que nadie se atreviera a hablar en nombre de los obreros. Es decir, para que los obreros tuvieran su propia voz. Vale la pena, pues, ver cuál era la estructura interna de la ATP:

> Cada Sección de la Asociación de Trabajadores se compone de un presidente y un secretario, y un vocal por cada clase de faena agrícola, y tiene que ser un obrero *bona fide*, de la absoluta confianza de sus compañeros, es decir, un director natural en la especialidad agrícola, correspondiente. Como las especialidades en el campo agrícola cañero son alrededor de doce, el directorio de la sección asciende a quince hombres. (Tomo II, pág. 12)

¿Quién decidirá por los obreros?

> Sólo el especialista en cierta clase de trabajo puede comprender la dureza del trabajo en su ramo respectivo y determinar las necesidades que tienen que cubrir los hombres que a esa especialidad se dedican." (Tomo II, pág. 12)

Como pequeño-burgués nacionalista Albizu pensaba que la "marea proletaria" tenía su "indiferencia, conspiración o cobardías propias". A pesar de que detestaba la condición de proletario, confiaba en la capacidad organizativa del proletariado por razones que le concedía su pensamiento nacionalista. Del seno del proletariado puertorriqueño, miembro de la "Nacionalidad más perfecta en el Nuevo Mundo" podrían surgir "hombres de talla, responsabilidad y patriotismo". Estos dirigirán la ATP. En perfecta coherencia con este pensamiento, José Lameiro afirmaba lo siguiente:

> La redención la tiene el trabajador en sus manos. Si ha de manumitirse es por su propia voluntad y dirigiendo él los organismos del trabajo. Nuestro deber es ayudarlos por humanidad y por patriotismo pero tiene el trabajador que robustecer su organización y ejercitar su voluntad, no dejando que otros hagan lo que él puede hacer.[1]

Después de aconsejar a los obreros que se dirijan y organicen ellos mismos, añade el dirigente nacionalista: "Adelante trabajadores portorriqueños, tras de ustedes estamos nosotros dispuestos a todo".

En otra ocasión, José Lameiro, que en aquella época era Secretario General del Partido Nacionalista, elogió de esta forma a los obreros:

1 "El presidente del nacionalismo recorre los centros huelgarios", *El Mundo*, 5 de febrero de 1934, pág. 2.

> Digna de imitación es la conducta asumida por los trabajadores agrícolas de nuestra patria al organizarse en una gran asociación dirigida por ellos mismos y con el fin de que nadie que sea extraño a su dolor pueda abusar de la confianza que se les deposite para traicionarlos luego.[2]

Podría argumentarse que este razonamiento está en contradicción con el hecho de que el doctor Vera estuviera en la dirección de la Asociación de Trabajadores Puertorriqueños. Pero Lameiro funda su concepción en la estructura interna de la Asociación. Albizu, por su parte, criticó a los obreros. **Pero los criticó por ser muy tímidos en su lucha.** Quería un movimiento obrero aún más militante.

> Los trabajadores exigen con modestia que se les aumente su jornal solamente en un cuarenta por ciento para afrontar la elevación del costo de vida. Su condición será la misma miseria de siempre, pero hay demasiado resignación en nuestro pueblo todavía.

Sin embargo, respetaba las demandas obreras ya que eran los obreros los que debían determinarlas:

> Ochenta y cinco centavos para un hombre y su familia cortando caña bajo el sol y lluvia, y expuesto a todas las enfermedades y a todos los accidentes. Pero esas son las proposiciones de los interesados. Nos hemos limitado a organizarlos, siendo ellos los que dirán lo que convenga a sus intereses. (Tomo II, pág. 14).

2 "Huelga cuanto se diga de la huelga", *El Mundo*, 31 de enero de 1934, pág. 2.

El nacionalismo si bien es cierto que veía con horror la condición de proletario, la caída del terrateniente puertorriqueño, no sentía horror ante los proletarios deliberando "en la plaza pública". Todo lo contrario, veía en todo obrero movilizado a un puertorriqueño "resurrecto" junto al cual quería marchar contra el imperialismo. "Interesa a Puerto Rico entero el respaldar esta huelga porque es el principio de la abolición de la esclavitud azucarera." (Tomo II, p. 14).

Por otro lado, días más tarde, José Lameiro afirmaba de forma contundente: "Aspiramos sólo a la ilustración del proletariado. Esta es la revolución. Cuando la mayoría de ellos sepan actuarán por su propia iniciativa." ¿Qué tipo de "ilustración" pretendía llevar este nacionalista a los obreros? Lameiro juzga que

> es imposible ser obrero y agente del Gobierno en un país intervenido en que desde el más alto hasta el más bajo funcionario tiene que esperar órdenes de los grandes intereses capitalistas del imperio para actuar. Y como los intereses de los obreros son contrarios a los intereses del capital yanqui que domina en Puerto Rico, mal puede andarse [los líderes de la FLT] haciendo pujos de emancipador de la clase trabajadora en estos momentos.[3]

El núcleo de la ilustración de que habla Lameiro tiene que ver con la necesidad de adoptar un punto de vista anti-imperialista.

Recordemos los fines de la ATP según estaban expresados en su reglamento:

> Los fines de esta Asociación son:

3 "Lo que se dice de la huelga", *El Mundo*, 20 de enero de 1934, pág. 2.

1. organizar a todos los trabajadores en una organización genuinamente portorriqueña capaz y en condiciones de hacer valer los derechos de todos y cada uno de sus asociados; 2. defender los intereses de todos y cada uno de los trabajadores de Puerto Rico en sus luchas contra la fuerza del capitalismo y contra cualquier fuerza que ilegal e inhumanamente le respalde en detrimento del obrero y de sus derechos a vivir una vida decorosa y decente mediante el recibo de un jornal adecuado por sus labores; 3. cualquiera otros fines análogos a los ya enumerados y no incompatibles con ellos y con el espíritu de esta asociación.[4]

El nacionalismo no pretendía controlar el movimimiento obrero, como tampoco, temía a la movilización independiente de los trabajadores. Confiaba que el obrero conciente y dispuesto a defenderse comprendería que el imperialismo era su enemigo. Después de identificar a su enemigo el obrero actuaría por su propia iniciativa, complementando la lucha del nacionalismo.

¿Cómo hacer compatibles entonces las contradictorias afirmaciones del nacionalismo que de un lado aspiraba a dirigir a la patria, y dentro de ésta a los obreros, de otro lado llamaba a los obreros a que se auto-organizaran y se dirigieran ellos mismos? Se trata de una interrogante que no podremos comprender sin discutir a fondo las dificultades que confrontó el nacionalismo en sus relaciones con el movimieto obrero.

4 "La Asociación de Trabajadores celebrará una asamblea", *El Mundo*, 17 de febrero de 1934, pág. 6.

XIII. ¿POR QUE NO SE VINCULARON SOLIDAMENTE EL NACIONALISMO Y EL MOVIMIENTO OBRERO?

Hemos demostrado la disposición del nacionalismo a organizar a la clase trabajadora, a darle la oportunidad de tener su propia voz. Confiaba que esa voz sería anti-imperialista. Pero si bien esto es cierto, también es cierto que el nacionalismo no logró forjar estrechos y sólidos lazos con el movimiento obrero. Después de su vigoroso nacimiento, la ATP vivió una corta y raquítica vida. Es probable que cientos de trabajadores se hicieran nacionalistas a través de la experiencia de 1934. Ello, en todo caso, se reflejó en su adhesión individual al Partido Nacionalista —lo cual es significativo— pero no en la vinculación de organizaciones obreras con el nacionalismo. Si el nacionalismo estaba dispuesto a marchar con los obreros, si no temía a la iniciativa proletaria, si su programa adelantaba los intereses del obrero contra el imperialismo, ¿por qué no se dió esa vinculación?

Como dijimos, el proletariado puertorriqueño fue formado por el imperialismo en los primeros cuarenta años de este siglo como uno fundamentalmente agrícola y rural. Era un ejército proletario sin un sólido destacamento urbano industrial. La vinculación con las organizaciones del proletariado industrial estadounidense debía ser, por tanto, palanca importante para el desarrollo del movimiento obrero. La *American Federation of Labor* influyó de una forma decisiva, pero en un sentido negativo: fomentó el reformismo y la deformación del movimiento obrero puertorriqueño.

En vez de proponer a los obreros de Puerto Rico una política anti-imperialista, proponía una política liberal de apoyo al imperialismo. **El movimiento obrero estadounidense no podía dar lo que no tenía: una política independiente de la burguesía imperialista.**

La influencia de la AFL, magnificada por el carácter rural del proletariado puertorriqueño, y por la estrecha base técnica sobre la que descansaba el debilísimo desarrollo de la clase trabajadora urbana, organizada por oficios, fortaleció en la isla las tendencias que más alejaban a los obreros de posiciones anti-imperialistas. Esta influencia, ejercida desde 1898, fue por tanto, una formidable barrera para la sólida vinculación del movimiento obrero puertorriqueño con el programa demócrata-revolucionario del nacionalismo. De forma que el atraso político del movimiento obrero americano, su incapacidad, no ya de luchar por el socialismo, sino de oponerse al colonialismo en sus manifestaciones más claras, fue un factor clave sin cuya consideración no se pueden explicar las condiciones históricas que mantuvieron separados al nacionalismo del movimiento obrero.

Bajo la influencia de la AFL fueron aplastados todos los intentos de proveer un programa anti-imperialista al movimiento obrero de la isla. Manuel Rojas, líder de la izquierda del Partido Socialista, no luchaba tan sólo contra las fuerzas agrupadas alrededor de Santiago Iglesias. Se enfrentaba a toda la maquinaria de la AFL que respaldaba decididamente esas fuerzas. No puede sorprendernos que Rojas haya sucumbido en batalla tan desigual. De un lado, el imperialismo clásico impedía la formación de un concentrado proletariado industrial puertorriqueño y, por otro lado, la AFL aplastaba las tendencias demócratas-revolucionarias, para no hablar de las socialistas, dentro del movimiento obrero

isleño. Triunfaba así la política liberal cuyo portavoz más nítido fue Santiago Iglesias Pantín.

En 1934, traicionados por el liderato del Partido Socialista y de la Federación Libre, los obreros de la caña se encontraron solos en la lucha. Se vieron confrontados con sus vínculos con la AFL y sus representantes locales. ¿Quién podría sustituir el viejo liderato? ¿Dónde estaba el núcleo de una nueva dirección? El desarrollo económico determinado por el imperialismo y el atraso del movimiento obrero estadounidense obstaculizaban el surgimiento de un punto de vista proletario que pudiera organizar el profundo malestar.

Los obreros recurrieron al nacionalismo esperando encontrar en él un eje para su organización. Le asignaban una tarea monumental: sustituir los vínculos con la AFL y ocupar el lugar del ausente proletariado industrial. No puede perderse de vista que el llamado obrero al nacionalismo revelaba la debilidad del movimiento obrero puertorriqueño, que cargaba además, las debilidades del movimiento obrero estadounidense. Al romper con la AFL y la FLT los obreros de la Isla intentaron romper con la política liberal de cooperación con el imperio, perfeccionada a lo largo de tres décadas. El hecho de recurrir al nacionalismo no puede disociarse de la posición vertical que este movimiento había adoptado frente al imperialismo. Ello demostraba un avance importante en la conciencia de miles de obreros puertorriqueños, a la vez que dejaba al desnudo las debilidades que su clase había heredado: para sustituir a su liderato, para movilizarse frente a los patronos de forma militante, **los obreros se vieron obligados a comportarse como fuerza dependiente**, se vieron forzados a acudir a un movimiento externo a la clase trabajadora, como era la democracia revolucionaria pequeño-burguesa del Partido Nacionalista.

Pasamos aquí a un segundo elemento que nos ayuda a comprender la separación entre el nacionalismo y el movimiento obrero. Se trata de aspectos del pensamiento nacionalista que, si bien de un lado justificaban la solidaridad con el movimiento obrero, dificultaban de otro lado la comprensión del papel decisivo que tendría que ocupar la organización obrera en la revolución contra el imperialismo.

Como hemos dicho, el nacionalismo era un movimiento pequeño-burgués empeñado en la preservación de la pequeña propiedad. Esto lo llevó a ser anti-imperialista, a defender la reforma agraria anti-latifundista, a favorecer una industralización que preservara la independencia económica del país, a proponer una política laboral progresista, a favorecer la movilización de todos los puertorriqueños y, por tanto, del proletariado, contra el imperialismo. Desde su punto de vista pequeño-burgués, el nacionalismo pensaba que el proletariado aspiraba a reintegrarse a la legión de propietarios, veía en cada obrero a un antiguo propietario y a un patriota. Miraba con horror la condición de proletario, pues veía allí a la decadencia de la patria, pero no temía a la movilización proletaria porque veía allí a la resurrección de la patria. Albizu acudió a los centros de huelga en 1934 como patriota y vio allí a la patria movilizada. Estaba convencido, y se convenció aún más en 1934, de que si lograba presentarse como "la patria organizada", el patriota que habita en el proletario lo llamaría. Por ello el nacionalismo no temía a la movilización proletaria y por eso mismo, y aquí llegamos al centro de la cuestión, **se dedicaba a la construcción de una sólida organización de patriotas y no a la organización sistemática del proletariado.** Su vinculación con el proletariado se daría a través de la construcción de un partido de patriotas que el mo-

vimiento obrero reconocería como un líder. No pretendía controlar el movimiento obrero, pero sí ganarse su confianza demostrando ser la más efectiva y consecuente organización patriótica. La movilización proletaria, que el nacionalismo no prepararía, reconocería en el Partido Nacionalista a su líder natural, comprendería que "no hay redención obrera fuera del nacionalismo". Construir esa sólida organización de patriotas y no intervenir sistemáticamente en la organización proletaria, muchos menos controlarla, era la tarea de los nacionalistas.

Si bien no temía a la organización proletaria y no rechazaba la lucha sindical y la huelga, el nacionalismo **no preparaba de forma sistemática la movilización proletaria.** La ayudaba, por patriotismo, cuando surgía, pero su tarea central era precisamente la organización de ese patriotismo (que lo llevaba a solidarizarse con los obreros) y no el desarrollo de la organización proletaria. **La organización del proletariado era tarea de los obreros mismos.** El nacionalismo confiaba que los obreros, no dejando que otros hicieran lo que ellos podían hacer, hablando con su propia voz y actuando por su propia iniciativa, podrían movilizarse organizadamente.

Para dirigir al proletariado contra el imperialismo, el Partido Nacionalista veía la necesidad de construir una organización patriótica, émulo de Betances y Ruiz Belvis, a quien el obrero, y todo patriota, reconociera como la suya en la lucha contra el imperio. A su vez una lucha obrera consecuente tendría que confligir con el régimen colonial y confluir con el nacionalismo. En el contexto de esta relación Enamorado Cuesta se explicaba el llamado obrero: "Y en su desesperación, ha tendido la vista y se ha convencido de que los hombres verdaderamente dispuestos a enfrentarse con el

régimen e ir al sacrificio si es necesario, están agrupados bajo la bandera del nacionalismo."[1] Por su parte, Albizu veía como necesaria "la formación de una organización rebelde que abarque todo el pueblo de Puerto Rico y que rompa definitivamente con el régimen de la colonia..." (Tomo I, pág. 45).

La organización de los trabajadores en lucha por sus intereses históricos y la formación de una **organización rebelde** eran dos tareas que el nacionalismo no veía en términos conflictivos, sino más bien **complementarios.** Si el liderato nacionalista estuvo dispuesto a participar en la gran huelga de 1934, lo hacía porque era coherente con su ideología. A su vez, los obreros pidieron a Albizu que participara en la huelga y en su sentido más profundo querían que sustituyera el liderato obrero. Este es el significado histórico de los telegramas de cientos de obreros, dirigidos a Albizu en los primeros meses de 1934. Su nacionalismo pequeñoburgués, que lo llevaba a no temer a la movilización obrera y a aceptar la primera invitación, lo llevaba también a no aceptar la segunda invitación. Albizu acudió por patriotismo a los centros de huelga y vio en la movilización proletaria a la patria resurrecta. Se convenció de que el proletariado vería en el movimiento patriótico a su guía y, por tanto, de que su tarea estaba en organizar el movimiento patriótico. Albizu estaba dispuesto a ayudar a la organización de la ATP; Lameiro estaba presto a ayudar a los obreros por "humanidad y por patriotismo", pero ambos pensaban que el destino de la ATP, su dirección y desarrollo, era responsabilidad de los obreros. Esta afirmación tenía un triple significado cuando la pronunciaba el nacionalismo. Era,

1 J. Enamorado Cuesta, "No hay redención obrera fuera del nacionalismo", *El Mundo,* 5 de febrero de 1934, págs. 2, 11.

primero, una afirmación correcta que parafraseaba la idea central de la política obrera de que la "emancipación de la clase obrera ha de ser conquistada por los obreros mismos."[2] En segundo lugar, era una afirmación que demostraba una vez más el carácter demócrata-revolucionario del nacionalismo, su disposición a marchar con los obreros contra el imperialismo. Mucho avanzaría el movimiento obrero si dirigiera democráticamente sus propias organizaciones con una independencia cada vez mayor y si internalizara el planteamiento de que los intereses del imperialismo y de los obreros son opuestos. En tercer término, esta afirmación revelaba cómo el nacionalismo no se sentía llamado a hacer suya la tarea de organizar sistemáticamente al proletariado. La afirmación refleja que el nacionalismo confiaba en el proletariado, no temía a la movilización obrera y no entendía que éste fuera el problema central, decisivo, de la revolución anti-imperialista.

Se podría acusar al nacionalismo de sobreestimar las capacidades organizativas del proletariado puertorriqueño. Si los obreros acudieron al Partido Nacionalista fue precisamente porque no habían encontrado ni en el movimiento obrero estadounidense, ni en su propio movimiento, un eje alrededor del cual reorganizar su lucha y a largo plazo alcanzar su independencia política. Sin embargo, el nacionalismo los consideraba capaces de forjar y dirigir sus propias organizaciones, contra el imperialismo y la AFL, si fuera necesario.

Hasta ahora tenemos dos elementos que nos ayudan a explicar la falta de una sólida vinculación entre el nacionalismo y el movimiento obrero. El primero, como dijéramos, fue el atraso del movimiento obrero es-

2 Franz Mehring, *Carlos Marx y los primeros tiempos de la internacional*, Editorial Grijalbo, Colección 70, México, 1968, pág. 26.

tadounidense que fortaleció las tendencias liberales en el movimiento obrero de la isla. El segundo, es el hecho de que el nacionalismo, sin dejar de ser una fuerza revolucionaria y confiando en las capacidades de los obreros, no se planteó la tarea de intervenir sistemáticamente en la reorganización del movimiento obrero. ¿Cuál es el peso relativo de estos dos elementos?

Nos parece que lo que el movimiento obrero estadounidense dejó de hacer tuvo un efecto mucho más decisivo en el proletariado puertorriqueño que lo que el nacionalismo dejó de hacer. Si el movimiento obrero estadounidense hubiera impulsado en Puerto Rico una política anti-colonial, anti-imperialista, demócrata-revolucionaria, la clase trabajadora puertorriqueña hubiera formado su primera generación de líderes en condiciones mucho más favorables para el florecimiento de tendencias demócratas, anti-imperialistas y socialistas. La relación de fuerzas entre Iglesias y Rojas, para dar un ejemplo, se pudo haber invertido. El proletariado de la isla hubiera tenido la oportunidad de elaborar su propio programa de revolución demócrata anti-imperialista. Esto fue precisamente lo que no pasó. De otra parte cabe preguntarse: ¿qué hubiera implicado que el nacionalismo se plantease la tarea de reorganizar al movimiento obrero?

Supongamos por un momento que el nacionalismo hubiese logrado reorganizar al movimiento obrero puertorriqueño y que lo hubiera dotado de un programa demócrata-revolucionario. Con la movilización obrera el nacionalismo se habría transformado de esa forma en un masivo movimiento anti-imperialista. Pero, como sabemos, la revolución democrática en un país subdesarrollado sólo puede derrotar al imperialismo en el mismo proceso de derrocar al capitalismo. La incorporación masiva de los trabajadores a la lucha nacio-

nalista hubiera generado un movimiento político que avanzaría tendencialmente hacia el derrocamiento del capitalismo, hacia la revolución socialista.

Pero, ¿cómo plantearse la posibilidad de una revolución socialista en un país subdesarrollado? ¿Sobre qué bases materiales, sobre qué desarrollo de las fuerzas productivas, podría concebirse tal transición? Como dijimos, el proletariado del país atrasado se plantea la necesidad de la revolución socialista aún en las condiciones de subdesarrollo creadas por el imperialismo porque la economía de su país es parte de un todo mayor, la economía mundial capitalista en su etapa superior. Igualmente, las tareas de la construcción socialista sólo pueden afrontrarse con éxito como tareas internacionales. De aquí la decisiva importancia histórica del internacionalismo proletario. Sin éste, la superviviencia de la revolución proletaria en un país atrasado, para no hablar de la creación de una sociedad sin clases, es sencillamente imposible. Y en nuestra época, en los países atrasados la misma revolución democrática es imposible sin el derrocamiento del capitalismo, sin la revolución socialista. Sin internacionalismo proletario no hay socialismo y, por tanto, tampoco hay, en nuestra época, revolución democrática.

Suponer que el nacionalismo hubiera logrado movilizar al proletariado puertorriqueño con su programa demócrata-revolucionario nos lleva a replantear el problema de las relaciones internacionales del proletariado puertorriqueño. Aún si el nacionalismo hubiera movilizado a los trabajadores contra el imperialismo, esa movilización requería para su victoria la solidaridad de destacamentos obreros de otras partes del mundo. La política liberal de la AFL no permitió, como vimos, que el proletariado puertorriqueño generara su propio programa anti-imperialista y, en el caso de

que el proletariado hubiese logrado tomar prestado ese programa del movimiento nacionalista, esa política pro-imperialista de la AFL aseguraba que nacionalismo y obreros se estrellaran contra las paredes de su aislamiento internacional.

¿Pudo acaso plantearse en Puerto Rico un proceso de revolución permanente contando con el apoyo de los obreros de otras partes del mundo? El movimiento obrero europeo no presentaba en este sentido un espectáculo esperanzador. Después de la revolución socialista en Rusia en octubre de 1917 y de la victoria del primer estado obrero en la guerra civil que la siguiera, el movimiento obrero sufrió una serie de contundentes derrotas. En 1919 la República de los consejos obreros en Hungría sucumbió después de varios meses de resistencia. En 1918, 1919, 1921 y 1923 la Social Democracia Alemana logró evitar que triunfasen las extraordinarias movilizaciones obreras que llevaron a su país al borde de la revolución socialista. En Italia el movimiento obrero, que tanta energía demostró en las tomas de fábricas en los principales centros industriales en los años posteriores a la guerra, fue incapaz de evitar la subida al poder del fascismo. En 1926 la clase obrera inglesa, abandonada por su liderato, cayó derrotada después de lanzarse a la huelga general. Ese mismo año sobre las ruinas del movimiento obrero estableció Pilsudshi su dictadura en Polonia. Estas derrotas se reforzaban unas a otras. En 1933 el movimiento obrero alemán fue incapaz de derrotar las fuerzas encabezadas por Hitler. Fuera de Europa, en China la revolución de 1926-27 culminó con la derrota de la clase obrera de aquel país y con la eliminación física de buena parte de su liderato a manos del Cuomintang. En la Unión Soviética, único estado obrero que existía entonces, el atraso material y el asfixiante aislamiento causado por las derrotas de la clase

obrera europea creó las condiciones para la degeneración de la democracia proletaria conquistada en 1917. El stalinismo, en sus múltiples manifestaciones, fue la expresión más aplastante de aquella degeneración. Estos desarrollos en el primer estado obrero no dejaron de afectar la Internacional Comunista, que agrupaba a los partidos comunistas del mundo. Las políticas erróneas de éstos jugaron un creciente papel en la derrota de los obreros de diferentes países. Fascismo de un lado y stalinismo del otro, estrangulaban al movimiento obrero mundial que luchaba por reorientarse en un mundo que se preparaba, cada vez más abiertamente, para una segunda guerra mundial. Una guerra que el proletariado fue incapaz de evitar con su propia revolución.

Era en este contexto que el nacionalismo puertorriqueño se planteaba la revolución democrática, y por ello, dadas las condiciones que para su victoria imponía el imperialismo, la revolución socialista, en una atrasada isla del Caribe. ¿Quién puede sorprenderse de su aislamiento y derrota? A los que consideren extravagante incluir lo que sucede en el resto del mundo en una discusión del nacionalismo puertorriqueño se les hará difícil comprender, para dar un ejemplo, la supervivencia de la revolución cubana a pocas millas del mayor poder imperialista.

El desarrollo económico impuesto por el imperialismo en la isla, que impedía la formación de un concentrado proletariado industrial, el atraso político del movimiento obrero estadounidense, que fortalecía las tendencias liberales dentro del movimiento obrero en la isla, las reformas liberales realizadas por el régimen colonial, que daban base material a los que defendían esa política pro-imperialista, las derrotas sufridas por el movimiento obrero mundial en la década del veinte

y del treinta, que cerraban la posibilidad de una inmediata solidaridad de revoluciones triunfantes con la revolución puertorriqueña, eran las condiciones históricas generales que conspiraban contra una estrecha y sólida vinculación del nacionalismo con el movimiento obrero. Esto era así porque esas condiciones eran las que obstaculizaban un proceso de revolución permanente en la isla en aquella época. Hacían imposible la victoriosa transformación de la revolución democrática puertorriqueña en una revolución socialista. Y la vinculación del nacionalismo con el movimiento obrero exigía precisamente —y sólo así podría sellarse sólidamente—, que se desencadenara un proceso de revolución permanente. Los problemas de la revolución permanente en Puerto Rico subyacían al problema de la vinculación del nacionalismo y el movimiento obrero. Es de lamentar que los que han tratado el segundo problema no hayan explorado también con detenimiento el primero. Se trata todavía hoy de un campo de estudios fundamental para los que quieran contribuir a una revolución proletaria en Puerto Rico.

Podemos ver ahora, en su justa perspectiva, el hecho de que el nacionalismo no se plantease reorganizar el movimiento obrero. Nada en la configuración política de la isla, de los Estados Unidos o Europa, podía revelarle al nacionalismo que allí estaba la fuerza social decisiva de nuestra época. No obstante, estuvo dispuesto a defender a la clase trabajadora porque su movilización era manifestación de la resurrección de la patria y ésta sí era considerada una fuerza indomable. El nacionalismo se dedicaría a organizar esa patria para la lucha contra el imperio y planteaba a los obreros que ellos debían desarrollar y dirigir sus propias organizaciones. Pero dadas las condiciones que hemos descrito

era poco probable que el proletariado lograra elaborar sus propias organizaciones con un programa sólidamente anti-imperialista.

El nacionalismo sí planteaba la transformación de una de esas condiciones que obstaculizaba la vinculación del movimiento obrero con el nacionalismo: **la falta de un proletariado industrial en Puerto Rico.** Este, quizá, hubiera podido elaborar sus bases organizativas independientes, y aún bajo la influencia de la AFL, elaborar un programa anti-imperialista. Pero ese proletariado que marcharía con Albizu sólo podía nacer con la realización del programa de Albizu: el programa de desarrollo capitalista independiente. Es decir, la fuerza que hubiera dado un apoyo contundente al nacionalismo, el proletariado industrial puertorriqueño, **sólo podía surgir después de realizado el programa nacionalista.** El programa nacionalista sólo podía triunfar... después de haber triunfado. Este es el círculo vicioso en que quedaba encerrada la democracia revolucionaria puertorriqeuña cuando las condiciones internacionales que operaban sobre el proletariado de la isla dejaban en el surgimiento de un proletariado industrial nativo la única esperanza y posibilidad del desarrollo de un movimiento obrero revolucionario. Ese círculo vicioso reflejaba el hecho de que el desarrollo capitalista independiente es imposible para los países atrasados y que la transformación de sus revoluciones democráticas en revoluciones socialistas, depende, al igual que su subdesarrollo, de determinadas condiciones internacionales. Defendiendo un desarrollo económico que ya era imposible, en condiciones que no permitían transformar la lucha por ese desarrollo en una victoriosa lucha socialista, el nacionalismo puertorriqueño estaba destinado al aislamiento y la derrota.[3]

3 Cuando más solo estuvo el nacionalismo fue durante la Segunda

Esta es la clave para comprender varios aspectos del pensamiento nacionalista, de su lógica interna, de la forma en que planteaba los problemas y por supuesto, de su práctica política. La religión del nacionalismo, su interés por demostrar la ilegalidad del Tratado de París y de la presencia americana en Puerto Rico, su análisis de Lares, la organización armada del nacionalismo, expresan esa confianza absoluta en la victoria que era imposible dadas las condiciones que hemos explicado. Pero se trataba de una confianza necesaria para dar una recia lucha en condiciones extremadamente difíciles.

> No podrá oponerse al ímpetu de la **ley suprema** los que acorralan el cuerpo de la patria, deseando devorarlo. (...)el dedo de **Dios** sigue señalando el destino de los pueblos. Mientras ellos aceptan cándidamente el ANEXIONISMO (la estadidad) repudiando los postulados del **Derecho Internacional**, que reconoce en él un suicidio colectivo, y mancilla el derecho público y privado y el nombre de la Nación, en virtud de los cuales nadie está en derecho de ser esclavo y mucho menos en el de violentar a nadie, esclavizando su cuerpo y su alma; mientras ellos violan las **leyes humanas y divinas**(...) Puerto Rico seguirá su marcha triunfal hacia **la gloria de su INDEPENDENCIA.**
>
> Para realizar esta marcha de milagro hasta medir la fe de los hombres que sufren en nombre de la libertad; y compenetrados de su sacrificio, hasta que cada hombre cristalice en su corazón la **figura del apóstol. No es lícito esperar que otros se sacrifiquen cuando carecemos de voluntad para**

Guerra Mundial y, como veremos, fue precisamente entonces que adoptó posiciones más avanzadas que los sectores más importantes del movimiento obrero mundial.

superar el sacrificio con las armas en la mano. El tiempo ha llegado en que cada portorriqueño está en el deber de ser apóstol de su propio encendimiento moral. (Tomo II, pág. 29, énfasis nuestro).

Veamos otros ejemplos:

La ocupación americana en Puerto Rico en otras palabras es una cuestión de hecho pero no de derecho. (Tomo I, pág. 79)

Nuestra condición de isla es un postulado de independencia porque ya la Naturaleza *per se* nos ha hecho libres. (Tomo I, pág. 73)

Dios, el derecho, la naturaleza, todo ello prueba que la victoria del nacionalismo ya está alcanzada, aunque ciertos hombres aún no la reconozcan. Lares ocupa un lugar central:

La Revolución para establecer la Independencia de la Patria nunca ha fracasado. La Nacionalidad se ha definido. El sacrificio de sus mártires consagró su soberanía. En esa fecha gloriosa se fijó la voluntad a ser libre, y desde ella empieza la cronología de la República Independiente, no importa el tiempo que tarde en librar su soberanía de extrañas intervenciones.

Luego añade Albizu: "Pueblo definido por las armas es pueblo respetable e indestructible." (Tomo I, pág. 169). Y aún habiendo recibido una relativamente pequeña cantidad de votos en 1932 el nacionalismo se lanza a organizar el ejército de la República.

El Nacionalismo necesita armas. Y se las tienen que dar los nacionalistas. Los Cadetes de la República son hoy, quizás, el ejército más glorioso del mundo. Son, por lo menos, la única organización militar legítima en Puerto Rico, porque su autoridad no dimana de una usurpación sino de un derecho(...) El Nacionalismo necesita armas, armas, armas. Necesita pistolas, fusiles, ametralladoras...". (Tomo II, págs. 57-58)

La ideología que el nacionalismo elaboró en sus condiciones históricas lo preparaba para quedarse solo con sus armas contra el imperialismo. Armados también de un valor excepcional, los nacionalistas se enfrentaron, con increíble fortaleza moral, a unos obstáculos históricos formidables. No podían saltar sobre las condiciones materiales en que les tocó vivir.

XIV. DOS POSICIONES ENCONTRADAS: NACIONALISMO Y FEDERACIONISMO

La huelga de los obreros de la caña en 1933-34 puso frente a frente, de forma dramática, la posición de la Federación Libre de Trabajadores y la del Partido Nacionalista. La intensa lucha de clases desplegada por los obreros, combinada con la práctica política del Partido Nacionalista cuestionó con una profundidad inusitada la política liberal de cooperación con el imperialismo que durante toda su historia había adoptado tanto la FLT como el Partido Socialista. Si bien el conflicto huelgario no fue lo que provocó la confrontación entre nacionalistas y federacionistas, ciertamente fue un **punto decisivo** en esta confrontación. La FLT y el Partido Socialista tuvieron que reaccionar ante la amenaza que recibían. Más aún cuando las contradicciones que movían la polémica hacían pie entre sus propias filas.

Ante todo resulta sumamente reveladora la forma misma en que se defendieron los socialistas y federacionistas con respecto a las críticas y al avance del nacionalismo durante la huelga. Eduardo Méndez, presidente de la Sección Socialista de Puerta de Tierra, publicó dos artículos con la intención de establecer un vínculo entre el Partido Nacionalista y una tradición independentista con un largo historial de claudicaciones. Sin apuntarlo explícitamente, esto equivalía a destacar una relación de progenitura entre el Partido Nacionalista y el Partido Unión. En su primer artículo, "La Federación Libre y sus detractores", Méndez comienza recordando la obra de la FLT, que "durante sus

treinticinco años de existencia, ha sido grandiosa, inimitable, fecunda, humana".[1] Evoca los años de formación del movimiento obrero y la horrible situación de la población trabajadora. Ante aquel panorama, ¿qué hacían los nacionalistas? Eduardo Méndez contesta sin titubeos: "Ni una voz de protesta se escapó de los labios de los patriotas nacionalistas, de los llamados padres de la patria."[2]

En su lucha histórica desde principios de siglo la FLT tuvo que ascender por una áspera e inclinada pendiente llena de formidables obstáculos. ¿Dónde estaban los nacionalistas? "En la lucha contra los intereses creados y la transformación económica y social del pueblo, los nacionalistas nunca cooperaron, porque consideran al pueblo como la materia prima electoral, objeto de promesas, después de abandono y siempre de explotación de ambiciones políticas."

No cabe duda que Eduardo Méndez tiene razón cuando señala que el Partido Unión, a pesar de todo el fervor patriótico de que hizo gala durante su historia, fue el principal colaborador de la penetración imperialista. Pero Méndez no tenía como objetivo, al hacer este tipo de crítica, fomentar una conciencia anti-imperialista en las masas explotadas que durante el proceso huelgario de 1934 se levantaban contra los patronos y contra la dirección de sus propias organizaciones obreras. Lo que buscaba la dirección socialista y federacionista era desviar a los obreros de todo camino que pudiera conducirlos al desarrollo de una conciencia anti-

1 *El Mundo*, 27 de enero de 1934, pág. 2.

2 En su otro artículo, "La Federación Libre y la verdad histórica", Méndez establecía la misma relación en forma de interrogación: "¿No fué acaso la bandera de la estrella solitaria, símbolo de la patria irredenta, el emblema que fascinó a las multitudes en las justas electorales, sacando triunfantes a los candidatos independentistas?", *El Mundo*, 2 de febrero de 1934, pág. 2.

imperialista coherente con sus intereses históricos objetivos. Así se explica que Méndez buscara amarrar la existencia del nuevo Partido Nacionalista —dirigido por Albizu desde 1930— con la putrefacta ideología colaboracionista del Partido Unión. Según su interpretación de la historia, el proceso de expropiación de los pequeños propietarios y la concentración territorial bajo control del "feudo capitalista" era culpa y responsabilidad del "sectarismo político nacionalista". ¿Qué era entonces el Partido Nacionalista? La cuestión era simplísima para el historiador socialista: "Prolongación este nuevo partido en su ideología política del que estaba en el poder, sus líderes, eran personajes y actores que llevaban el pesado fardo de prejuicios inveterados en la vieja escuela política."[3]

No es nuestro objetivo refutar en detalle la reconstrucción falsa de la historia que a la medida de sus conveniencias hizo Eduardo Méndez. Pero es un olvido imperdonable afirmar que ante el proceso de penetración imperialista y ante la expropiación masiva de los pequeños propietarios ni una sola voz patriótica protestó. Un ejemplo que debía producir escozor en la conciencia federacionista fue el movimiento radical dirigido por Rosendo Matienzo Cintrón, que desembocó significativamente en la fundación del Partido de la Independencia en 1912.

Los nacionalistas, que desde mucho antes del proceso huelgario venían criticando al movimiento socialista, inmediatamente reaccionaron ante la audacia de semejante concepción histórica. José Lameiro publicó un artículo cuyo título no puede ser más exacto: "La Federación Libre y su pésimo historiador".[4] Vale la

3 Véase "La Federación Libre y la verdad histórica".
4 *El Mundo*, 7 de febrero de 1934, pág. 2.

pena citarlo extensamente:

> Decir que los pequeños propietarios han desaparecido y hablar del latifundismo achacando las culpas al partido tal o cual es haber oído tocar campanas y no saber dónde. Este es un problema más serio de lo que supone el historiador de la Federación Libre. Las consecuencias que estamos palpando se deben precisamente al establecimiento en nuestra patria del imperio que llama usted glorioso. Desde que el mundo se conoce históricamente donde se ha establecido un imperio han desaparecido todos los terratenientes nativos. Porque los imperios son el producto de la ambición desmedida del capital invasor que habiendo acaparado ya las riquezas de su país saltan la barrera de sus fronteras extendiendo su dominio sobre otros pueblos para despojarlos de sus riquezas y someter a los naturales luego al feudo para obtener barato el sudor de sus frentes y venderles cuanto se produzca en la metrópoli al precio que le plazca a esos intereses imperialistas. Para eso el imperio trata de atraerse a los bandos del país invadido que en su infinita ignorancia o mala fe le sirven de instrumento en la obra destructiva de la nacionalidad invadida.

El análisis de Lameiro va al corazón del asunto: el imperialismo. Toma esta dirección desde el punto de vista pequeño-burgués revolucionario, en contraste con los líderes sindicales liberales. La política liberal de cooperación con el imperialismo que siguió el liderato obrero, los llevó a pensar que el Estado es un órgano que está por encima de las clases sociales, de forma que no podía ser culpado por las condiciones de miseria en que vivía el obrero puertorriqueño. La separación tajante entre lo económico y lo político, inherente a la

política liberal adoptada por el movimiento obrero propició una ideología que no podía pensar las causas de la miseria como resultado del imperialismo, sino debido a la existencia de un capitalismo destructor, que con la ayuda del Congreso de los Estados Unidos podía ser transformado.

Esta ideología implicaba un corte dramático entre el pasado colonial español y las reformas "liberales" realizadas por el imperialismo. Así el pasado español y sus herederos venían a ser los verdaderos enemigos de los obreros. El propio Albizu Campos había hecho alusión a esta ideología el 29 de mayo de 1930.

> La invasión yanqui de Puerto Rico en 1898, significaba la desaparición del oscurantismo, y la opresión de los españoles y, el advenimiento de un régimen de libertad, igualdad, fraternidad y prosperidad material, a juzgar por la propaganda yanqui. Y toda esa felicidad nos llegaba impuesta generosamente por la filantropía y el sentido de humanidad norteamericanos. (Tomo I, pág. 98)

El máximo exponente de esta ideología imperialista en el movimiento obrero puertorriqueño fue Santiago Iglesias. El Congreso de los Estados Unidos era considerado por Iglesias como el motor fundamental del progreso de Puerto Rico y, por tanto, del mejoramiento histórico de la clase trabajadora. Como la realidad desmentía de forma despiadada semejante concepción fue necesario dar un corte limpio y considerar el capitalismo como "un absurdo social" desvinculado de las bondades del Congreso.

Conviene esclarecer ahora la posición del Partido Nacionalista con respecto al Partido Unión. Albizu fue electo presidente de la colectividad nacionalista el

11 de mayo de 1930. El partido había sido fundado en septiembre 17 de 1922, aún cuando Eduardo Méndez empataba sus orígenes con el del Partido Unión a principios de siglo. Ciertamente la nueva organización surge como resultado de un desprendimiento del viejo unionismo. Sin embargo, una vez Albizu llega a ser su presidente, desde el comienzo se empeña en marcar una ruptura del nuevo partido que dirige y el viejo Partido Unión, que luego se vió legalmente forzado a cambiar su nombre por el de Partido Liberal.

¿Cuál era el punto decisivo para establecer esa diferenciación? Albizu lo destaca sin titubeos: la colaboración sistemática con el imperialismo. Ahora bien, ¿por qué referirse en específico al Partido Unión si este rasgo lo compartían el Partido Republicano y el Partido Socialista? Precisamente porque el unionismo había utilizado una retórica patriótica independentista y fue durante muchos años el partido de gobierno.[5] **La necesidad del nacionalismo era diferenciarse de aquellos que por su retórica precisamente podían confundirse con él.** Los artículos de Eduardo Méndez en 1934, comprueban la urgencia que sentía Albizu en 1930. Y en su trayectoria Albizu fue implacable en su interpretación de los antiguos unionistas. De una forma muy significativa los emparentaba con los coalicionistas. ¿Acaso no tenían profundos elementos comunes?

> Eso de la estadidad en el programa coalicionista, es exactamente igual a aquello de la independencia en el programa de la facción liberal. Los unionistas, hoy 'liberales', mantuvieron esa disposición en su programa durante veinticinco años

5 Véase " 'La independencia en la Unión nunca fue una finalidad sino una táctica', dijo Albizu Campos en el mitin nacionalista de Arecibo", *El Mundo*, 27 de noviembre, 1930, págs. 3, 6.

de gobierno. Nunca plantearon la solución independencia. Cumplieron como partido de gobierno desarrollando la política imperialista yanki y nos han entregado el país en ruinas.[6]

Cuando en 1931 se le preguntó a Albizu si su partido uniría fuerzas con los unionistas, la contestación suya fue contundente:

El nacionalismo ha mantenido puro el ideal de la independencia. No permitirá mixtificadores del mismo. No tolerará que se le profane utilizándolo como una táctica para ganar elecciones que si resultan victoriosas, sirva nuestra bandera entonces para alfombra de los invasores.[7]

De manera que el Partido Nacionalista coincide con los dirigentes obreros en la crítica al Partido Unión, pero lo hacen desde **dos puntos de vista radicalmente diferentes.** Por un lado, para los socialistas y federacionistas el pasado español y sus herederos, sobre todo el Partido Unión, eran los responsables de las condiciones de alarmante miseria que había en Puerto Rico. Por otro lado, el nacionalismo veía la causa no en tal o cual partido, sino en el imperialismo estadounidense. Mientras que para los dirigentes obreros, el unionismo se opuso a la democracia que los Estados Unidos traían a Puerto Rico, para los nacionalistas, el unionismo fue incapaz de luchar por una verdadera democracia porque cooperó con el imperialismo.

Siguiendo la lógica de Eduardo Méndez, por ejemplo, era necesario romper con el unionismo para cooperar con las reformas liberales impuestas por los Estados

6 *Obras escogidas*, Tomo I, pág. 237.
7 *Ibid.*, pág. 199.

Unidos. El nacionalismo, por el contrario, consideraba una urgencia romper con el unionismo para luchar de forma decidida contra el imperialismo estadounidense. Si bien Eduardo Méndez defendía una política colaboracionista al identificar nacionalismo y unionismo, Albizu había refutado semejante distorsión hacía varios años. "El nacionalismo no procede del unionismo. El nacionalismo tiene su raigambre histórica en la revolución de Lares en el 1868, donde fué proclamada la República y murieron muchos héroes por ella."[8]

Enamorado Cuesta establecía a su vez una relación entre la patria esclavizada y la explotación del obrero, al afirmar que el Partido Nacionalista está

> dispuesto a suscitar y a mantener una guerra sin cuartel contra el capital extranjero y su aliado nativo, que no por serlo merece que se le exceptúe de ésta, sino que antes al contrario atrae forzosamente sobre sí la justa ira de los que defendemos al obrero sin ningún interés ulterior y sólo con el propósito de convertirle en defensor de su derecho, que es el derecho de la patria esclavizada y explotada.[9]

Albizu está de acuerdo con la relación establecida por Enamorado Cuesta, que veía en la horrorosa explotación del obrero puertorriqueño la horma inconfundible del imperialismo. Por tanto, era deber del nacionalismo luchar por la defensa de la clase trabajadora, contra un gobierno rompehuelgas que con los intereses azucareros constituía "una sola persona". "El gobierno quiere imponer estas condiciones esclavizantes a los tra-

8 " 'La independencia en la unión nunca fue una finalidad sino una táctica'...", *El Mundo*, 27 de noviembre de 1930, págs. 3, 6.

9 "No hay redención obrera fuera del nacionalismo", *El Mundo*, 5 de febrero de 1934, págs. 2, 11.

bajadores que representan el noventa por ciento de la población. Esta es la esclavitud azucarera impuesta a viva fuerza. Toca a nosotros abolirla".[10] Siempre fue consecuente el nacionalismo en su lucha contra el imperialismo, identificándolo como el enemigo principal. Nunca estuvo dispuesto a rehuir la confrontación mediante alianzas con fuerzas que cooperaban con él, independientemente de las posturas oficiales o retóricas que tales fuerzas adoptaran.

Así llegamos al núcleo de la cuestión: el nacionalismo para lograr su objetivo anti-imperialista no temía la más intensa movilización de las masas explotadas. Pero esto sí lo temían las organizaciones obreras. Detrás de la identificación de Eduardo Méndez, que reducía arbitrariamente el nacionalismo al unionismo, se expresaba la clarísima intención **de reducir la intensa lucha de clases que el nacionalismo con su ejemplo avivaba.** Así como quería diluir al nacionalismo en el desprestigiado pantano unionista, Eduardo Méndez pretendía diluir la lucha clasista que arropaba al país.

> El Convenio firmado por patronos y obreros de la industria azucarera en Puerto Rico inicia una nueva etapa en las luchas entre el capital y el trabajo. La disciplina del capital y del trabajo dentro de sus naturales límites, creando un sentimiento de propia responsabilidad, implanta el soñado y esperado ideal de la democracia industrial. Esto evitará a obreros y patronos serios trastornos a sus intereses. Afortunadamente la cultura general de los trabajadores es el mayor enemigo de los espíritus inquietos y explotadores de las pasiones políticas. Por esa razón los trabajadores agrícolas

10 "La esclavitud azucarera", *El Mundo*, 19 de enero de 1934, págs. 2, 10.

> con un gran sentido de responsabilidad aceptaron el Convenio que ha de regir durante la presente zafra azucarera y frustrado los propósitos tendenciosos de los fracasados líderes del nacionalismo boricua.[11]

El Partido Socialista y la Federación Libre no cooperaban ya con el imperialismo fuera del gobierno, sino participando de los estrechísimos límites de la administración colonial. No sólo chapoteaba en el pantano de la cooperación, sino que en medio de una terrible pobreza que amarraba el país por sus cuatro costados, declaraba establecido su ideal de **democracia industrial** y se beneficiaba de la repartición de parte del bacalao político. Habían llegado a la cúspide de la putrefacción y de la corrupción. En este contexto la posición política del nacionalismo tuvo que ser una seria amenaza. Para contestar a esta amenaza recurrieron a la identificación Partido Unión-Partido Nacionalista, cuando ya Albizu desde 1924 había insistido en el carácter proimperialista del viejo partido. Fue precisamente la visión del Partido Unión como un partido colaboracionista lo que llevó a Albizu a pronunciar de forma enfática en noviembre de 1930 que **el nacionalismo no procede del unionismo.**

Pero el colaboracionismo, como dijimos, no fue monopolio del Partido Unión. Era atributo principal de la política del Partido Republicano y del Partido Socialista, como también de la Federación Libre. El liderato obrero al observar la sociedad puertorriqueña desde el punto de vista de las reformas liberales era incapaz de relacionar estas reformas con el grotesco fundamento económico que les servía de soporte. Por el contrario,

11 "La Federación Libre y sus detractores", *El Mundo*, 27 de enero de 1934, págs. 2, 17.

el liderato obrero estableció una distición tajante entre las llamadas libertades políticas y la esclavitud económica. Esto le permitió asociar las libertades políticas con la civilización que traía el imperialismo y a su vez vincular la esclavitud económica con el pasado español. El liderato obrero al no comprender en su exacta dimensión la colaboración que dio el Partido Unión al imperialismo estableció una continuidad entre el unionismo y la postura revolucionaria del nacionalismo.

Sin embargo, la posición imperialista del nacionalismo le permitió establecer distinciones fundamentales. Albizu pudo trazar perfectamente la trayectoria de colaboración con el imperialismo del Partido Unión, Republicano y Socialista. Los nacionalistas pudieron deslindar los campos con una sorprendente claridad. **El independentismo del Partido Unión no debía confundirse con el independentismo del Partido Nacionalista, así como el socialismo del Partido Socialista no debía confundirse con el verdadero socialismo.** José Lameiro ponía el problema en los siguientes términos:

> Que existiera y exista una facción de gobierno que diciendo ser independentistas y portando la bandera de la patria sirviera de instrumento al invasor para destruir el ideal simbolizado en esa sagrada insignia, esto nada tiene que ver con el Partido Nacionalista. Como tampoco tendría que ver nada con un verdadero partido socialista que se organizara el que otros hombres haciendo mal uso del nombre socialista y de la bandera roja hubieran servido de instrumento a ese mismo poder imperial para hacer de los portorriqueños una manada de mendigos sujetos a la voluntad del poder yanqui.[12]

12 "La Federación Libre y su pésimo historiador", *El Mundo*, 7 de

El nacionalismo por tanto, no sólo se diferenciaba del unionismo, sino que distinguía al Partido Socialista dirigido por Iglesias, del socialismo revolucionario.

Los nacionalistas consideraban la cuestión del *status* como el núcleo del problema nacional. En 1930 se le pregunta a Albizu si él creía justificado que el Partido Socialista tuviera un programa "puramente económico sin ocuparse de lo político". Su contestación tocó el aspecto fundamental del problema.

> El Partido Socialista tal como está constituído hoy, sin ninguna declaración política, inculcando a las masas que la única protección con que cuenta para la reivindicación de sus derechos sociales y económicos depende de la presencia de la bandera de Estados Unidos en Puerto Rico, es en realidad el partido que con más vigor defiende el coloniaje. (Tomo I, pág. 68)

Santiago Iglesias luchó siempre con denuedo por evitar que se discutiera en el Partido Socialista la cuestión nacional, aspecto imprescindible para que el partido pudiera adoptar un punto de vista independiente de la burguesía tanto local como imperialista. En realidad Iglesias **no creía en los partidos políticos** y siempre se esforzó por reducir su propio partido a la más vulgar representación legislativa de la Federación Libre de Trabajadores. Considérese la siguiente perla ideológica de Iglesias, presidente de un partido obrero:

> En Puerto Rico los partidos políticos están llamados a fracasar. Fracasará el unionista, el republicano y el socialista. La obra suprema de liberación patria no la realizarán las colectividades

febrero de 1934, pág. 2.

políticas. Esta labor colosal está en manos de las clases trabajadoras.[13]

¿Para qué entonces servía el Partido Socialista? Toda la lucha quedaba reducida al más vulgar de los economicismos.

Albizu no dejó de poner el dedo sobre una fea llaga: **la falta de declaración política era un forma de hacer política.** "El Partido Socialista de antemano sanciona el *status quo*." Inmediatamente añade: "Extraña ironía que el partido que pretende defender a las masas de la explotación capitalista es el más ardiente defensor del régimen que sostiene y fomenta esa misma explotación." (Tomo I, pág. 68).

Albizu no era marxista. No es cuestión de bautizarlo hoy lo que no fue ayer. Pero era un demócrata-revolucionario y afirmaba sin titubeos que el economicismo del Partido Socialista impedía que los obreros pudieran elaborar un programa anti-imperialista que atestara un golpe al corazón mismo del sistema que los explotaba de la forma más ruda e inhumana. Y no se trataba solamente de Albizu. José Lameiro y Enamorado Cuesta, como muchos otros nacionalistas, vieron el problema con claridad.[14]

Hemos visto que el nacionalismo no teme las movilizaciones obreras. Si critica al Partido Socialista es porque le exige que sea revolucionario, que no use la bandera socialista para traicionarla, apoyando al imperialismo, sino para combatirlo consecuentemente. Sin ninguna ambigüedad así lo expresa lapidariamente el nacionalista Martín Avilés Bracero en enero de 1934,

13 "En Puerto Rico los partidos están llamados a fracasar", *El Mundo*, 15 de mayo de 1927, pág. 1.

14 Véase, por ejemplo, de Enamorado Cuesta, "No hay redención obrera fuera del nacionalismo".

en pleno conflicto huelgario: "El socialismo en las colonias ha sido siempre una organización anti-imperialista. En nuestro país es todo lo contrario."[15] Avilés Bracero continúa haciendo una evaluación incontestable sobre el socialismo puertorriqueño. "Claro es que el llamado socialismo de Puerto Rico sólo se significa por su servil e incondicional propaganda a favor del régimen imperialista norteamericano. No tiene analogía alguna con ningún movimiento auténticamente socialista del mundo." A pesar de reconocer diferencias entre el marxismo y el nacionalismo, Avilés Bracero destaca los puntos comunes entre ambos. Cita a Lenin precisamente para destacar un punto de convergencia: el derecho de las naciones a la autodeterminación. Termina su artículo exaltando la rebelión proletaria. "La apoteosis de la historia portorriqueña se acerca."

Todavía más claro resulta el contraste entre la política nacionalista y la política socialista si ampliamos mínimamente la perspectiva histórica. En 1924, diez años antes de la crucial huelga cañera de 1933-1934, se fundó, por un lado, la Alianza Puertorriqueña, compuesta por el Partido Unión y el Partido Republicano, y por otro lado, la Coalición compuesta por el Partido Socialista y el ala disidente del Partido Republicano. Albizu abandonó entonces al Partido Unión, para ingresar al Partido Nacionalista. Nos fijaremos en un aspecto clave de su actitud frente a la Alianza. Para ello veamos un fragmento del *Manifiesto* lanzado al país por Antonio R. Barceló y José Tous Soto en marzo de 1924.

> Hemos mencionado solamente en este manifiesto los partidos históricos, porque el Partido Socialista surgió a la vida pública, a juzgar por las

15 "Socialismo y nacionalismo", *El Mundo*, 28 de enero de 1934, pág. 4.

declaraciones de sus propios *leaders*, con sólo el nombre de socialista, pero siendo de hecho una modalidad del trabajo organizado, una faz de las actividades de la American Federation of Labor en el campo de las luchas partidaristas habiendo nutrido sus falanges con elementos reclutados en las filas de los partidos históricos. Traducidas en leyes gran parte de las aspiraciones legítimas del trabajo y dispuestos los partidos históricos a continuar la fecunda labor de elevar, dignificar y reconocer las prerrogativas y demandas del obrero, la Federación Americana del Trabajo en Puerto Rico debe escoger entre retornar al puesto neutral y de balance que ocupa la American Federation of Labor en el continente, cooperar a este movimiento patriótico, o definirse claramente como un partido de clase con tendencias radicales. La cooperación, el consejo, la intervención discreta, el apoyo y las iniciativas de la American Federation of Labor así como de las demás organizaciones del trabajo, son necesarias, y aceptamos *a priori*, para la solución rápida, eficaz y sabia de todos los problemas económico-sociales de la Isla.[16]

¿Qué posición adoptó Albizu ante la exclusión del Partido Socialista? Consideró que había sido un grave error que "echara abajo el noble fin que se persigue, y en lugar de consolidar a la Patria en una hermosa unidad, surgirán divisiones más hondas para perjuicio del país." (Tomo I, pág. 25). Pero su actitud no se reduce a señalar un error, sino que dirige a Barceló un nuevo plan para la formación de la Alianza, que incorpora al Partido Socialista y presenta el programa que debería seguir la Alianza, que fue el mismo adoptado

16 Reece B. Bothwell González, *Puerto Rico: cien años de lucha política*, Vol. I-1, pág. 430.

luego por el Partido Nacionalista. Ya discutimos el carácter demócrata-revolucionario de dicho programa. Ahora sólo interesa destacar la diferente posición de Albizu con respecto a Barceló y Tous Soto. Los dos líderes de los llamados **partidos históricos** lo que buscaban era enganchar de forma definitiva el movimiento obrero puertorriqueño a la *American Federation of Labor* y privarlo hasta de su brazo político. Hacen un llamado a la AFL para que fortalezca aún más la política liberal de cooperación con el régimen colonial y para que se preste a liquidar la independencia formal del movimiento obrero a nivel político, reduciendo aún más la lucha obrera al movimiento sindical. Contraria a esta posición pro-imperialista, Albizu creía en invitar al Partido Socialista a un frente democrático anti-imperialista, para provocar su ruptura con la influencia de la AFL

Albizu fue implacable con la Alianza porque lo que pudo ser un avance en la defensa unida de la nacionalidad se transformó en un retroceso histórico. ¿En qué había desembocado la Alianza? "La verdad es que se ha disuelto la Unión de Puerto Rico y el llamado Partido Republicano y se ha constituido un nuevo partido dominado por la plutocracia." (Tomo I, págs. 30-31). Cerrado ese camino Albizu se movió en dirección del resurgimiento nacionalista. "El nuevo nacionalismo será verdadero." (Tomo I, pág. 31).

Falta ver qué hizo el liderato obrero ante la mencionada reorganización política. Tenía varias alternativas: podía abolir el Partido Socialista y limitarse a la lucha sindical a través de la Federación Libre, como pretendía la Alianza; podían entrar en un pacto con el grupo disidente del Partido Republicano, como proponía Martínez Nadal, y hundirse todavía más en una política pro-imperialista; podía acercarse al programa

anti-imperialista propuesto por Albizu para la Alianza, o transformarse en "un partido de clase con tendencias radicales". El Partido Socialista aceptó el pacto electoral con Martínez Nadal propiciando una política electoral de asalto a los puestos de la maquinaria estatal erigida por el imperialismo.

En 1933, Ramón Medina Ramírez, refiriéndose a una carta publicada en *La Correspondencia,* de un líder socialista de Caguas, criticaba duramente la política oportunista del Partido Socialista consumada ya su conquista de los puestos burocráticos del estado colonial.

> El señor Castrillo, como líder socialista, debe saber que uno de los principales postulados del socialismo verdadero (el de Puerto Rico es ridículo) es la "emancipación de los pueblos oprimidos", y que él como socialista está traicionando esos principios con solo el hecho de militar en un partido de medros e intrigas presupuestales que es una burla en una Patria intervenida.[17]

Ante la traición consumada del liderato obrero y ante su corrupción escandalosa, puesta de manifiesto en 1934 durante el importante conflicto huelgario de los obreros de la caña, no debe sorprender que las masas obreras hubieran recurrido al nacionalismo, ni tampoco que sus líderes hubieran respondido de la forma que lo hicieron. Tampoco puede sorprender, después del análisis nacionalista sobre el unionismo, la clarividencia con que el nacionalismo comprendió la aparición del nuevo Partido Popular hacia fines de la déca-

17 " 'Sepa Castrillo que el Partido Nacionalista ha sido esa fraternidad', dice Medina Ramírez", *La Correspondencia,* 23 de agosto de 1933, pág. 5.

da del treinta.

Razón le sobraba al nacionalismo para establecer el parentesco entre el nuevo partido y el viejo Partido Unión. Así lo hizo con ejemplar claridad Ramón Medina Ramírez, presidente interino del Partido, en 1941:

> Ya hubo un partido colonial que se mantuvo por veinte largos años disfrutando del presupuesto, usando esa táctica de Jano. Aquel partido nació a la vida al grito de independencia, y obtuvo grandes mayorías con la prédica fervorosa de algunos de sus hombres en favor de nuestra soberanía nacional. Sin embargo, la mayoría de sus líderes se presentaban al pueblo como muy puertorriqueños, mientras ante el imperio se arrodillaban como campeones de la yanquización y el entreguismo. Era una organización de dos caras, que logró mantener el mayor número de puertorriqueños agrupados para no hacer nada, pero que dejaba hacer a los intereses imperialistas. Para ello abarcó en su programa todas las finalidades políticas, las que se anulaban mutuamente. Ahora acaba de nacer otro partido, también al grito de independencia y justicia social para nuestro pueblo. Este, que sigue las huellas de aquel, con los mismos propósitos e idénticos fines de lucro, para poder agrupar a los hombres de todas las tendencias, dejó por fin a su programa huérfano de todas las finalidades políticas.[18]

18 *Verbo encadenado*, págs. 66-67.

XV. EL PARTIDO NACIONALISTA Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Para comprender la posición del Partido Nacionalista ante la segunda guerra mundial, nos fijaremos principlamente en las expresiones de su presidente interino Ramón Medina Ramírez. Nos parece necesario discutir este punto porque constituye una interesantísima expresión del punto de vista demócrata-revolucionario de su partido. Sabido es que antes de comenzar la segunda guerra mundial ya el imperialismo había reprimido duramente al Partido Nacionalista. Su presidente, así como otros importantes dirigentes del partido, se encontraba encarcelado. ¿Cuál era la posición de Albizu frente a la guerra mundial? Aunque no hemos podido conseguir documentos que la expresen, no existe ninguna razón para dudar que ésta no coincida con la posición adoptada por Medina Ramírez. Pero antes de entrar directamente a discutir la posición nacionalista, resulta esclarecedor ampliar mínimamente la perspectiva histórica desde el punto de vista del socialismo revolucionario.

Por ello retornaremos brevemente a la primera guerra mundial. Vale la pena recordar las expresiones vertidas por la Internacional Comunista en su primer congreso, ya que constituyen una crítica implacable a la política imperialista de las "democracias" burguesas.

> Las experiencias de la guerra mundial desenmascararon la política imperialista de las "democracias" burguesas como la política de lucha de las grandes potencias tendiente al reparto del

> mundo y a la consolidación de la dictadura económica y política del capital financiero sobre las masas explotadas y oprimidas. La masacre de millones de vidas humanas, la pauperización del proletariado sometido a esclavitud, el enriquecimiento inusitado de los sectores superiores de la burguesía gracias a las provisiones de guerra, a los empréstitos, etc., el triunfo de la reacción militar en todos los países, todo esto no tardará en destruir las ilusiones respecto a la defensa de la patria, la tregua y la "democracia."[1]

Se trataba de una guerra entre países imperialistas con el objetivo de reorganizar mediante la fuerza su control sobre el mundo: Alemania, Austria y otros países como Inglaterra, Francia, Rusia y los Estados Unidos. Lo que esta guerra ofrecía a los pueblos colonizados era, en el mejor de los casos, un cambio de amo. Las diferentes burguesías presentaron su lucha como una lucha por la democracia, la raza o cualquier otro ideal. ¿Qué podían ganar en esta lucha los obreros de los países imperialistas? Por otro lado, ¿qué podían ganar los pueblos oprimidos? Veamos un juicio de Lenin sobre este punto:

> La época del imperialismo es aquella en la cual el mundo es repartido entre las "grandes" naciones privilegiadas que oprimen a todas las demás. Las migajas del botín obtenido como resultado de estos privilegios y esta opresión van a parar, sin duda alguna, a ciertas capas de la pequeña burguesía y de la aristocracia de la clase obrera, así como de su burocracia.[2]

1 *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Primera Parte, pág. 70.

2 *Obras Completas*, "La bancarrota de la II Internacional", Tomo

Las masas explotadas de los pueblos oprimidos nada tienen que ganar de la dominación imperialista. La cuestión es diferente en lo que se refiere a la situación de los obreros en los países imperialistas. La burguesía imperialista tiene un gran interés en su victoria militar sobre otras burguesías. La explotación a que somete a buena parte del mundo le permite hacer concesiones materiales a sectores del proletariado y, sobre todo, a su liderato, en los países avanzados. Los privilegios de estos sectores del proletariado se obtienen del botín extraído a los pueblos oprimidos por la burguesía imperialista. De esta forma sectores del proletariado se convierten en defensores de la política imperialista. No puede entonces olvidarse la crítica de Lenin a los renegados líderes socialistas que "engañan notoriamente a los obreros cuando repiten la interesada mentira de la burguesía de todos los países, que se desvive por presentar esta guerra imperialista, colonial y de rapiña como una guerra del pueblo, una guerra defensiva..."[3]

Un representante típico de esa burocracia sindical, que repetía el punto de vista burgués sobre la primera guerra mundial, fue Samuel Gompers, presidente de la AFL, quien decía a Santiago Iglesias, en 1918, lo siguiente: "Los asuntos fundamentales por los cuales estamos luchando son aquellos que dan oportunidad y sentido a las vidas de los trabajadores. La guerra es una lucha entre los principios fundamentales de la autocracia y los principios de la democracia."[4] La AFL actuó diligentemente para ayudar a la burguesía imperialista

XXII, pág. 319.

3 *Ibid.*, pág. 307.

4 Sinclair Snow, *The Pan-American Federation of Labor*, Duke University Press, North Carolina, 1964, págs. 30-31. Esta, y todas las citas subsiguientes de esta obra fueron traducidas por el editor.

estadounidense en la guerra. Un ejemplo muy revelador de esta política pro-imperialista de la AFL fue su interés de intervenir en la política de México, con el objetivo de alterar la posición neutral que en 1917 y 1918 había adoptado el gobierno de Venustiano Carranza. En esta vergonzosa tarea participó el Gompers de la política puertorriqueña: Santiago Iglesias.

> Los comisionados nombrados de la AFL fueron John Murray, Santiago Iglesias, y James Lord (...) El propósito aparente de la misión era continuar la labor ya comenzada hacia la formación de la *Pan-American Federation of Labor*; pero su objetivo real, según lo reveló más adelante un informe confidencial de la comisión, era forzar a Carranza, a través del movimiento obrero mexicano, a abandonar su posición neutral con relación a la guerra.[5]

La AFL y más tarde la Federación Panamericana del Trabajo, defendían para Hispanoamérica la libertad de expresión, de prensa, de reunión, el establecimiento de regímenes democráticos, la existencia legal de los sindicatos, y pretendían convencer a los obreros de esos países para que dieran su apoyo a la burguesía estadounidense en su lucha y en su política exterior "democrática". No es extraño que la Federación Panamericana del Trabajo fuera en gran medida financiada por el gobierno de Estados Unidos, o por algunas de sus figuras máximas, como fue el caso, por ejemplo, del Presidente Wilson.

> Aparentemente, tanto Gompers como Wilson, decidieron no hacer pública la conexión del Presi-

5 *Ibid.*, pág. 37.

dente con la PAFL. Ese tipo de publicidad hubiera sido desastrosa, ya que hubiera convalidado la acusación de los germanófilos de México de que el movimiento estaba respaldado por el gobierno de los Estados Unidos.[6]

La tarea de la AFL en Hispanoamérica tenía un perfil clarísimo: convencer a los obreros de que la democracia a que aspiraban sería obtenida en alianza con el imperialismo estadounidense, enganchando así sus aspiraciones democráticas al carretón de la política imperialista. ¿No fue inteligente acaso la medida de Gompers para lograr este objeto pro-imperialista? "Su primera acción fue nombrar a Santiago Iglesias como el representante oficial de la AFL a los movimientos obreros de América Latina."[7] Mensajero de la dirección de la AFL, totalmente entregado a la política de la burguesía imperialista norteamericana, ese fue el puesto de honor que Santiago Iglesias se ganó por su trabajo en Puerto Rico desde 1898 hasta 1918.

En vista de que el núcleo de la ideología pro-imperialista era la defensa de la "democracia" es necesario recordar que Lenin pensaba que los horrores de la guerra dejarían al descubierto lo que escondía la fraseología democrática del imperialismo. No viene tampoco mal retomar unas palabras de Albizu donde recogía unas enseñanzas fundamentales derivadas de la experiencia de la primera guerra mundial.

> A combatir las dictaduras deben aprestarse todos los hombres liberales. Las dictaduras, (civiles o militares), representan un salto atrás; son la rémora de los pueblos, la vergüenza del siglo XX; es el

6 *Ibid.*, pág. 45-46.
7 *Ibid.*, pág. 60.

> mentís más cruel que ha podido dársele a la matanza humana llevada a cabo en la última conflagración mundial por salvar, (según creíamos algunos ilusos), la Democracia y la Libertad del mundo. Y la Democracia, ya se ha visto: fue vulnerada y la Libertad, atropellada, ultrajada, violada sin escrúpulo de ningún género. (Tomo I, pág. 46-47)

Y no puede caber ninguna duda que la perspectiva del nacionalismo sobre el imperialismo tenía un fundamento internacional. Por tanto, las luchas anti-imperialistas se desplegaban también en un contexto internacional. Así lo expresaba elocuentemente Albizu en 1930:

> La independencia de una nacionalidad no depende de sus relaciones exclusivas con el poder que la sojuzga. Es la resultante del equilibrio internacional. Cuando éste favorece al opresor, continúa el coloniaje; cuando el equilibrio internacional está contra el imperio, éste se ve obligado a su reconcentración para su propia defensa, y la retirada de sus fuerzas de la colonia, deja a ésta en libertad de acción para organizar el Estado soberano e independiente. (Tomo I, pág. 134)

¿Qué consecuencias sacaba el nacionalismo de este punto de vista? Nada menos que la afirmación de una lucha consecuente anti-imperialista, que pudiera dar el **golpe efectivo** precisamente cuando la situación internacional se le presenta más difícil al imperio. De lo contrario, se corre el grave peligro de pasar de las garras de un imperio a otro. Albizu tampoco deja margen de duda sobre este punto crucial de su pensamiento político.

> Por esa razón, toda nacionalidad bajo imperio exótico, tiene que recurrir a su organización en todos los órdenes, en la presencia misma del invasor, para darle el golpe efectivo cuando la situación internacional se presente difícil para el opresor.
>
> En una palabra, la colonia no puede cruzarse de brazos, sin definirse bajo el imperio mismo y sin organizarse, porque correría el riesgo de pasar a ser botín de guerra, de un coloniaje a otro coloniaje. (Tomo I, pág. 134)

¿Acaso la segunda guerra mundial no le presentó a Estados Unidos una situación difícil? El imperialismo alemán, italiano y japonés, intentaba reorganizar a la fuerza las relaciones entre los diferentes imperios. Y particularmente en este conflicto **cobró un auge extremo la ideología que reducía la guerra a un conflicto entre la democracia y el fascismo.** La existencia de la Unión Soviética y la política de los partidos comunistas estalinistas abonó el terreno para la predominancia de esta ideología. León Trotsky llamó la atención sobre este punto, poniendo énfasis en el núcleo del asunto. Se trataba de una guerra entre dos tipos de imperialismos. "Una guerra moderna entre las grandes potencias no significa un conflicto entre democracia y fascismo, sino, más bien, una lucha entre dos imperialismos por una nueva repartición del mundo."[8]

Si la distinción entre democracia y fascismo, como tal, es falsa, precisamente por esconder el aspecto principal de la guerra, producto de conflictos inter-imperialistas, de ello se deriva, al igual que en la primera gue-

8 *Writings of Leon Trotsky 1933-34*, Pathfinder Press, New York, 1972, pág. 307. Esta y todas las citas subsiguientes de esta obra fueron traducidas por el editor.

rra mundial, que los países coloniales y semicoloniales "tienen que luchar, antes que nada, contra el país imperialista que directamente los oprime, no importa si lleva disfraz de fascismo o democracia."[9] La posición trotskista no era otra cosa que la continuación de la política leninista durante la primera guerra mundial. Vale la pena recordarla porque nos ayuda a comprender el carácter revolucionario de la posición del Partido Nacionalista de Puerto Rico.

Ya vimos que el liderato nacionalista —incluyendo a su presidente Pedro Albizu Campos— había sido encarcelado antes de comenzar el conflicto mundial. Según Medina Ramírez el encarcelamiento se debió a la acción concertada de "los magnates azucareros" y las autoridades imperialistas de Estados Unidos.[10] Fiel al ideario albizuísta, que postulaba la organización de la patria para lanzarla a la lucha decisiva cuando el imperio se debilitase, ofrecía una visión coherente del imperialismo y de la guerra mundial:

> El mundo había progresado materialmente en proporciones insospechadas, y a medida que se ensanchaba en dimensiones materialistas, en esa misma proporción disminuía su potencialidad moral.
>
> Como consecuencia, el capitalismo organizado y sin entrañas que se dedicaba a la inhumana tarea de la explotación en sus respectivos países, establecía a la vez sistemas de gobierno que permitían la injusticia social más inicua y criminal que había visto la historia humana.
>
> Este sistema de latrocinio, internamente lega-

9 *Ibid.*, pág. 27.

10 *Verbo encadenado*, pág. 27. Debido a que a continuación citaremos repetidamente este libro, nos limitaremos a poner la página una vez finalizada la cita.

> lizado, empujó lógicamente, a esas naciones a la piratería internacional. Así se organizaron los grandes imperios, que habían apresado ya entre sus garras a la mayor parte del Orbe. Como era natural, sus intereses desmedidos tuvieron que chocar algún día, y he ahí el caos de esta guerra que amenaza con tragarse el mundo. (pág. 58)

¿Qué decía Medina Ramírez sobre la decantada ideología que reducía la guerra a un conflicto entre democracia y fascismo? El Partido Nacionalista había internalizado las enseñanzas de la primera guerra mundial, como las señalara Albizu en 1927. Con nuevas razones reiteraba Medina Ramírez la posición albizuísta en 1941 cuando afirmaba lo siguiente:

> La lucha actual está alejada de toda norma de razón y se concreta a una simple disputa imperialista por el predominio del mundo. (...) tan falso es, pues, el argumento de los imperios llamados totalitarios en el sentido de que pelean por dotar al mundo de un sistema social mejor, como el de los imperios llamados democráticos de que quieren salvar al mundo para la democracia. Es obvio para todos los hombres que piensan, que si los imperios DEMOCRATICOS no ha realizado invasiones en naciones más débiles en los últimos tiempos para someterlas por la fuerza no es porque sean mejores, sino porque no han tenido aún esa necesidad. Lo confirma el trato de Inglaterra para con la India y de los Estados Unidos de Norte América para con Puerto Rico. (pág. 59)

Por tanto, no era cuestión de aliarse con un imperialismo para luchar contra otro, en nombre de la democracia. La tarea de los revolucionarios demócratas era

vista por Medina Ramírez como una de lucha contra **todo imperialismo**. "El imperialismo toca a su fin. Esta misma guerra que está asolando a la humanidad, puede ser el inicio de la liquidación del imperialismo, porque el mundo tiene que darse cuenta de que son los imperios los que lo arrastran a esas salvajes matanzas." (pág. 76). Las palabras contundentes de Medina Ramírez no dejan espacio a esas asociaciones espúreas que posteriormente se han intentado establecer entre el nacionalismo y el fascismo. Como en alguna medida podría alguien también reducir la lucha anti-imperialista del Partido Nacionalista con un anti-norteamericanismo a secas, vale la pena tomar en consideración otras observaciones hechas por Medina Ramírez cuando regresó de la cárcel de Atlanta el nacionalista Julio H. Velázquez, en junio de 1940. "Nosotros, por otra parte, no somos enemigos de los Estados Unidos (...) Nosotros somos enemigos del gobierno de los Estados Unidos implantado en Puerto Rico, como lo seríamos del inglés, del japonés o del alemán, si estos fueran los que detentaran la soberanía nacional de nuestra Patria." (pág. 48)

Podemos ver ahora el perfil de la cuestión con toda nitidez. La burguesía de Estados Unidos presentó su lucha en ambas guerras mundiales como una lucha por la democracia. El liderato de la AFL y Santiago Iglesias, entre ellos, la ayudaban en ese intento. Como para Iglesias y para el liderato de la FLT la democracia no iba más allá de reformas liberales compatibles con el imperialismo, era perfectamente lógico marchar al lado del imperialismo en la lucha por la democracia. Por el contrario, el Partido Nacionalista dirigido por Albizu nunca se planteó la democracia desde el punto de vista de las reformas liberales sino que vio en éstas un método de opresión y una burla a la verdadera democracia.

Para el nacionalismo, la igualdad de las naciones, el fin del colonialismo y de la opresión nacional, además de la liquidación del control extranjero sobre la economía nacional, eran aspectos determinantes de la lucha democrática. La lógica del nacionalismo lo llevaba a afirmar que **quien fuera demócrata no podía apoyar a imperio alguno.** Con esta implacable lógica el demócrata Medina Ramírez criticó un discurso de Bolívar Pagán donde ofrecía "la sangre de los puertorriqueños para que sea derramada en defensa de la democracia", y con toda razón decía: "yo no sé a ciencia cierta a qué democracia se refiere el señor Pagán". (pág. 43)

Si Estados Unidos se proclamaba campeón de la democracia en el mundo, tenía el deber de comenzar por reconocer todos los derechos democráticos de los puertorriqueños.

> ¿Qué concepto de la libertad y la democracia es el que tiene el imperio norteamericano? ¿Por qué la libertad y la independencia que ellos dicen defender en todas partes del mundo, porque es buena para todos los pueblos de la tierra ¿no ha de ser buena también para Puerto Rico? (págs. 71-72).

Es absurdo, razona Medina Ramírez, decir que un imperio lucha por la democracia, si los imperios se establecen a través de la violación de los derechos democráticos de los pueblos. Y con un elegante ejemplo explica sus razones, no sin exponer toda la hipocresía de los imperialistas más encubiertos:

> Precisamente cuando leía en estos mismos días las declaraciones del Presidente Roosevelt, ofreciéndole aviones y cañones y hasta hombres a todos los pueblos invadidos de Europa, porque esos pueblos tienen el sagrado deber de defender su inte-

> gridad nacional, me sentí tentado a enviar un cablegrama al referido mandatario, diciéndole que Puerto Rico también había sido invadido desde el 1898 y lo continuaba aún por unas tropas que se hacían pasar por norteamericanas y que nosotros también necesitábamos de esa cooperación que él ofrecía para echar de nuestro territorio a los bárbaros invasores. (pág. 72)

En 1940, como si estuviera contestando no sólo a los distorsionadores de aquel momento, sino a toda una hilera de distorsionadores futuros, aclaraba Ramón Medina Ramírez lo siguiente:

> Y no se quiera tergiversar nuestras palabras en el sentido de que nosotros somos enemigos de la democracia. No; si alguna organización en el mundo anhela la existencia plena de la democracia, esa es el Partido Nacionalista de Puerto Rico. Ello se explica claramente en el hecho, de que la democracia implica igualdad absoluta entre los pueblos y los hombres. La verdadera democracia no habría de permitir la existencia de hombres esclavos y hombres libres como tampoco la de pueblos oprimidos y pueblos opresores. El Nacionalismo Puertorriqueño no tendría razón de existir en un régimen democrático, porque no tendría objetivo que cumplir cuando no hubieran pueblos sojuzgados en América. La democracia es la finalidad suprema del Partido Nacionalista, ya que ella implicaría el reconocimiento absoluto de la soberanía de Puerto Rico. (pág. 43)

Según Medina Ramírez la democracia implicaba la soberanía nacional. Pero el reconocimiento de la soberanía de Puerto Rico exigía la derrota del imperialismo. La democracia y el imperialismo eran fuerzas opuestas

para el nacionalismo porque éste no era un movimiento liberal, sino un movimiento demócrata-revolucionario. El nacionalismo no temía morir luchando por la democracia.

> Si los imperios democráticos quieren convencerse de esta verdad, que hagan buena su democracia en Puerto Rico. Que reconozcan nuestra independencia y confíen en que moriremos peleando en defensa de la democracia americana, contra todos los imperios del mundo que pretendan violarla, hollando con su planta invasora nuestro territorio nacional. (pág. 44)

El nacionalismo no estaba dispuesto a pactar con el imperialismo y fundamentaba su posición en el carácter demócrata-revolucionario de su movimiento. No concebía la guerra entre Estados Unidos y Alemania como una entre democracia y fascismo. Era una guerra entre dos imperios. Para Medina Ramírez, el gobierno alemán que invadía a sus países vecinos era imperialista, como también lo era el gobierno de Estados Unidos que sojuzgaba a Puerto Rico. La lucha democrática requiere adoptar una posición independiente de ambos y no recubrir la lucha en uno de los dos imperios como lucha democrática. Si los imperios "democráticos" como Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, pretendían que India, Puerto Rico, Vietnam, etc., les ayudaran en la lucha antifascista tenían que comportarse democráticamente con las colonias, concediéndoles la independencia, reconociendo la igualdad de los pueblos. Sólo de esta forma obtendrían las colonias una demo cracia para defender en una guerra. De no ser así, ninguna colonia debía apoyar a ningún imperio, mucho menos al que la oprimía directamente. Y como el im-

perialismo estadounidense no daba muestra de democratización, el nacionalismo se negaba a apoyarlo en la guerra, de la misma forma que no apoyaba al fascismo. Coherente con esta visión de la guerra era la visión que Medina Ramírez tenía de los nacionalistas.

> Un grupo de hombres dió el alto al vandalismo en marcha entablándose la pelea. Esta es desigual pero la nivela la justicia de nuestra causa. Es una pelea entre la verdadera y la falsa democracia. Una pelea entre bandidos a quienes importa mucho ocultar su identidad, y unos cuantos hombres honrados que pelean de cara al sol, orgullosos de que el mundo los contemple combatiendo por su derecho. (pág. 61)

Era necesario insistir en el carácter democrático y anti-imperialista de la posición nacionalista, debido al predominio que tuvo en Puerto Rico, e incluso a nivel internacional, la ideología de la burguesía imperialista de Estados Unidos, identificando su lucha con la defensa de la democracia. Todavía hoy día relumbran los chispazos de esta ideología en los ataques infundados contra el nacionalismo. Medina Ramírez insistió en este punto.

> ¿Buscan acaso otras quintas columnas en Puerto Rico? ¿Son rusas? ¿Son inglesas? ¿Son alemanas? ¿Son italianas? ¿Son japonesas? (...) En nuestras filas no existen las "quintas columnas". Nosotros somos la primera columna en defensa de los intereses de nuestro pueblo, en defensa de la independencia de nuestra Patria; pero no estamos dispuestos a servir de mingo a ningún imperio bajo el sol. Somos francamente antimperialistas... (pág. 47)

Así hablaba el nacionalismo puertorriqueño como movimiento anti-imperialista, demócrata-revolucionario, para quien la lucha contra el imperialismo era una cuestión de principios que no se abandona en tiempos de guerra. Una posición que por su carácter democrático consecuente estaba incluída en la posición asumida por el revolucionario marxista, León Trotsky. Decía éste con respecto al caso colonial de la India: "En la India ese enemigo sobre todo es la burguesía británica. El derrocamiento del imperialismo británico asestaría un golpe terrible a todos los opresores, incluyendo a los dictadores fascistas."[11] Y precisamente el caso de India bajo el imperio "democrático" inglés le servía a Medina Ramírez como punto de comparación con el caso de Puerto Rico bajo el imperio "democrático" estadounidense.

> En India, después de un año de haber entrado en guerra despiadada el imperio británico, y con una población indígena de más de 300 millones de habitantes, hay alrededor de cuarentisiete mil patriotas presos por no registrarse en la conscripción militar para prestar su concurso al régimen en esta guerra imperialista. (pág. 65)

La enseñanza que se derivaba de esta comparación era central para el nacionalismo ya que su política encontraba una dimensión mundial en momentos en que se veía acosado y acorralado por el imperialismo de Estados Unidos. "Esto hace, señores, que el Nacionalismo Puertorriqueño haya traspasado los límites territoriales en que se pretendía mantenerlo encerrado, y juegue un papel de trascendental importancia en los destinos del mundo." (pág. 65)

11 *Writings of Leon Trostky 1938-39*, 1973, pág. 28.

En una serie de cartas y artículos de 1938, que aparecieron originalmente bajo la firma de Diego Rivera, León Trostky criticaba al líder peruano Haya de la Torre no porque no fuera socialista o comunista, sino por no ser demócrata-revolucionario, por no ser demócrata consecuente. Lo criticaba por no luchar por la democracia contra el imperialismo, por plegarse a la política del imperialismo estadounidense y decir que éste lucha por la democracia, por abandonar la lucha contra el imperialismo para defender la "democracia" y así vaciar la democracia de su contenido revolucionario. "Para Haya de la Torre, Estados Unidos existe sólo como 'guardián de la libertad'; vemos en ese país el peligro más inmediato, y en un sentido histórico, el más amenzador."[12]

Refiriéndose a la intervención estadounidense para "defender" a cualquier país latinoamericano del imperialismo alemán o japonés, añadía Trotsky que "todo acto de 'defensa' de ese tipo implicaría una reducción total a la esclavitud del país 'defendido' por los Estados Unidos."[13]

Nos viene a la memoria una afirmación hecha por Albizu en 1930: "Nación protegida, nación agredida por el supuesto protector. Tal es el aforismo de la vida internacional". (Tomo I, pág. 127)

A Medina Ramírez no se le escapaba la importancia de toda América Latina en la lucha anti-imperialista. Cualquier alianza con el imperialismo sería una alianza entre el lobo y las ovejas que le abriría un ancho camino a Estados Unidos para intervenir en la vida interna de esos pueblos. Establecía como principio fundamental no caer del lado de cualquiera de los bandos. Una alian-

12 *Ibid.*, pág. 101.
13 *Ibid.*, pág. 102.

za sin principios con un imperialismo en contra de otro, identificándolo con la democracia, no era otra cosa que fortalecer al imperialismo. Esto era imperdonable en un momento de crisis.

> Porque lo cierto es que el imperio norteamericano está amenazado de muerte y quiere tomar de báculo y escudo a nuestra América. ¡Momento precioso para liquidar viejas cuentas y establecer el orden en el Continente colombino! Y nosotros somos parte importantísima de este Continente. (pág. 53)

Para Medina Ramírez la guerra mundial hace posible el fin del imperialismo, porque los pueblos descubrirán que éste es el causante de la guerra. Con el levantamiento de las colonias y neocolonias contra sus opresores, no con la victoria de un imperialismo sobre otro, acabaría la "rapiña imperialista". Es la posición democráta-revolucionaria frente a la guerra. No se trata de una posición comunista. El nacionalismo o al menos la mayoría de los nacionalistas no entendía el concepto de internacialismo proletario. No llamaban a que los obreros de los países imperialistas se negaran a pelear contra los otros imperios en interés de su burguesía. Llamaban a que los países coloniales y oprimidos no apoyaran al imperialismo. Eran nacionalistas anti-imperialistas, no revolucionarios proletarios.

Arturo O'Neill, por ejemplo, un portavoz nacionalista, no entendía la política del internacionalismo proletario. No la entendía porque usaba las categorías de su nacionalismo revolucionario para analizar el conflicto entre naciones imperialistas.

> El hecho de que la defensa nacional está por encima de los intereses de clase quedó demostrado en

la última guerra. Los socialistas, luego de un momento de dubitación se aprestaron a la defensa de sus patrias respectivas, y sabe el señor Iglesias que la actitud pacifista de Jean León Jaurés, que se estimó peligrosa para los intereses patrios, fué lo que determinó su asesinato por un fanático de la causa nacional en una acera de París. Y sabe también el señor Iglesias que Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron dos agitadores socialistas alemanes cuyas exaltaciones imprudentes en momento delicadísimos, de crisis en su patria, determinaron motines de que ellos mismos fueron víctimas.[14]

O'Neill ve como confirmación de los postulados nacionalistas la bancarrota de la Segunda Internacional, o sea, el hecho de que los partidos socialistas de Europa apoyaran a sus burguesías durante la guerra en vez de continuar la lucha coordinada e internacional por la revolución y contra la guerra. Esto es inevitable, afirma la lógica nacionalista, Luxemburgo se estrelló contra el espíritu nacionalista. Sin embargo, con esa misma lógica, que en este punto los opone al internacionalismo obrero, se niegan los nacionalistas, por patriotismo, a apoyar a cualquiera de los poderes imperialistas. Es decir, adoptan, frente a los poderes imperiales, la misma posición que Luxemburgo, Lenin, Trotski y los otros internacionalistas obreros: niegan su apoyo a todos los imperios. El pequeño-burgués nacionalista Arturo O'Neill y la proletaria internacionalista Rosa Luxemburgo tienen un enemigo común en el imperialismo. El error de O'Neill está en pensar que el nacionalista alemán y el puertorriqueño **son la misma cosa.** De

14 Arturo O'Neill, "Un socialismo como el que se predica en Puerto Rico carece de autoridad para hablar en contra de ese capitalismo al cual está asociado", *El Mundo,* 15 de junio de 1931, pág. 3.

hecho, el nacionalista alemán, al igual que el americano, el francés y el inglés, etc., es el mayor enemigo de Rosa Luxemburgo y de la liberación de las colonias; de otro lado el nacionalista del país colonial y Rosa Luxemburgo tienen un enemigo común: el imperialismo. La victoria del proletariado del país imperialista traería el fin inmediato del colonialismo, de la opresión nacional, al igual, la victoria de la rebelión colonial debilitaría a la burguesía imperialista acercando el día de su derrocamiento por los obreros.

La política del patriota Medina Ramírez en la guerra era luchar contra **todo** poder imperial. Denunciaba la guerra como guerra de rapiña, como un choque de bandidos, y se proponía debilitar a todos los imperios llamando a los pueblos coloniales a que se rebelaran contra todos los imperialismos: el inglés, el americano, el francés, el alemán. Puede que O'Neill y Medina Ramírez no supieran que eso mismo decían, en su lucha contra el nacionalismo americano, alemán, francés e inglés, los internacionalistas de los países imperiales, pero al comportarse como demócratas-revolucionarios consecuentes, al negar todo apoyo al imperialismo, al tratar de "liquidar viejas cuentas" con él, como decía Medina Ramírez, los nacionalistas debilitaban al enemigo de Lenin, Trotski, Luxemburgo y Liebknecht. De ahí que Trotski fustigara a Haya de la Torre, el líder peruano. Le advertía que el dar apoyo al imperialismo, al aliarse con éste, al convertirlo en fuerza democrática, cesaba de apoyar a los obreros revolucionarios del país imperialista y apoyaba al gobierno burgués que los perseguía. En vez de aliarse con los revolucionarios que quieren asegurar la liberación del Perú, se alía con el imperialismo que sojuzga al Perú, en nombre de una lucha por la democracia. Trotski le pide que sea demócrata-revolucionario, que le exija democracia al imperialis-

mo para que entonces los obreros revolucionarios puedan defenderlo y lo consideren un aliado. El nacionalismo puertorriqueño no planteaba una alianza con los obreros del país imperialista, pero no planteaba tampoco una "alianza democrática" con el imperialismo. Eran demócratas-revolucionarios, y el revolucionario proletario podía defenderlos, porque no pactaban con el imperialismo, porque su lucha fortalecía la de los obreros. En ese contexto es un detalle importante y honroso el reconocimiento que concediera al nacionalismo puertorriqueño el dirigente del Soviet de Petrogrado en 1905, el organizador, junto a Lenin, de la insurrección de octubre en Rusia, el forjador del ejército rojo que derrotara a los ejércitos imperialistas que intentaron derrocar el primer estado obrero. Decía León Trotski sobre el Congreso Contra la Guerra y el Fascismo celebrado en México en 1938: "Los representantes de APRA en el congreso de septiembre contra la guerra y el fascismo han asumido, hasta donde yo puedo juzgar, una posición valiosa y correcta, junto a los delegados de Puerto Rico."[15] Y hacía una observación parecida en otro artículo suyo: "Todos votaron por resoluciones huecas en relación con la lucha contra el fascismo, pero repudiaron decididamente (exceptuando los representantes de Puerto Rico y de Perú) la lucha contra el imperialismo."[16]

Estos breves comentarios, que en otro contexto podrían parecer insignificantes, recogen un momento de convergencia entre la tradición política del partido de Lenin y la política del partido de Albizu Campos. Es, sin lugar a dudas, un momento importante, **con dere-**

15 *Writings of Leon Trostky 1938-39*, págs. 34-35.
16 *ibid.*, pág. 83.

cho a un puesto en la memoria de la clase obrera puertorriqueña.

CONCLUSION

El imperialismo convirtió a Puerto Rico en un país capitalista subdesarrollado. La penetración económica fue sumamente profunda: generalizó las relaciones capitalistas de producción en prácticamente todo el país. Fue además una penetración contradictoria: mientras cerraba la posibilidad de un desarrollo capitalista independiente impuso un régimen burgués liberal, análogo en muchas de sus disposiciones a la democracia burguesa estadounidense, producto de un desarrollo capitalista orgánico. En este contexto se formó un proletariado agrícola fuertemente influenciado por el atrasado movimiento obrero americano.

Todas estas condiciones conspiraban contra el desarrollo de un poderoso y masivo movimiento demócrata-revolucionario. El Partido Nacionalista fue un movimiento demócrata-revolucionario, portador de una ideología pequeño-burguesa anti-imperialista que luchó por transformar esas condiciones. El nacionalismo de Albizu fue, en su esencia, intachablemente revolucionario. El imperialismo no podía permitir la victoria del programa de Albizu. Más aún cuando Albizu y el nacionalismo preservaron su actitud de no pactar con el imperialismo bajo ninguna circunstancia. Su oposición al imperialismo, y su defensa de un desarrollo independiente de éste, era para ellos una cuestión de principios. No fueron los únicos ciertamente en proponer la industrialización del país, una reforma agraria, la estatización de ciertos servicios públicos, pero fueron los que vincularon estas medidas a la lucha contra el imperio: ni la reforma agraria, ni la industriali-

zación debían ser realizadas por el imperialismo, tenían que realizarse contra el imperialismo. Se trataba de una industrialización y una reforma agraria que expulsara política y económicamente al imperialismo y que superara el subdesarrollo. El nacionalismo no pretendía abolir el capitalismo, pero no concebía tampoco pacto alguno con el imperialismo. Esta posición alcanzó una nítida expresión en la Segunda Guerra Mundial con las expresiones de Ramón Medina Ramírez.

En su lucha contra el imperialismo, por un desarrollo orgánico, el nacionalismo impulsaba un programa que correspondía a los intereses de la clase trabajadora. Más aún: el imperialismo había cerrado el camino a un desarrollo capitalista independiente y sólo la masiva movilización obrera y la ruptura con el capitalismo podía garantizar la expulsión del imperialismo. El nacionalismo no temía a la movilización obrera. El proletariado nunca logró forjar en esa época un liderato que lo dirigiera y movilizara tras un programa antiimperialista, y le plantease al nacionalismo la disyuntiva de continuar con los obreros contra el imperialismo y el capitalismo, o renunciar a su propio programa. El desarrollo de la lucha política de Puerto Rico nos permite afirmar que el nacionalismo era una fuerza revolucionaria. Sin embargo, las dificultades en el desarrollo del movimiento obrero no nos permiten descubrir cuál hubiera sido la primera lealtad del nacionalismo: **su programa anti-imperialista o su defensa del capitalismo.** Sabemos, sin embargo, que el nacionalismo enunciaba posiciones a las que, de negarse a abrazar la causa socialista, tendría que renunciar. El nacionalismo no era, no pretendía ser y nunca ha sido un movimiento socialista, pero su programa requería el socialismo y, de no haber estado dispuesto a aceptarlo, hubiera tenido que separarse de su propio programa, de su

propia lucha anti-imperialista.

Por otro lado, el nacionalismo entrega a los obreros concientes dos elementos que el mismo liderato obrero del país no logró desarrollar. Primero, un profundo concepto de democracia: un concepto revolucionario de democracia que vincula a ésta con un desarrollo capitalista independiente. En la práctica y teoría del nacionalismo, democracia-revolucionaria y liberalismo quedan diferenciados. Segundo, el nacionalismo colocó a la democracia **del lado** de la lucha anti-imperialista. Negó la categoría de demócrata a aquel que, por las razones que fueran, pretendiera pactar con el imperialismo. La independencia a que aspiraba implicaba un desarrollo capitalista independiente y tendría que realizarse contra el imperialismo. No era concebible para el Partido Nacionalista de Albizu Campos hacer concesiones al imperialismo para obtener una independencia formal. Una independencia vacía de contenido, un protectorado, la conversión de Puerto Rico en un país independiente pero intervenido como era, entonces, Cuba, no interesaba al nacionalismo. El nacionalismo no aspiraba al socialismo, pero contrario al Partido Socialista, no pactaba políticamente con el imperialismo para lograr la independencia a la que aspiraba. De ahí su carácter profundamente revolucionario.

Durante la segunda guerra mundial, mientras el Partido Comunista Puertorriqueño apoyaba a los Estados Unidos en la guerra, cuando consideraba esa lucha del imperialismo americano como una lucha por la democracia y cuando llamaba a los obreros puertorriqueños a luchar en el ejército de los Estados Unidos para defender el imperio que los explotaba, el nacionalismo, que no aspiraba al socialismo, continuaba su lucha demócrata-revolucionaria, contra todos los imperios, lucha que complementaba la política inter-

nacionalista contra la guerra del proletariado mundial, como había sido formulada por Lenin en 1914. Del Partido Nacionalista, los obreros no aprenderán socialismo, aprenderán democracia-revolucionaria. **Pero no puede ser buen socialista quien no sea buen demócrata, no puede ser buen socialista quien está dispuesto a pactar con el imperio por cambios formales que éste puede asimilar e incluso promover.**

SOBRE EL TALLER DE FORMACION POLITICA

El Taller de Formación Política es una organización que se ha impuesto como tarea investigar la formación social puertorriqueña, de la manera más rigurosa a su alcance, desde el punto de vista de los intereses históricos de la clase obrera.

Este es el primer trabajo que damos a la luz pública, producto de un esfuerzo colectivo. En la recopilación de la información empírica, y en la discusión e interpretación teórica de la misma, participaron todos los integrantes del Taller. Por esa razón, hemos preferido que figure el nombre de la colectividad como autor de este volumen, sin destacar individualmente los integrantes del proceso.

La composición tipográfica
de este volumen se realizó
en los talleres de
Ediciones Huracán, Inc.
Ave. González 1002
Río Piedras, Puerto Rico.
Se terminó de imprimir el
día 30 de junio de 1982 en
George Banta Co.
Virginia, U.S.A.

La edición consta de
4,000 ejemplares

La cuestión nacional: el Partido Nacionalista y el movimiento obrero puertorriqueño estudia el pasado histórico con la intención de iluminar el presente. El libro está dividido en dos partes. La primera parte tiene como objetivo destacar la importancia que para el desarrollo del modo capitalista de producción tuvo el surgimiento y consolidación de los estados nacionales, relacionando este proceso con la necesidad de la nueva clase dominante de realizar su revolución democrática. Una vez discutidos estos aspectos de la primera gran etapa del capitalismo, se comprenden mejor los límites que el imperialismo le impone a los países que caen bajo su dominio. El problema nacional y los objetivos de la revolución democrática adquieren una fisonomía completamente nueva. ¿Cómo entonces resolver la cuestión nacional consolidando el punto de vista proletario?

En la segunda parte del libro tanto la teoría como la historia cobran mayor concreción. En todo momento se contrasta la política revolucionaria del nacionalismo con la política liberal del liderato obrero. La huelga cañera de 1934 llevó la confrontación entre ambas posiciones a su punto máximo, cuando sintomáticamente las masas obreras dieron la espalda a su liderato y pidieron a Pedro Albizu Campos que dirigiera su movimiento. ¿Por qué a partir de esta experiencia no se vincularon sólidamente el nacionalismo demócrata-revolucionario y el movimiento obrero? Mucho se ha discutido en Puerto Rico este punto que aún hoy tiene una importancia crucial. En este volumen el lector encontrará una nueva explicación que, al igual que todo el libro, combina el rigor con la claridad de la exposición.

ediciones huracán